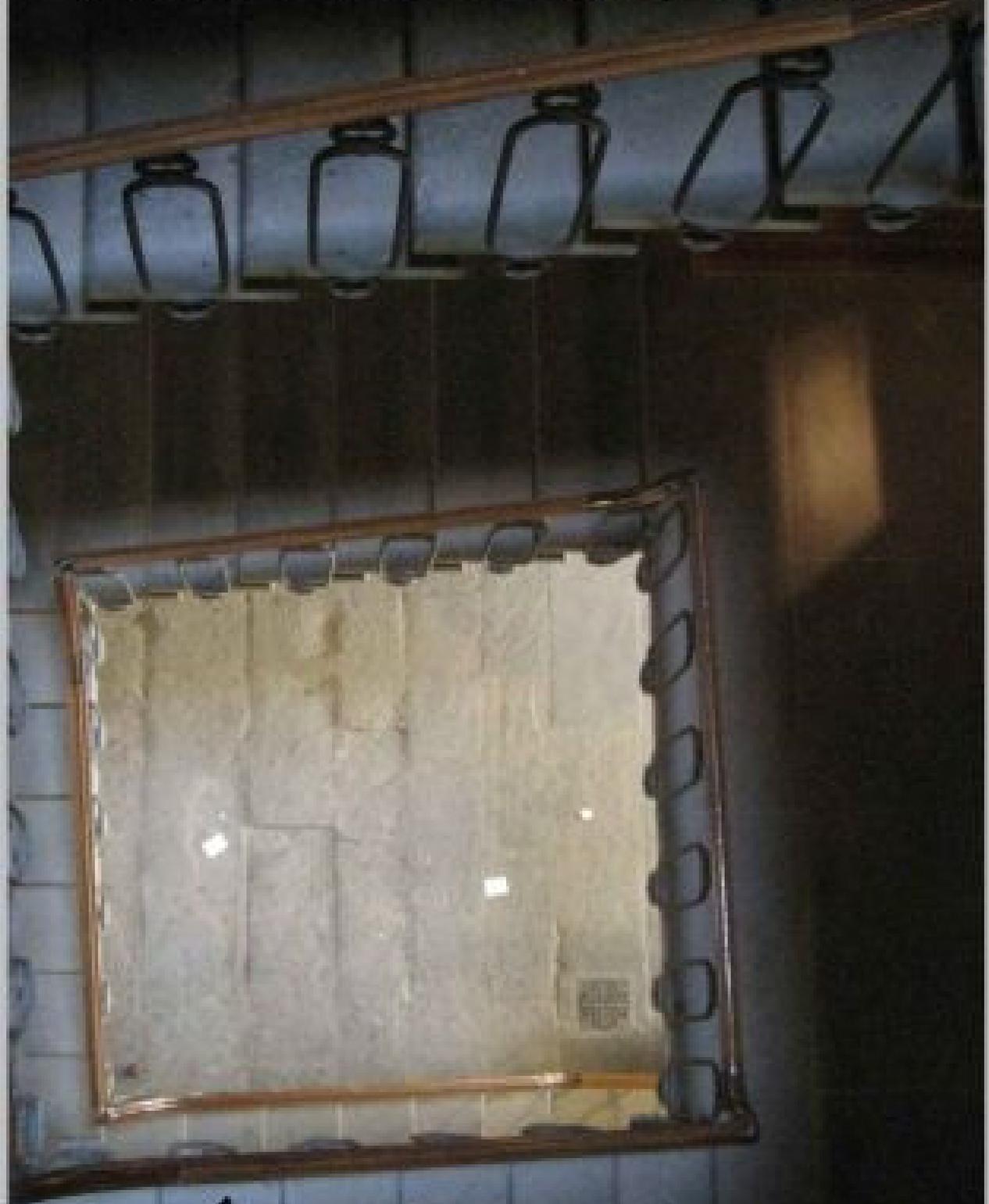


Este lado de la puerta



Ángel Martínez
Aizpurúa

D.J.57

Este lado de la puerta

Ángel Martínez Aizpurúa

1

Estoy sentado en el asiento del acompañante de un coche que huele a nuevo y que no parece un coche, sino una nave espacial. Donde solía estar el equipo de radio con casetes, ese que podía sacarse para llevártelo a casa o dejarlo bajo el asiento con el objetivo de disuadir a los ladrones, ahora hay una pantalla a color más grande que el televisor portátil que me regalaron en mi primera comunión. Observo con calma los botones que rodean el trozo de cristal y pocos de ellos me resultan familiares. Uno de los dedos del conductor se aproxima a la pantalla y en ella aparece un mapa que va cambiando al ritmo de la velocidad del vehículo.

Puedo imaginarme que es un navegador, un elemento que conocía por verlo en revistas de coches a los que yo era asiduo, pero en modelos que por entonces eran vehículos de lujo que en mi familia no nos podíamos permitir. Me canso de contemplar el mapa y dirijo la mirada hacia mi ventanilla. Antes del paisaje, capta mi atención una lucecita naranja que parpadea en el espejo retrovisor. Luego se apaga y al rato vuelve a aparecer. Deduzco que se activa cuando rebasamos a un coche que circula por el carril de ese lado, pero no entiendo exactamente para qué sirve. Una voz femenina me asusta provocando que dé un respingo que me altera más de lo que alteraría a una persona normal. La escucho decir que tomemos la siguiente salida, y entonces su sonido me parece artificial, una grabación programada no solo para asustarme. La vuelvo a oír, repite lo mismo sin variar el tono y yo escudriño el habitáculo hasta descubrir que la voz sale de los altavoces del coche. No hay nadie escondido en los asientos traseros, lo que hubiera estado totalmente fuera de lugar. En mi análisis por el interior del coche echo de menos la palanca del freno de mano. No puedo verla, y en el sitio donde debería estar —o donde yo recuerdo que debe estar— solo hay un interruptor con una P dibujada en blanco rodeada de un círculo del mismo color. Otro sonido me alerta, un pitido agudo que se me antoja molesto. Al girar la cabeza descubro que delante de nosotros hay un vehículo que circula a baja velocidad. Acelera y vuelve a frenar, por lo que no tardo en descubrir que el pitido solo es un aviso de que el conductor que me lleva no está manteniendo la distancia de seguridad. No lo descubro por mí mismo, sino que mi interés repentino en analizar esa nave espacial con ruedas, me incita a fijarme que por encima del volante, cerca del parabrisas, hay un trozo de cristal en el que se proyectan algunos datos, y uno de ellos es un aviso con respecto al vehículo precedente. Entonces no comprendo si el conductor sigue siendo necesario porque el coche parece hacerlo todo por sí mismo. Estoy en el futuro tras haber dado un salto de dieciocho años.

La persona que conduce es mi hermano Carlos, pero se trata de un desconocido para mí. Y yo para él. La última vez que nos vimos yo tenía dieciocho años y él once. Ahora roza los treinta y nada queda de aquel niño rechoncho acomplejado por sus orejas grandes. Es un hombre obeso y tatuado que se ha dejado crecer la barba por pereza para no tener que afeitarse, pues no parece que la lleve muy cuidada. Durante un tiempo yo llevé barba de manera forzosa y no me gustaba. Me picaba por la parte del mentón y a veces en las mejillas. Recuerdo escuchar a mi padre diciendo que odiaba tener que afeitarse todos los días porque se le irritaba la piel y perdía un tiempo precioso que podría

haber permanecido en la cama antes de que su despertador sonase a las cinco y media de la mañana. Acercó la mano a mi cara mientras pienso que las veces que yo me he afeitado lo he hecho sin prisas, pues tiempo tenía más que el que hubiera podido desear. Tiempo para quedarme en la cama cuanto quisiese, para rasurarme el vello o para contemplar la cuchilla afilada y decidir qué hacer con ella. Me acaricio como si fuese a cámara lenta recobrando la última vez que dejé mi rostro rasurado y dudo si ha sido hace tres o cuatro días. Solo concluyo que fue unas pocas horas de marcharme de un lugar en el que había permanecido encerrado un periodo de tiempo demasiado largo.

Rodeamos otra rotonda antes de adentrarnos en un pueblo. Me ha parecido ver infinidad de rotondas. Tantas, que dudo que mi hermano no se haya confundido a pesar de la voz que sale de los altavoces y el mapa en la pantalla, y hayamos pasado por la misma una y otra vez. O quizá ha querido jugar al despiste creyendo que alguien nos persigue. Pero esta última rotonda es diferente porque tiene una fuente y hay dos muñecos de Papá Noel que tratan de escalarla. Se inicia entonces la decoración navideña del pueblo en el que nunca viví, pero el que parece que se va a convertir en mi nuevo lugar de residencia. A la izquierda diviso una nave con un letrero con caracteres chinos. Se me antoja demasiado grande para ser un restaurante, pero al acercarnos descubro que no lo es, ya que en el escaparate, detrás de las guirnaldas, vislumbro objetos de decoración y artículos de todo tipo. Más tarde leo que es un bazar y me inquietan las letras chinas. Al llegar a otra rotonda debería sonar la voz femenina de los altavoces, pero creo que mi hermano la ha silenciado porque ya se conoce el camino y no necesita que le guíen. Esta vez sí que estoy seguro porque esa rotonda frente a la que nos hemos detenido para ceder el paso es distinta a todas las demás. Lo sé porque las plantas de hojas rojas que la bordean son demasiado llamativas. Me suena que tengan un nombre, pero soy incapaz de recordarlo. También me suena que sean típicas de la Navidad, o quizá de Semana Santa, así como la tradición de que deben ser regaladas y no compradas. Creo que una o dos veces yo le regalé una a mi madre, pero tampoco estoy seguro. Atravesamos un puente y escucho el sonido del intermitente, dudando por un momento que el coche que conduce mi hermano no tome las riendas y pueda doblar la esquina por sí mismo. Ahora va muy despacio, parece que en busca de un lugar donde aparcar. Es una zona de casas adosadas a ambos lados de la calle. No es vieja ni tampoco moderna.

Hago cálculos.

Mi hermano detiene el coche e inserta la marcha atrás. La pantalla central

tiene vida propia y muestra ahora lo que una cámara debe estar grabando detrás de nosotros. Distingo con nitidez la parte inferior de un viejo Mercedes plateado que acabo de ver estacionado a nuestro paso, y observo cómo unas líneas verdes y rojas van variando su posición mientras el coche se mueve. Otro pitido me alerta. Es muy agudo y se intensifica cuando la parte de atrás del coche está a punto de colisionar con la parte delantera del Mercedes gris plata. Mi hermano frena y el pitido desaparece. Mete primera y la pantalla cambia de nuevo. Ahora vemos el coche que hay aparcado delante, un monovolumen azul marino muy viejo. Leo en su portón la marca y el modelo y recuerdo que con diecisiete años le pedí a mi padre que se lo comprara, ya que para los cinco ocupantes que éramos resultaba mucho más adecuado que el sedán que teníamos y en el que mi hermano Carlos, mi hermano Javier y yo, luchábamos con los hombros por hacernos un hueco en las plazas traseras. La cámara delantera enfoca trasladando las imágenes a la pantalla y otro sonido vuelve a emitirse, desapareciendo cuando mi hermano deja la palanca de cambios en punto muerto. En ese momento espero escuchar el crujido de la palanca del freno de mano, pero no la he visto y no quito ojo del botón con la P que hay en su lugar. Otra vez el dedo del conductor se interpone en mi perspectiva. Lo levanta desde atrás y se enciende una luz roja bajo el círculo que rodea la letra.

—Ya hemos llegado —dice Carlos sin mirarme.

Yo sí que le miro. Cada vez le reconozco más. A pesar de los kilos y la barba, mantiene el rostro aniñado de mejillas sonrosadas que a mí me encantaba pellizcar para provocarle después de que me dejara claro que las orejas no se las podría tocar nunca más. Se cansaría de mis bromas sobre ellas al igual que yo lo haría cuando me llamaba gordinflón. Ahora me noto las costillas y soy incapaz de agarrar con los dedos un trozo de carne en ninguna parte de mi torso. La ropa que dejé cuando me marché quizá podría servirle a él. La vestimenta no parece haber evolucionado tanto como los coches, pues Carlos viste un pantalón de chándal negro y una sudadera roja que podrían asemejarse a las que yo guardaba en mi armario en mi época del instituto. Los pocos días que fui a la universidad los dejé en el fondo de un cajón porque no me parecía lo más apropiado, como si la facultad de Filología fuese un sitio formal como la iglesia o un museo que requería de cierta solemnidad a la hora de vestir. Miro mis piernas y llevo unos vaqueros de baja calidad porque su tela me resulta demasiado tiesa y áspera. El jersey de punto me hubiese picado en otra época, pero mi piel se ha curtido con los años a fuerza de costumbre y falta de alternativas. Mis pies calzan unas zapatillas de deporte blancas que son horrorosas a mi gusto, si es que en los

últimos dieciocho años he sido capaz de mantener el gusto por algo.

Veo a mi hermano al otro lado del cristal dispuesto a abrirme la puerta del coche como si yo fuese un marqués o un inválido. Tengo que decirle que necesito mi propio ritmo para hacer las cosas, pero lo cierto es que no me apetece hablar. Saco un pie y percibo su mano acercándose con intención de asistirme, así que muevo mi brazo y la tomo, pero al sentir el contacto humano la aparto bruscamente como si me hubiera dado un calambre. Podría imaginarme su cara al ver mi reacción, y prefiero imaginarla porque no puedo mirarle a los ojos. Supongo que me entenderá. Cierra la puerta y pulsa un botón del mando a distancia para que el coche se cierre. Eso no es un síntoma de modernidad, aunque llama mi atención que de repente los retrovisores se pliegan automáticamente dejando un haz de luz que enfoca hacia el suelo. Solo falta que la voz femenina salga desde algún rincón diciendo «Hasta la próxima, Carlos». Pero no lo hace. Camino despacio por la acera paralela a la verja metálica de color marrón de un chalet hasta que doblamos la esquina, donde la valla continúa hasta interrumpirse por la enorme puerta de un garaje junto a la que hay otra puerta más pequeña. Frente a esta se detiene mi hermano y le veo pulsar el timbre. Leo el número dieciséis en una placa de cerámica con caracteres azules sobre un fondo blanco. A partir de hoy, viviré en el número dieciséis de una calle cuyo nombre aún desconozco. Un zumbido altera la tranquilidad que se respira en ese barrio que todavía no sé dónde está porque no me he fijado en los carteles. La culpa la ha tenido el coche con todas esas modernidades que, por otro lado, me han mantenido entretenido en el trayecto hacia mi nueva vida. Carlos empuja la puerta y me deja pasar primero haciendo gala de su caballerosidad. Salvo un pequeño escalón y me detengo. A la derecha hay cuatro enormes maceteros con árboles, aunque solo distingo un limonero que tiene frutos entre sus ramas. Miro al suelo enlosado con baldosas de color marrón interrumpidas por cenefas de dibujos caprichosos en tonos azules. Siento una mano sobre mi espalda, que no sé si es para empujarme o como una mera señal de apoyo y compasión, pero en cualquier caso no me gusta, así que doy dos pasos más y vuelvo a detenerme. La puerta se cierra detrás de nosotros, que ya no estamos solos porque al porche han salido mis padres, una chica morena de unos treinta años tan gorda que parece que esté embarazada, y dos niños de quienes sé las edades porque ya me han hablado de ellos.

Una estampa de fotografía merecedora de ser grabada para la posteridad o ser enviada en forma de tarjeta navideña a los más allegados, si es que ahora se siguen mandando Christmas para felicitar las Fiestas. Mi madre solía colocar los

que recibía sobre una repisa del salón, teniendo que sortear los adornos del resto del año para poder ponerlos todos. La que debe de ser mi cuñada es la única que sonrío al verme. Mi padre lo intenta para hacerme sentir mejor, pero mi madre no se molesta en ocultar su preocupación como muestra de la angustia que ha sentido en los últimos dieciocho años. Quizá más, pero el resto del tiempo no tiene nada que ver conmigo; al menos exclusivamente. Mi sobrino de seis años, que creo que se llama Izan, me mira con sorpresa y extrañeza. No porque sea un desconocido, pues estoy convencido de que le habrán hablado de mí y sabe que iba a venir, sino porque de repente tiene un tío nuevo que sale de la nada. No me aventuro a sacar más conclusiones porque no sé qué le han contado exactamente. Yo mismo no sabría cómo tratar el tema con alguien de su edad. A la niña no le veo la cara porque ha decidido esconderse detrás de su madre. Me han dicho que tiene cuatro años y recuerdo su nombre porque cuando en mi adolescencia me planteaba cómo llamaría a mis hijos, Aitana me gustaba en caso de que fuera una niña. Todavía no puedo ver a Aitana, y aunque por un lado quiero decir su nombre para que pierda la vergüenza y se sienta cómoda, soy yo el que aún no se siente preparado para hacerlo. Entonces miro hacia la izquierda siguiendo el rastro de la cenefa azul del suelo, que continúa haciendo dibujos cuadriformes hasta donde mi vista se pierde en la esquina del chalet, por donde parece seguir probablemente hasta la parte trasera. Lo que veo es un patio con juguetes tirados por el suelo, aunque no son muchos. Un par de vehículos en los que montarse con colores chillones claramente diferenciados para distinguirlos según el sexo del propietario. El rojo y negro para mi sobrino y el rosa para Aitana.

Deseo con todas mis fuerzas que la barrera humana que se ha formado sobre mí se aparte y me deje pasar, aunque no sepa hacia dónde. Mi inamovilidad me resulta incómoda de por sí, y la suya no hace más que enfatizarla, así que quiero que alguien se digne a tomar la iniciativa y haga algo que nos aparte de este lugar frío carente de más distracciones que los árboles, los juguetes y todas las plantas que mis padres tienen alineadas con la valla marrón sobre tiestos de diferentes formas y colores.

—Vamos para adentro, ¿no? —dice mi hermano salvando la situación.

Y entonces todos comienzan a moverse, pero ninguno excepto mi sobrino le obedece. Mi madre desciende los tres escalones que nos separan y se acerca a besarme. Me besa tiernamente una mejilla y me abraza de nuevo. Me pilla de sorpresa porque la he visto hace una hora, en el hospital al igual que a mi padre, quien, creyendo que lo correcto es imitar a su esposa, me da dos besos en las mejillas acompañados de una palmadita en la espalda. Están siendo demasiados

roces y tengo la sensación de que no voy a poder soportarlos. Todavía no. Es el turno de mi cuñada, aunque afortunadamente ella solo se acerca, me besa, y se despega de nuevo para después decirme: «Hola, yo soy Loli». Aitana se descubre al fin. Así como mi sobrino tiene un evidente parecido a mi hermano Carlos, no solo en los rasgos de su cara o sus kilos de más, no tengo claro a quién se parece Aitana. No es una niña fea, pero tampoco especialmente guapa. Al menos en la percepción de belleza que aún mantengo en mi memoria, asociada incomprensiblemente al cabello rubio y ojos azules o verdes. Los de Aitana son oscuros, y su pelo peinado con una coleta es castaño. Nada especial. Sigue mostrando su timidez buscando el trasero de su madre para esconderse, aunque Loli le dice que venga a darme un beso.

—Vamos, Izan. —Loli cambia de estrategia para que sea el hermano mayor quien venga a mí y quizá después lo haga Aitana, que a buen seguro seguirá siempre los pasos del mayor—. Dale un beso a tu tío Gonzalo.

Izan se acerca vacilante. No sé si le doy miedo por algún motivo concreto o solo porque no me conoce. En los ratos que han pasado mis padres en el hospital conmigo en estos últimos tres días, me han dicho que es un niño muy sociable, pero a lo mejor lo es solo con los de su edad. Al final viene hasta mí para ofrecerme su mejilla y sea yo quien le bese. Lo hago tímidamente, aunque mis labios no rozan su mejilla, sino que junto la mía a la suya y el beso se escapa al aire.

—Y un abrazo, hijo. —Le anima su madre, aunque yo prefiero que no lo haga.

Izan obedece y se abalanza abriendo sus brazos con intención de rodearme a la altura de mi cintura. Cuando lo consigue, doblo la columna para inclinarme como si me hubiese empujado un resorte, respondiendo a la afectividad del niño para reconfortarle y olvidarme de mí por un instante. Es cierto lo que me han contado de él, pues Izan parece un niño muy sociable y cariñoso, y mientras me abraza me llama *tito* con una entonación que solo interpreto como si me hubiera echado de menos a pesar de no conocerme o quizá de no haber sabido ni que existía hasta hace tan solo unos días. Se aparta por fin, aunque ahora mismo no estoy seguro de no desear que espere un poco más antes de soltarme. Su abrazo me reconforta aunque este niño sea un desconocido con el que solo me unen los lazos de la sangre. La estratagema no funciona y Aitana sigue cobijada detrás de su madre. Aunque le insisten, no se atreve a venir a mi lado, por lo que optan por desistir y finalmente entramos en la casa.

Me recibe un pasillo que acaba en una puerta de cristal en la que me veo

reflejado y no me gusta. Bajo mis pies hay una alfombra larga y estrecha que tampoco es de mi agrado. Me parece anticuada, pero desconozco los gustos de mi madre o las tendencias de decoración de interiores. La primera puerta a la izquierda da paso a un pequeño saloncito donde el sol se cuele por el enorme ventanal manteniendo una temperatura muy agradable. Junto a él hay una pequeña mesa redonda de madera rodeada únicamente de dos sillas de mimbre. A continuación hay un sofá de dos plazas en tonos beige, y delante de este una segunda mesa de cristal rectangular y más baja, pero no es ni la típica mesa de comedor ni la mesa baja de café que teníamos en el piso donde crecí. Al fondo puedo ver un sillón azul que desentona totalmente con el resto de la decoración, y en la pared opuesta una consola de forja con tres repisas de cristal. La más baja contiene suvenires de los viajes que mis padres hacían por Europa aprovechando los festivos del puente de diciembre. Está la Torre Eiffel plateada, unos zuecos de madera de la escapada a Holanda o una góndola de cristal azulado. La balda del centro muestra el belén que, a buen seguro, han colocado mis sobrinos porque los elementos están desperdigados sin guardar ningún criterio. En la superior está la televisión. Es enorme y me parece desde la distancia que no tiene fondo. Deduzco que no se trata de un televisor, sino de un monitor de ordenador inusualmente grande. Pero tampoco puede ser. ¿Cómo no va a haber una televisión en un salón? Cuando era pequeño, gran parte de nuestra vida familiar en casa giraba en torno a ese aparato que reinaba en un rincón alrededor del cual se iban disponiendo el sofá y los sillones. Recuerdo que mi padre compró una vez un televisor que giraba con el mando a distancia. Él presumía de aquel símbolo de modernidad ante mis tíos o algún vecino que se extrañaba que la marca fuera la misma que una más conocida por fabricar automóviles. Pero aquella televisión giratoria no se parecía en nada a la que estoy viendo ahora, mucho más ancha y alta, pero con la profundidad de un libro y no la de una lavadora.

—Ven, que te enseñe la cocina —dice mi madre—. ¿Quieres beber algo?

Salgo del ensimismamiento y los niños ya no están rodeándome. Tampoco mi hermano o su mujer, que aún no sé si está embarazada. Para llegar a la cocina solo hay que cruzar el pasillo y pisar la alfombra horrible que lo recorre. Deduzco que la ventana del fondo es la que cubren desde fuera el limonero y los otros pequeños árboles. Está en penumbra y mi madre se apresura a subir la persiana sin correr las cortinas con dibujos amarillos repartidos por el visillo blanco. En una alacena en el rincón junto a la ventana me fijo en que hay otro monitor de ordenador, mucho más pequeño que el del salón. La marca de este

me suena más a televisores o aparatos electrónicos como videos VHS o discmans que a dispositivos informáticos, lo cual me hace pensar que la televisión se ve ahora desde algún tipo de ordenador gigante que controla toda la casa como la voz femenina controlaba el guiado del coche de mi hermano. La pared opuesta la recorre de punta a punta una encimera de granito moteado que no tiene nada especial. Hay tarros sobre ella con la etiqueta serigrafiada que nos informa acerca de su contenido: arroz, ajos, garbanzos, azúcar o sal. La placa vitrocerámica negra me suena de cuando mi tía la pija la puso en un tiempo en el que en mi casa había fuegos que se encendían con una cerilla después de haber abierto la llave del gas y girar una ruedecita encima del horno. Desde entonces, mi madre se convenció de que ese era el futuro de la cocina, argumentando para su defensa y su repentino capricho, que era mucho más segura que el gas. Desconozco en qué año de estos dieciocho que llevo sin verla consiguió su objetivo. Todo lo demás me parece normal, como si la tecnología no hubiera llegado a la estancia asociada al puchero y las abuelas, a los cartones de leche que había que abrir con unas tijeras o las cafeteras de filtro que goteaban al tiempo que dejaban un aroma que a mí siempre me gustó. En mi exploración por esta cocina de un tamaño considerable, al menos comparado con alguno de los zulos en los que yo he estado, descubro un artilugio discordante por la modernidad de sus formas con todo lo demás. Es rojo y negro con unas líneas que me evocan a un robot de cabeza redonda y cuerpo de trazos rectos. En la parte inferior del frontal hay una rejilla. Me asomo y veo lo que parecen restos de un líquido oscuro. Quizá café. O quizá sea algo tan inservible como la yogurtera que compró mi madre cuando éramos niños y que usó una o dos veces antes de guardarla en el fondo de un armario para que atrajera polvo.

—¿Quieres agua o un zumo? —insiste mi madre con la mano colocada en el asidero del frigorífico.

Este electrodoméstico me resulta familiar. Es viejo y ha perdido el brillo del blanco que una vez tuvo. Lo mismo que el microondas que hay a su lado, justo encima del horno. Ese microondas también me suena. Sí, recuerdo el día que mi padre lo compró, presumiendo ante mi madre de que era el más caro de la tienda, como si le estuviera regalando una joya de firma y no bisutería de mercadillo. No tenía ruedecitas, sino botones que activaban la ingente cantidad de funciones que rellenaban el manual de instrucciones. Era nuestro primer microondas, ese que usaríamos para calentar la leche antes de echarle el Cola Cao. Quizá para nada más y de nada había servido que mi padre se gastara un dineral en él, tan inútil como el aparato para hacer yogures. Aunque puede que la inversión

hubiese sido la causa de que aún funcionase correctamente después de tantísimos años, pues de lo contrario lo habrían reemplazado. Se solía decir que cuanto más caro era un producto, mejor calidad tenía, y en consecuencia duraba más. Mi madre debe de notar que he viajado en el tiempo al contemplar los electrodomésticos amarillentos.

—Son los mismos que los de la otra casa —me dice como si supiera que los he reconocido.

¿Qué más me iba a encontrar de mi otra vida? La vida en libertad que solo me trae recuerdos vagos y triviales como un puñetero microondas o la vitrocerámica de mi tía la pija.

Acepto un poco de agua y mi madre abre la nevera para sacar una botella. Aprovecho para mirar en su interior en caso de que los alimentos hayan evolucionado tanto como los televisores y ahora sean pastillas o cápsulas que se calientan en el microondas para transformarse en un plato elaborado. No sé cómo me han preparado a mí la comida todos estos años porque yo la veía directamente en un plato o una lata que me dejaban en una bandeja junto a la puerta que me separaba del mundo. Dentro del frigorífico no veo nada que capte especialmente mi atención. Los yogures con envases verdes predominan sobre aquellos con envases blancos. Alguna vez me han dado un yogur con envase verde sin etiqueta, así que no sé cuál es la diferencia. Me fijo en que hay varios vasos de plástico con tapas del mismo material que conjugan el granate y el blanco. El que está delante muestra solo la marca, pero detrás de él advierto otro que tiene dibujados unos granos de café. «Café frío», pienso mientras dejo que mi mano actúe por mí para acercarse a coger uno. Lo tengo entre mis dedos para mirarlo fijamente. El tacto del plástico me parece demasiado suave, lo que me anima a deslizar la palma de la mano por el contorno del vaso como si estuviese tocando el peluche más sedoso del mundo, la manta de piel de camello que mi madre utilizaba para planchar o el abrigo de visón que se compró con mi tía la pija en una nave de un polígono industrial de un pueblo cercano al que vivíamos. Lo giro y leo *caffè latte, espresso*. No sé si leer será como montar en bici, de lo que dicen que nunca se olvida. A mí no se me ha olvidado porque en todos estos años no he hecho otra cosa que leer. Leer, imaginar y pensar. La mayor parte del tiempo al menos.

—¿Quieres uno? —pregunta mi madre—. No los he probado, pero a tu padre le gustan mucho —insiste—. Y eso que no debería tomarlos por el azúcar, que lo tiene por las nubes.

Mi madre habla como si mi padre no estuviera allí, lo que me obliga a

apartar la vista del vaso de café frío para comprobar que no se ha marchado a ningún sitio. Me observa con la misma extrañeza que yo observaba el envase redondo de tacto terso, pero afortunadamente para mí él no me toca. Me percato de que la tapadera de plástico tiene un orificio rectangular que no me cuadra con el hueco por el que debería ir una pajita. Tampoco hay una pajita adherida en el lateral como los tetra bricks de zumo que llevaba de excursión cuando era niño. La tapadera se transparenta lo suficiente para ver que debajo de ella hay una tapa de aspecto metálico. Empujo con el dedo ante la atenta mirada de mis progenitores, la misma con la que verían cuando di mi primer paso o mientras abría los regalos de Navidad la mañana del Día de Reyes. El trozo de papel metálico que lo cubre tiene una pequeña lengüeta de la que asumo tengo que tirar para deshacerme de ella. Lo hago y no me huele a café. Quizá el aromático líquido ha evolucionado hacia un efluvio menos intenso y más discreto. Estoy ya dispuesto a darle un sorbo y mi padre me lo impide.

—Hay que ponerle la tapa y beber por el agujerito —me advierte.

—Déjale que lo beba como quiera —intercede mi madre.

No estoy seguro de poder soportar que me traten como un niño pequeño a mis treinta y seis años. Sé que tengo treinta y seis porque hice una simple suma contando mi tiempo en libertad y mis años en cautiverio. No he celebrado los últimos dieciocho cumpleaños porque ni siquiera sabía en el día en que vivía, así que el dieciséis de junio podría haber sido el último día de mayo o cualquier día de un otoño caluroso. Tampoco quiero que mis padres discutan por mí o que no coincidan en cómo debo ir haciendo las cosas. Necesito un solo criterio para aclimatarme a esta nueva vida. Necesito ser consciente de que hago las cosas bien y no me vuelva —o vuelvan— loco después de haber conseguido mantener la cordura todo este tiempo. Que no estoy loco también me lo han dicho en el hospital, pues los días que he estado en él no he sabido distinguir la pequeña o gran línea que separa la cordura de la locura simplemente porque no he tenido referentes y el mundo, o al menos el resto del mundo, ha ido evolucionando. Una prueba de ello es el café que estoy a punto de probar. Un sabor a priori totalmente novedoso, y no porque no haya probado el café nunca, pues hace dieciocho años creía ser adicto a él para soportar el madrugón si quería llegar a la primera clase de la universidad. Este huele diferente y, por tanto, su sabor será distinto. Siento que mis padres me observan como si fuesen los cocineros de un restaurante que está sirviendo al crítico del que depende que consigan una estrella Michelin. Saben, porque yo se lo he contado lo poco que hemos hablado estos últimos días, que los únicos líquidos que he ingerido desde que me

perdieron han sido el agua y la leche a excepción del zumo que me han dado esta mañana antes de salir del hospital. En mis zulos no había lugar para más lujos.

—No sabe a café —me atrevo a decir mientras lo saboreo.

Una lágrima brota del ojo de mi madre para deslizarse por su mejilla. Las primeras palabras que he pronunciado en esta casa han sido esas y no otras. «No sabe a café». Ignoro su amago de llanto y me centro en los sabores que están inundando mi paladar para descifrar si me gustan o no. El café de vaso de plástico refrigerado no tiene nada que me provoque escupirlo por mi rechazo, pero tampoco un gustillo que me haga apuntarme mentalmente que se convertirá en una de mis bebidas favoritas. Un segundo sorbo lo confirma.

—¿Quieres comer algo? ¿Te preparo una tostada? —me pregunta mi madre tras haberse recobrado de lo que iba a ser un llanto.

Niego con un movimiento de cabeza y miro hacia la puerta dando a entender que quiero seguir inspeccionando las estancias de mi nuevo hogar. Mis progenitores captan mi intención y se disponen a enseñármelo, olvidándose por un momento que no soy un agente inmobiliario o un amigo que visita la casa por primera vez, sino su hijo mediano. Caigo en la cuenta de que mi hermano Javier, el mayor, no ha salido a saludarme. Solo le vi ayer por la tarde en mi habitación del hospital, y aunque le reconocí al instante, vi que en él el tiempo ha hecho mella. Ha perdido gran parte de su pelo negro como el azabache heredado de mi madre. El poco cabello que le queda a los lados se ha teñido de gris. Ayer me dijo que está trabajando en un colegio limpiando y sirviendo en el comedor a los profesores. No me apetece preguntar y deduzco que el motivo por el que no le he visto hoy es que está trabajando. Es veintidós de diciembre y por eso los niños no tienen colegio, por lo que no termino de entender que mi hermano Javier no haya cogido las mismas vacaciones que los escolares. He pensado mucho en él porque uno de mis raptos a veces me recordaba a mi hermano Javier. Cuando nos insultaban siendo pequeños a él le llamaban retrasado mental, pero creo que el término no es ese. En uno de los libros que he leído aparecía *minusvalía psíquica*, aunque yo siempre he creído que la definición más apropiada es *discapacidad intelectual*. En el fondo me da igual porque nunca tendré que referirme a él de ninguna de esas maneras, sino *hermano* o simplemente, Javier.

La siguiente puerta da acceso a un pequeño aseo en el que únicamente hay un lavabo y un retrete. Tan normales que no necesito detenerme aquí mucho tiempo. A continuación hay otra puerta que mi madre no abre excusándose en que es solo una despensa. Junto a ella está la escalera que comunica con la planta de arriba. En realidad no sé cuántas plantas tiene este chalet y por encima de mí

puede que haya dos, una de ellas en forma de bohardilla, lo que desde niño deseé tener como dormitorio. No subimos porque mi padre ha abierto la puerta del fondo, esa que tiene un cristal en el que me he visto reflejado hace unos minutos. Es otro salón, mucho más grande que el primero. La decoración no me dice nada. Muebles sobrios, sofás de colores claros y un par de cuadros de paisajes. Hay un mueble vacío frente a los dos sillones en los que debería ir una tele, porque en esta estancia no veo pantallitas de ningún tipo. Mi madre explica que este salón solo lo usan para la cena de Nochebuena y Nochevieja. No lo entiendo y el motivo no es que lleve dieciocho años sin celebrar la Navidad. No comprendo por qué este salón amplio y mejor decorado que el primero solo se use dos días al año, como tampoco entiendo que no haya un televisor en él. Claro que, si no lo utilizan me parece un gasto absurdo.

Solo falta una puerta, pero está abierta de par en par. Hay que salvar un escalón para entrar en un espacio que no sé definir. Veo a mi izquierda ropa colgando de un tendedero plegable. A la derecha hay muebles de cocina, una encimera y otro frigorífico. ¿Para qué quieren mis padres dos frigoríficos? Sobre la encimera hay una pata de jamón cubierta con un trapo. Sé que es un jamón porque se ve la pezuña, no porque haya desarrollado unos ojos con rayos X o un olfato sobrenatural. Ahora es mi padre quien me explica la función de este cuarto que comunica con otra puerta. Me cuenta que esto era el garaje junto con el cuarto de estar que vi primero; el saloncito con dos mesas y una enorme pantalla. Lo dividieron porque no necesitaban guardar el coche y veían más práctico tener un salón en el que da el sol en invierno y un espacio para tender la ropa y albergar la lavadora o el calentador de agua. Camino un poco para descubrir hacia dónde da la segunda puerta porque aún no me he hecho con la orientación de la casa. Es el lateral, la continuación del patio que no he podido ver antes en su totalidad. Lo primero con lo que me topo es una barbacoa y un iglú de barro blanco. No, no puede ser un iglú. Es un horno. Reparo en que alguien me mira. Giro el cuello hacia la izquierda y confirmo que son mi hermano Carlos y mi cuñada Loli sentados en sillas de plástico disfrutando un poco del sol. El sol que no he visto en años. Mis sobrinos no se percatan de mi presencia porque ambos aferran con las manos dos artilugios que parecen videoconsolas modernas. La versión del siglo XXI de la Game Boy que nunca tuve porque los Reyes Magos ignoraban las cartas que les escribía. Hicieron bien, puesto que nunca me gustaron los videojuegos aunque Javier y yo sí pudimos presumir de la Nintendo y otra posterior cuyo nombre no recuerdo, pero sí que en el juego aparecía una especie de erizo azul que tenía que ir recogiendo monedas y salvando

obstáculos.

Desconozco a qué estarán jugando mis sobrinos si acaso lo que tienen entre las manos apretándolo con firmeza por temor a que alguien se lo arrebatase son juegos. Quiero mirar a mi hermano Carlos, pero no puedo y desvío mi atención hacia la pérgola que cubre una parte del lateral de la casa. Escucho un ladrido que provoca un nuevo respingo en mi cuerpo, un sobresalto como muchos otros, un temor que antes podía ser justificado o totalmente infundado. Cuando me recupero vuelvo a mirar hacia el origen del ladrido mientras escucho que mi cuñada manda callar a alguien. Es su perro, a quien sujeta con la mano por el collar para que no se me acerque. Supongo que no sabe si me gustan o no los perros. Yo tampoco porque nunca hemos tenido uno. No me apetece averiguarlo en este momento y decido seguir inspeccionando. A mi derecha hay una parra que da sombra y el frío de diciembre se hace evidente debajo de ella. Más allá veo una pequeña valla de madera y distingo el color verde del césped. Atraído por él, camino unos pasos hasta que puedo ver el jardín trasero de la casa en su totalidad. La mayor parte lo ocupa una piscina que está cubierta por una cúpula de plástico o metacrilato un poco opaco, pero no lo bastante como para no vislumbrar el agua debajo de ella. Mientras yo he estado encarcelado en un infierno, mi familia se ha construido un pequeño paraíso de extrarradio.

Mi pulso se acelera y siento las palpitations con brusquedad en mi pecho. No quiero que este pensamiento me aleje de ellos. No quiero pensar que voy a vivir con seres egoístas que se han olvidado de mí y han seguido con sus vidas como si yo no les importara lo más mínimo o no formara parte de ellas. Es injusto como también lo es que yo haya sido privado de libertad durante dieciocho años. Justo la mitad de mi existencia. Media vida. Demasiado tiempo para impedir que mis padres y mis hermanos no perdieran la esperanza de encontrarme y se rindieran o me dieran por muerto. Necesitarían creerlo para ser capaces de seguir hacia adelante. Unos padres y dos hijos más merecedores de que ellos luchasen para normalizar la situación porque ni Carlos ni Javier se merecían estar en este mundo amargados llorando la ausencia de alguien que se quedaría como un recuerdo en su memoria. De no ser así, Izan y Aitana no existirían. No, definitivamente no es justo, pero para mí es demasiado pronto. Tienen que comprenderme al igual que yo intentaré entenderles a ellos. Habrá tiempo para que me cuenten, si es que quieren, porque lo realmente excepcional es mi experiencia.

Tanto, que me han dicho que quieren entrevistarme para la televisión, la radio e internet. Internet no sabía lo que era hasta que mi hermano Carlos me lo

explicó vagamente ayer en la habitación del hospital. Una red que se sirve de la línea telefónica para conectar todo el planeta. Que te permite a través de una pantalla saber lo que ocurre en cada rincón del globo. Una herramienta de consulta como las enciclopedias que usaba para preparar los trabajos del instituto. Una tienda virtual en la que poder comprar cualquier cosa imaginable o incluso solicitar que te lleven a casa la cena. La descripción de mi hermano era entusiasta, como si internet hubiese sido el gran descubrimiento de la humanidad en detrimento del fuego, la electricidad o el automóvil. Algo sin lo que poca gente puede vivir hoy y que, sin embargo, mi madre apenas conocía porque interrumpió a Carlos para confesar que ahora podía entender un poco de qué iba todo ese rollo de internet y los ordenadores. ¿Acaso mi madre había sido también secuestrada o se había autoimpuesto alejarse del mundo como penitencia por haber perdido a un hijo?

Mi hermano me dijo ayer que me explicaría con calma más cosas relacionadas con la red, ofreciéndose a enseñarme cómo usarla. ¿Qué más tengo que aprender a utilizar de esta casa? La planta baja no ha desvelado demasiados misterios salvo las pantallas, el robot rojo y negro de la cocina o la necesidad de tener dos frigoríficos. Levanto la mirada y descubro que hay dos plantas por encima de la que ya conozco. Por las formas del tejado, supongo que la más alta es la bohardilla. Pienso que puede ser un tercer salón porque mis padres parecen aficionados a tener salones para distintos usos. En mi retorno hacia la puerta por la que he salido, Izan me mira y me sonrío, volviendo a centrarse en la pantalla sin darme tiempo a reaccionar. Como si estuvieran conectados telepáticamente —lo cual no descarto—, Aitana levanta la mirada y también me mira, pero se esconde detrás del brazo de su madre para no verme. Ya no tengo claro si es vergüenza o es que realmente mi aspecto le da miedo. Tengo la imperiosa necesidad de situarme delante de un espejo. Mi madre vuelve a adelantarse a mis pensamientos indicándome con un gesto que la acompañe. Va directa a las escaleras y mi padre se queda rezagado detrás de nosotros, dudando si prefiere subir o quedarse en el jardín.

El hueco de la escalera me causa cierta claustrofobia porque me parece demasiado estrecho y poco iluminado, pero no enciendo la luz. La oscuridad me asusta un poco, pero menos que los espacios pequeños. Mi mente me lleva a pensar que si hay un incendio justo en el centro de la escalera he de saltar por alguna de las ventanas, preferiblemente la que dé a la parte superior de la pérgola para luego descender desde ella al refugio de la calle. La bohardilla ya no me parece tan seductora si tengo que franquear dos tramos de escaleras estrechos. Al

final del primero, en el que he contado dieciséis escalones, hay un distribuidor con otra alfombra horrible cubriendo el suelo de parquet. Creía que mi madre tenía mejor gusto. El recuerdo que tengo de ella no es el de una mujer especialmente coqueta, aunque se compraba la ropa siempre en la misma tienda de la ciudad donde vivíamos, quizá aconsejada por la dependienta que, por desgracia, no debía de vender artículos de decoración. Ahora mi madre viste un chándal azul marino y rosa. Solo la vi una vez con prendas de deporte, un chándal que tomó prestado de mi hermano Javier porque su talla era más parecida que la mía. Se lo puso impunemente debajo de la gabardina que había sucedido al abrigo de visón para convertirse en su prenda favorita. Era la versión femenina de un detective americano que se hizo famoso en televisión. El pretexto para vestirse un chándal fue una escapada que hicimos en familia al campo después de visitar el Monasterio de Piedra. Un picnic al aire libre con unos amigos a quienes conocía desde que tengo uso de razón. Cuando las dos mujeres se vieron aquella mañana, mi madre se abrió la gabardina cual depravado exhibicionista que asusta a las féminas, para enseñar con orgullo que se había puesto el chándal por primera vez en su vida adulta.

Hoy no creo que se les ocurra ir de excursión al campo, pero igualmente mi madre viste un chándal. De las cinco puertas que cuento en el rellano, mi madre la deportista abre la segunda de la izquierda. Me indica que ese es mi dormitorio, pero no tarda en decirme que tenemos que decorarlo a mi gusto, ir a comprar muebles o todo cuanto necesite.

—Cuando estés listo —añade.

«Cuando esté listo», pienso yo sin saber en qué momento será eso. En el dormitorio hay dos camas pequeñas, quizá de ochenta o noventa centímetros. Las dos guardan una perfecta simetría con los interruptores de la luz a ambos lados de los cabeceros de forja de color verde. Las paredes también son verdes, así como la estantería o la barra de las cortinas. Mi madre ha olvidado que nunca me gustó el color verde, pero es normal que olvide este tipo de detalles. Recordará que mi favorito era el azul, aunque ahora ya no estoy seguro. Imagino que cuando compró los muebles de este dormitorio o decidió pintar las paredes de este tono no estaba pensando en que un día yo iba a volver. No es justo. Además, me acaba de decir que lo pondremos a mi gusto, pero yo no sé cuál es mi gusto.

—No hemos tirado tus cosas —me dice antes de que yo piense en cómo era mi antigua habitación en el otro piso—. Están guardadas arriba.

Eso es. Están metidas en cajas arrinconadas y entonces deduzco que la

bohardilla es una especie de trastero que acumula recuerdos y objetos inservibles como los que quitarían de mi dormitorio cuando decidieron mudarse. He pensado muchas veces en mis posters de coches y en los posters de Ana Torroja. No sé si quedará alguno. Cuando mi hermano Carlos se enfadaba conmigo, su forma de vengarse era rasgar los posters que tenía colgados en mi habitación, y que luego yo sustituía por otros que tenía a buen recaudo. No sin antes ir en su busca para pegarle o romperle algo que le molestase especialmente. Su tesoro máspreciado. El mío era sin lugar a dudas el poster del primer disco en solitario de la Torroja. Lo vi en el escaparate de una tienda de discos de un centro comercial cercano a mi instituto. Una mañana, una amiga y yo nos saltamos una clase y fuimos allí a tomar un café. Cuando pasamos por el escaparate volví a fijarme y le dije a Vanesa que quería un poster como ese. «No te preocupes», repuso ella. Tras confesarme que conocía al dueño de la tienda porque era vecino suyo, Vanesa entró y escuché cómo le pedía el poster de la ex cantante de Mecano. El hombre respondió que me lo guardaría cuando acabase la promoción y que en un par de semanas podría pasarme a por él. Lo hice, y de su escaparate fue directamente a la pared azul de mi dormitorio. Ahora no sé dónde estará y si por las tiendas habrá más posters de Ana Torroja. Tampoco sé si mi cantante favorita está viva o ha sacado más discos. Tengo tantas cosas que descubrir que vuelvo a sentir un poco de ansiedad.

Mi madre abre el armario empotrado de puertas deslizantes. En esa parte hay muy poca ropa colgada. Un jersey azul marino y unos pantalones vaqueros. Debajo hay una cajonera que abre para sacar un pijama y ropa interior. Vuelve a excusarse:

—De momento te he comprado esto. No pienses que he tirado tu ropa, pero es que no te va a valer nada de lo que tenías. No te preocupes, que iremos de tiendas y podrás comprarte todo lo que necesites. Eso sí, compraremos una talla más porque tienes que ganar peso. Lo han dicho los médicos.

La idea del espejo vuelve a eclipsar mi mente como una necesidad irrefrenable. Se entremezcla con la evocación de un baño de agua caliente en la bañera llena de jabón para que produzca espuma. Es difícil acordarse de cuándo fue la última vez que me di un baño en una bañera. Sería mucho antes de mi secuestro, porque por entonces una ducha era lo más rápido para alistarse antes de comenzar la jornada y lo que menos agua gastaba. De pequeño nos bañaban a mi hermano Javier y a mí juntos, pero ahora quiero por encima de cualquier otra cosa una bañera.

—¿El baño? —pregunto.

Esa es mi segunda frase. «No sabe a café» y ahora «¿el baño?». Poco a poco. Mi madre sale del dormitorio y abre otra puerta a la izquierda. Es pequeño. Muy pequeño, pero al menos tiene ventanas. Son dos y son muy estrechas. Por ahí no podría escapar. Las separa el espejo que tanto ansiaba antes de la idea de la ducha. Me da miedo mirarme y decido posponerlo. En el baño no hay bañera.

—No hay bañera —digo sin que la decepción sea evidente.

—No, solo tenemos platos de ducha. El del otro cuarto de baño lo cambiamos hace unos años porque a tu padre le costaba meterse en la bañera.

Decepción. Siento una decepción que no puedo controlar. No entiendo cómo después de haber estado privado de infinidad de comodidades, mi cerebro reacciona de esta forma porque no puedo darme un baño, que es lo que más deseo en este momento, pero no es el fin del mundo. Siento que la sangre me sube a la cabeza. Lo asocio a que voy a cabrearme. El enfado no es una emoción que haya sentido en numerosas ocasiones durante los últimos años. No me he convertido en un ser insensible, sino que las emociones han sido otras. Miedo al principio, frustración e impotencia. Asco. Odio. Rabia. Pero no cabreo. O yo no lo recuerdo. Me digo que no debo reprimirme y al instante una vocecilla en mi interior me anuncia que todo está bien aconsejándome que me tranquilice. Le hago caso y se me antoja una ducha.

—Quiero ducharme.

Mi madre corre en busca de una toalla. La saca de un armario que hay en el distribuidor. Las ventanas están cerradas y yo quiero abrirlas, pero de nuevo mi madre habla por mí aconsejándome que no lo haga porque el sol engaña y fuera hace mucho frío. Me ofrece un calefactor y antes de que lo acepte o lo rechace, abre la puerta del armario bajo el lavabo, lo saca, y lo enchufa dejándolo sobre la tapa del váter. Me indica con el brazo el interior de la ducha y me dice que ahí tengo champú y gel. Se llama tonta a sí misma porque ha olvidado la esponja. Tira de un cajón y suena un plástico. Es una esponja rosa, pero a mí el color me da igual. Rasga el envoltorio y se lo guarda en el puño antes de ofrecérmela.

—No eches el pestillo —me dice antes de abandonar el baño.

Yo no he pensando siquiera en cerrar la puerta, pero me doy cuenta de que una ducha es uno de esos momentos íntimos que requieren de un espacio cerrado. Las razones de su orden son distintas. Está preocupada y no lo oculta. Piensa que me puede ocurrir algo mientras me estoy duchando, y de suceder, será más sencillo que el pestillo no esté echado. No me gusta el sonido de los pestillos. He escuchado muchos y ninguno es agradable, pero no por ello voy a dejar de accionar el cerrojo de la puerta de mi nuevo baño. No voy a hacerlo y

punto. Sí cierro la puerta y me enfrento por fin al espejo. Está limpio, pero atisbo algunas marcas que han dejado las gotas de agua. «Hola Gonzalo», pienso y no lo digo. Me saludo a mí mismo porque no reconozco al hombre que tengo frente a mí. Soy un hombre, no un adolescente obeso acomplejado por ese detalle y otros muchos. Lo que veo ahora no son complejos aunque tampoco me guste lo que tengo delante. Me acerco al cristal con el temor a que este remarque el paso del tiempo. La barba de tres o cuatro días tiene alguna cana a la altura del mentón. En el pelo que queda por encima de las orejas también las hay en una cantidad inferior a las de mi hermano Javier, que solo me saca veinte meses, así que en ese tiempo estaré tan calvo como él. Tengo entradas, y al moverme el cabello con los dedos descubro que mi pelo es menos frondoso y abundante de lo que imaginaba. De hecho, cuando retiro la mano me fijo en que a ella se han adherido varios cabellos que solo pueden ser míos. Intuyo alguna arruga a la altura de los ojos. Los entrecierro y se hacen evidentes. Ocurre lo mismo en la frente, que se pliega en varias capas cuando frunzo el ceño. Mis labios carecen de brillo y están cuarteados. Los abro y me muestro a mí mismo los dientes. Los conservo todos, pero es que solo tengo treinta y seis años. Están amarillos y muy juntos. Lo que los une debe de ser sarro. Dieciocho años sin ir al dentista. Acudir a uno tiene que ser una prioridad. No me apetece hoy, pero quizá sí mañana.

He acabado con la cara y ahora he de desnudarme. Me quito con calma el jersey y la camiseta interior. Esta parte de mi cuerpo la conozco mejor porque era capaz de vérmela. Se me marcan la clavícula y las costillas. Mi raptor me aconsejó una vez que me entretuviera haciendo flexiones o abdominales, pero los dolores de espalda provocados por el viejo colchón o el suelo me frenaban a obedecerle. He hecho ejercicio estos años, aunque mi pérdida de peso se debe a la poca cantidad de comida que he ingerido. Otra vez me dijo que parecía un anoréxico, y entonces aumentó las raciones y comenzó a darme pasta. Macarrones principalmente, sin salsa y sin aliños. Insinuó que no podía convertirme en un tipo feo poco saludable porque le daría asco y ya no serviría de nada. Tanto él como la mujer que a veces venía a verme y que me recordaba a mi hermano Javier me decían que era guapo de cara y que tenía unos labios preciosos. A ella era lo único que le gustaba, pues otras partes de mi cuerpo, las que ahora descubro mientras me bajo los pantalones, no le resultaban tan atractivas como las de otros hombres.

Estoy completamente desnudo y no me gusta, así que me doy media vuelta para colocarme en el centro del plato de ducha. Cierro la mampara y me enfrento a otra modernidad de la que no he sido avisado. El grifo. No es un grifo

corriente. Se trata de un tubo metálico con una ruedecilla a cada lado. La de la derecha tiene números que varían de dos en dos. Desde el dieciséis hasta el cincuenta. El de la izquierda cuenta con líneas azules de distinta longitud. Ahora está en la línea más corta. Lo acciono y el agua comienza a salir a chorros por la abertura que hay entre las dos ruedecitas. Yo quiero que salga por la alcachofa y la única manera debe de ser con un pitorro que hay en el centro. Tiro de él y siento un chorro frío cayendo sobre mi cabeza. No sé cómo cambiar al agua caliente. El grifo del hospital era como el que recordaba: un mando que se movía de un lado al otro y que se levantaba para regular la fuerza del agua. El del segundo zulo era incluso más antiguo, con un mango de color rojo para el agua caliente y otro azul para la fría. Este es diferente y no me gusta. Me queda tantear la segunda ruedecita. La muevo hasta que el cincuenta coincide con una pequeña flecha. Quito la alcachofa, la agarro con una mano y vuelvo a accionar la primera ruedecita. El agua no tarda en templarse y al cabo de unos segundos ya brota a una temperatura que me parece agradable, así que pongo la alcachofa donde estaba y me giro. Echo la cabeza para atrás dejando que el agua descienda por mi pelo hacia la nuca y luego por la espalda. Echo de menos que no salga con más fuerza, pero no me atrevo a tocar nada más de este grifo. Vuelvo a girarme y las gotas me empapan la frente y la cara mientras acaricio el pecho con las manos hasta perder la noción del tiempo.

No solo el grifo es distinto al que he usado estos años, puesto que los botes de champú y gel no se asemejan a la pastilla de jabón que me han ido dando de manera racionada como en la postguerra. La esponja es lo más similar. Aparentemente nadie ha inventado una esponja inteligente. O quizá sí y mis padres no puedan permitírsela o la vean tan innecesaria como una yogurtera, un abrigo de visón o una televisión en el salón grande que solo utilizan dos días al año. Me gusta el olor afrutado del champú más que el más inocuo del gel de ducha, menos intenso que el de la pastilla que me daban. No sé cuánto tiempo llevo debajo del agua, pero empiezo a sentir calor. Cierro el grifo, abro la mampara y cojo la toalla que me ha dejado mi madre. También me agrada el olor a suavizante y el tacto del algodón. Abro la puerta del baño y el vapor me acompaña hasta el distribuidor. Me giro y el espejo está empañado tentándome a dibujar algo con el dedo. De verdad me lo planteo, pero mi madre me interrumpe de nuevo.

—Tienes la ropa encima de la cama. Y unas zapatillas de estar por casa por si no quieres ponerte las deportivas, aunque para salir al patio deberías ponértelas, no vaya a ser que se te mojen.

—¿Al patio? —pregunto extrañado.

—No sé. Tu padre va a hacer arroz en la barbacoa y no sé si querrás estar afuera con ellos o prefieres quedarte aquí descansando o... No sé, hijo. Lo que tú quieras. ¿Estás bien?

La temida pregunta ha llegado. No sé contestar, pero supongo que estoy bien. Todo lo bien que puedo estar después de lo acontecido, o al menos mejor en apariencia que durante los últimos dieciocho años. Mi madre espera una respuesta y no debo tardar en dársela. Me limito a asentir con la cabeza y me dispongo a entrar en el dormitorio para vestirme porque el calor se ha ido y acabo de sentir un escalofrío. Me apoyo sobre el colchón, que en nada se parece a los últimos que he tocado. Es blando y mullido, parece confortable. Tomo asiento mientras miro la ropa que mi madre ha dejado en la otra cama. Cojo los calcetines negros y me los pongo. Hago lo mismo con los calzoncillos, que son del mismo color y me quedan grandes. Los pantalones vaqueros tienen mejor tacto que los que me he quitado en el baño y al ponérmelos no siento que sean dos perneras de cartón piedra que deban ir cediendo con el tiempo. El jersey azul marino no me pega con el negro de los calcetines. Me molesta y no sé por qué. El azul marino y el negro no combinan. Mi madre debería saberlo y aun así me ha dejado unos calcetines negros y un jersey azul marino. Me pongo rápido las zapatillas de deporte porque no soporto mirarme a los pies. Cuando lo hago, dejo caer la espalda sobre la cama y contemplo el techo blanco del dormitorio con paredes verdes.

Tumbado fue la posición más habitual de mis primeros años de secuestro. Aquel primer zulo no daba para mucho más. Un colchón viejo y maloliente sobre el que permanecía variando la postura intercalando la posición fetal con la de boca arriba y muy pocas veces boca abajo. No contaba con distracciones salvo las manchas de pintura o los desconchones con formas caprichosas con los que jugaba a adivinar a qué se parecían. Lo curioso era que mi percepción iba variando, y lo que un día me había parecido un rostro humano, otro se asemejaba al mapa de África o un jarrón. El techo de mi nuevo dormitorio no tiene manchas ni desconchones. Solo una lámpara de forja que cuelga del centro. En las paredes la única distracción pasa por una fotografía en la que aparecemos mi hermano Javier y yo el día de nuestra primera comunión vestidos de marineros con un blanco impoluto que imagino que duraría poco. Quizá desde el mismo instante de abandonar la iglesia y comenzar a abrir regalos, entre los cuales se encontraba el televisor portátil con una pantalla más pequeña que la del salpicadero del coche de Carlos.

Me incorporo y siento un mareo que dura solo unos segundos y que no merece ser contado para evitar preocupaciones innecesarias. Al ponerme de pie se ha pasado, así que camino hacia la puerta con intención de bajar al patio y reunirme con mi familia. Es la escalera que sube y no la que baja la que capta mi atención. Está todavía más oscura, por lo que supongo que la bohardilla no tiene ventanas. Me percató de que hay un interruptor de la luz al comienzo de ella y lo acciono antes de subir. Cuento otra vez los escalones porque estoy acostumbrado a contar absolutamente todo, aunque hoy se me han escapado las rotondas porque no pensé que hubiera tantas. Después de dieciséis peldaños llego a la bohardilla. Hay otro interruptor. La luz me descubre que existe una ventana. En realidad es una puerta tras la cual está la persiana bajada. Me he equivocado al igual que he errado en mi suposición de que era un trastero. Es el cuarto de juegos de Izan y Aitana porque lo primero que veo son juguetes por todos lados y de todo tipo. Destacan dos pizarras de distinto tamaño, ambas con formas de caballete. Me figuro que para evitar peleas o celos, a los dos niños hay que regalarles lo mismo. Hay muchos muñecos y muchos coches de diferente tamaño. Me gusta la idea de que Izan sea un aficionado a las cuatro ruedas al igual que lo era yo. A su edad me sabía todas las marcas de coches y las asociaba en la calle con los logotipos de los frontales de los vehículos con los que me iba cruzando. Mi madre me dejaba los tambores del detergente de la lavadora para guardar los coches pequeños que iba coleccionando y de vez en cuando los vaciaba todos para ponerlos en fila a lo largo del pasillo. Más adelante dejé los juguetes para comenzar a coleccionar revistas de coches. Llegaba a estudiármelas casi de memoria al igual que he hecho estos años con los libros que me han ido dejando, leyéndolos una y otra vez aunque la lectura ya no me causara ninguna sorpresa. Mis revistas tienen que estar en algún rincón de esta bohardilla junto a mis posters y mi ropa. Miro a mi alrededor y no veo cajas. A un lado de la escalera hay un armario que quiero abrir. Cuando lo hago descubro ropa que no es mía. Hay una puerta. Quizá sea un baño del que solo sé que no tiene bañera. La puerta es pequeña en comparación a las puertas normales, pero más grande que la de uno de mis zulos. La abro y veo el trastero. Cajas apiladas sin guardar un orden concreto. Las más cercanas no tienen carteles o notas que indiquen qué contienen. No sé cuáles son las que guardan mis recuerdos. Me gustaría comenzar a abrirlas, pero debo bajar para no preocupar a nadie aunque no sé si me esperan.

Mi padre tiene un delantal puesto encima del abrigo. A la parte de la barbacoa no llega el sol. Me mira y me sonrío antes de preguntarme si me gusta

el arroz con pollo y conejo. Acto seguido se da cuenta de su torpeza. Tengo ganas de decirle que no soy un desconocido que ha sido invitado a comer un solo día. Me parece cruel hacerlo porque mi padre es consciente de que la pregunta ha sido desafortunada y me pide perdón. No digo nada y miro hacia la barbacoa. No tiene leña prendida, sino un círculo de gas unido a una bombona de butano naranja que reposa en el suelo. Está sofriendo los pimientos y el olor es agradable, haciéndome sentir hambre por primera vez hoy.

—Loli, prepara un aperitivo —dice mi padre como si hubiera leído mi pensamiento haciéndome dudar que la telepatía no exista de verdad.

Mi cuñada deja un aparatejo sobre la mesa cuando se levanta de la misma silla donde la vi por última vez. Me sonrío al pasar a mi lado. Para ella debe de ser difícil esta situación porque yo soy el desconocido cuando en realidad debería ser al revés. Antes de entrar en la casa me pregunta qué me apetece y yo contesto que me da igual. Mi hermano Carlos se ofrece a cortar jamón y mi padre pide a mi cuñada que se encargue ella del queso y el lomo. Mi hermano se levanta y advierte a mis sobrinos que no toquen los teléfonos móviles. Tuve un teléfono móvil que me regaló mi padre cuando me saqué el carnet de conducir por temor a que me pudiera ocurrir algo con el coche. No era habitual, pues poca gente en mi facultad presumía de un teléfono móvil. Ni tampoco de coche, aunque fuese uno viejo y destartado como el que yo compartía con mi padre, quien me prometió que él se iba a comprar uno y yo heredaría la tartana que pasaría a ser para mí solo. Ha debido de arrepentirse de aquella decisión porque el día que me secuestraron yo estaba en el arcén de una carretera porque el Opel Kadett se había estropeado. Para colmo de su desdicha, no pude usar el teléfono móvil porque no había cobertura. Desconozco si mi padre es consciente de este detalle y uno de estos días, cuando tenga fuerzas para narrar mi historia, se lo haré saber. Anteayer le hice un resumen a la policía. Fue breve porque la psicóloga que me acompañaba aconsejó que necesitaba descanso. Ayer me dijeron que volverán a hablar conmigo. Lo intentarán también los periodistas, si bien me han dejado claro que hablaré con ellos solo si yo quiero.

—Tito, ¿quieres ver mi moto? —pregunta Izan cogiéndome de la mano y tirando de mí sin esperar mi respuesta. Ha asumido que sí quiero ver su moto.

Sin soltarme, me dirige al jardín trasero mientras percibo que Aitana nos sigue a una distancia prudencial, como si dudase en acompañarnos o no. Izan abre el pestillo de la valla de madera y la empuja con fuerza haciéndola rebotar con sus topes. Por la inercia me golpea en la pierna izquierda, pero no me duele. Noto que el césped suena de manera extraña al pisarlo. Me fijo en él y ahora sé

que es artificial. Quiero agacharme para tocarlo, pero Izan tira de mí hasta la otra punta del jardín. Solo veo unas pequeñas ruedas que, pese a su tamaño, sé que no son de bicicleta. Destapa ilusionado el plástico que la cubre y vuelve a hablarme.

—Es una mini moto que corre que no veas —me explica mientras mueve una de sus manos de un lado al otro queriendo expresar la sensación de velocidad—. Le voy a decir a papá que nos llevé al circuito. ¿Vale, tito?

Izan sale corriendo y su hermana, que había permanecido a un par de metros de nosotros, corre tras él. Un impulso me lleva a coger el plástico para volverlo a colocar en su sitio. No me gusta el desorden y caigo en la cuenta de que no he colocado la toalla, dejándola húmeda sobre la cama. Ahora soy yo quien sale corriendo, y al atravesar la puerta de la valla de madera me detengo en seco como si mis pies hubieran sido aferrados por algo de repente. Retrocedo dos pasos para cerrar la pequeña puerta y el crujido del pestillo me desagrade. Continué mi camino hasta el dormitorio. La toalla no está en la cama, donde yo la he dejado. Entro al baño y ahora una de las ventanas está abierta. En el bidet no está la ropa sucia. En realidad no estaba sucia porque me la he puesto hace unas horas para salir del hospital, despidiéndome definitivamente del camisón con el logo de la sanidad pública. La toalla está colgada de uno de los toalleros que hay encima del bidet. Ha debido de ser mi madre. Me irrita que piense que soy una persona desordenada. Tendría que haber cogido la toalla y haberla dejado en el mismo lugar en el que está ahora. También tendría que haber bajado la ropa usada a la lavadora. Lo que no entiendo es que la ventana esté abierta si hace un rato me ha dicho que el sol engañaba y hacía mucho frío.

Bajo de nuevo al patio, tan concurrido como antes. En la mesa debajo de la pérgola hay un plato con jamón y otro con queso y lomo embuchado. No puedo evitar relamerme con el primero y me acerco veloz para llevarme un trozo a la boca. Antes de engullirlo lo huelo y el aroma me seduce. Repito con el queso y con el lomo. Solo un trozo de cada uno. En el fondo no tengo tanta hambre como creía. No sé si sentarme u ofrecerme a ayudar. Mi padre está removiendo el pollo y el conejo y tiene salpicaduras en el delantal. Hago cálculos. Mi padre, de quien heredé el nombre, tiene ahora sesenta y nueve años. Dentro de un mes y siete días cumplirá setenta. El suyo será el primer cumpleaños que celebren conmigo. O tal vez no. Me reprocho mi error porque no sé la fecha de nacimiento de mis sobrinos. Me acerco a Izan, quien custodia como el perro de tres cabezas a las puertas del infierno el plato de jamón, engullendo a escondidas los trozos a pares.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunto.

—En marzo —responde y se encoge de hombros.

—¿Qué día? —insisto, aunque ya sé que va después del de mi padre.

—El día diecinueve —interviene mi cuñada.

La miro y hago un esfuerzo por sonreír. Se toca la barriga haciendo círculos con sus manos y vuelve a hablar.

—Rubén nacerá por ahí también.

Confirmo que está embarazada. Mi hermano va a tener tres hijos como mi padre. Me aterra la idea de que alguno de ellos desaparezca algún día. Empatizo con el sufrimiento de los padres porque debe de ser la forma más pura de sufrimiento, pero no quiero pensar en eso ahora. Tengo que saber cuándo nació Aitana. Sé que ella no me va a contestar, así que le pregunto a mi cuñada.

—El veintiuno de junio. Cinco días después del tuyo, así que este año podéis celebrarlo juntos. ¿Verdad, Aitana? ¿Quieres celebrar tu cumple con el tito Gonzalo?

¿Y qué pasa conmigo? ¿Y si yo no quiero celebrarlo con ella? ¿Acaso mi opinión no cuenta? Noto cómo la sangre vuelve a hincharme el cerebro, encendiéndome por dentro para exteriorizar mi enfado. He de controlarme. Esta mujer embarazada que está a mi lado no tiene la culpa. Ningún habitante de esta casa la tiene, ni siquiera yo. La mente enferma que me ha convertido en lo que soy, está muerta. Jamás podrá pagar por lo que me ha hecho.

Acabo de mirar el reloj y son las doce de la noche. Estoy metido en la cama, arropado con sábanas que huelen a limpio y una manta verde muy suave. Mi primer día de libertad ha acabado. Durante mi cautiverio, pensé en numerosas ocasiones acerca de escribir un diario. Uno de los libros que me prestaron narraba la historia de una muchacha que completaba un cuaderno con los acontecimientos del día, si bien ella se centraba en los aspectos amorosos. Nunca me he enamorado y dudo que lo haga en el futuro, así que el amor es lo último que quiero plasmar. En los zulos, un diario hubiese sido totalmente inútil simplemente porque no hacía nada que mereciese ser recapitulado para la posteridad. Ni siquiera los días en los que me obligaban a tener sexo. Un diario me serviría ahora para plasmar en palabras escritas todo lo que no he podido decir durante el día de hoy, aunque he de reconocer que mi familia ha sabido comprenderme y no me han asediado a preguntas, dejándome a mi aire la mayor parte del tiempo.

El arroz que ha hecho mi padre estaba realmente sabroso. Hemos comido en el patio, alentados por la buena temperatura, según ellos inusual para finales de diciembre. Izan ha pedido sentarse a mi lado, mientras que Aitana me ha repudiado hasta la hora de marcharse, cuando ha sido obligada por su padre a darme un beso. Lo ha hecho entre lágrimas que no he sabido aplacar. Izan me gusta. Creo que podemos hacer buenas migas. Su abrazo ha sido reconfortante, aunque demasiado largo y tampoco he sido capaz de despegarle de mí. Cuando han anunciado que se marchaban, he deducido que no viven en esta casa, lo cual hubiera sido una sorpresa. Al parecer, viven en una pequeña casita al norte de Madrid. Una casita que les alquiló una tía de mi madre cuando ella se fue a la residencia donde murió unos meses después. He preguntado entonces por la única abuela que me quedaba, a quien recordaba ya mayor. Murió por el Alzheimer hace ocho años. Nadie más cercano a nosotros ha muerto en este tiempo. En relación a la salud, lo más notorio ha sido un infarto que le dio a mi tío Antonio hace unos meses o las numerosas operaciones a las que se ha sometido mi madre a causa de un problema de tiroides. Una tía mía que vive en el pueblo de la costa donde solíamos pasar los veranos y donde mis padres compraron un piso, tuvo un cáncer del que se recuperó. Mi otra tía, la pija, ya no es pija. Ha tenido que vender su piso de Madrid y comprarse otro en Ávila mucho más barato para poder salir adelante con el ingreso proveniente de la diferencia de precio entre ambos. A Izan le operaron en verano, y aunque él lo ha

narrado como algo extraordinario que dolió muchísimo, según mi madre fue la colocación de un testículo que no había terminado de desarrollarse en su sitio. Desde entonces, Izan parece Michael Jackson tocándose el paquete cada vez que hace mención a la operación.

Después de irse, y con mi hermano Javier durmiendo la siesta, mis padres me han preguntado qué quería hacer. Me han aconsejado dormir un rato, lo cual he declinado porque no tenía sueño. He dicho que quería ir al dentista y mi padre ha buscado en algo llamado Google el número de teléfono de uno que hay aquí en el pueblo. Para mi suerte, me han dado cita esta misma tarde. Pensar en el contacto con el exterior me ha creado ansiedad. Iba a ser mi primera salida y un médico iba a tener que tocarme. Que me hiciera más o menos daño era lo de menos. En la sala de espera la gente me miraba. O quizá miraban a mis padres, que me acompañaban y esperaban conmigo como si fuese una reunión del cole con la tutora. Al decir mi nombre, me he puesto nervioso. Llevaba años sin escuchar mi nombre y apellidos juntos. El dentista se ha sorprendido negativamente cuando he abierto la boca. Mi madre había dicho que quería solo una limpieza, pero a tenor de la cara del señor de bata blanca, a mi dentadura le hacían falta más cosas. De hecho, antes de marcharme ha mencionado todos y cada uno de los problemas de mi boca, de los cuales solo he entendido la palabra caries. Mi madre ha dicho que pediríamos cita para después de Navidad. El roce ha sido menos angustioso de lo que me esperaba, pero aun así ha habido momentos de ansiedad cuando con el codo me rozaba el vientre o cuando con el dedo me estiraba el labio inferior hacia abajo. Sé que ha notado que en ambos casos mi respiración se hacía más fuerte, salvando la situación con un comentario que no recuerdo.

Al salir de la clínica, mis padres me han preguntado qué quería hacer y he respondido que prefería volver a casa. Me han gustado los dos paseos de diez minutos que nos separaban del chalet al edificio del dentista. Miraba a mi alrededor como el que ve el mar por primera vez. Me he fijado en la gente y en su forma de vestir, pero de ellos me ha llamado la atención que utilizaban los teléfonos móviles mientras caminaban o esperaban el autobús. Los autobuses aquí son verdes, muy similares a los que yo conocía. Supongo que nadie ha podido mejorar su diseño cúbico como optimización del espacio. Los coches sí han cambiado. Hay muchos todoterreno y mi padre me ha explicado que están de moda los híbridos. Recordaba lo que era un híbrido, pero aun así he dejado que me lo explicase. El túnel que hemos tenido que pasar para sortear las vías del tren por abajo me ha causado más claustrofobia la segunda vez, por lo que he

aligerado el ritmo y he tenido que esperar a mis padres en la rampa de subida. Luego hemos atravesado el parque de nuevo. Está muy descuidado, hay baldosas sueltas y cagadas de perro. Un grupo de jóvenes ha tirado un par de petardos que me han sobresaltado, avergonzándome porque mis padres se han percatado de ello. También de mi inseguridad cuando un vecino se ha detenido frente a nosotros y me ha tendido la mano para saludarme. Salvador es el mejor amigo de mi padre, y según él me conocía, pero yo no le recordaba. Mi padre se ha quedado con él, así que hemos continuado mi madre y yo hasta llegar a casa. El corto paseo me ha agotado. Mi cuerpo no está acostumbrado a pasear, aunque en el último zulo tenía espacio para hacerlo. Sin embargo, me parecía de locos andar de un lado a otro sin rumbo. No obstante lo probé imbuido por un repentino anhelo de mantenerme en forma y la sospecha de que mis músculos se atrofiarían como leí en uno de los libros. Establecí mi récord de pasos en mil setecientos cincuenta en un solo día.

Sobre los zulos me ha preguntado mi madre. Al responder casi con monosílabos, la buena mujer ha desistido y me ha dejado en paz. Nos hemos sentado en el salón pequeño y ha encendido la tele. Sí, la enorme pantalla que creí era un monitor de ordenador, ha resultado ser un televisor. Ha pasado de uno en uno los más de cien canales. El número no me ha sorprendido porque una temporada en mi casa tuvimos Canal+ porque mi padre quería ver los partidos de fútbol de los domingos. El fútbol no me interesaba, aunque sentí curiosidad por las películas porno y los canales de música. Hasta la cena no hemos hecho nada especial. Javier se ha unido a nosotros y me ha hecho preguntas, pero mi madre le ha prohibido continuar. «Ah, vale. Perdona», ha respondido él. Mi padre, Javier y yo hemos cenado una ensalada y pescado. Al parecer, mi padre tiene la tensión alta y debe cuidar su dieta, mientras que mi hermano ha echado barriga según mi madre. Ella dice que solo cena fruta o un par de yogures, pero se los ha tomado cuando ha recogido los platos de la mesa. Me he levantado para ayudarla y me lo ha impedido. La televisión no me ha ofrecido nada que me pareciera interesante, así que he subido de nuevo a la bohardilla para buscar alguna revista de coches y recordar, a través de ellos, tiempos mejores. Estaban apiladas en dos cajas grandes y acumulaban tanto polvo que las manos se me han teñido de gris. He cogido dos y he bajado a mi dormitorio, que es donde estoy ahora dispuesto ya a dormir.

La primera noche en el hospital no tuve pesadillas porque me sedaron. La segunda fue peor, aunque mi madre estaba allí para reconfortarme diciéndome que todo estaba bien. Fue una mentira piadosa porque todo no estaba bien. En

realidad nada está bien. ¿Cómo puede estarlo después de dieciocho años encerrado? Tengo la misma sensación que la primera noche del zulo. La noche en la que el Opel me dejó tirado y alguien se acercó con intención de prestarme ayuda. O eso creí, porque en cuestión de segundos recibí un golpe en la cabeza y mi siguiente recuerdo fue verme encerrado en un cuarto con olor a humedad que no mediría más de dos metros de largo por metro y medio de ancho. Grité y grité hasta perder las fuerzas. No pude dormir y no supe cuándo amanecía porque no se colaba una sola rendija desde el exterior. Ni siquiera la raja de debajo de la puerta dejaba ver algo de luz. No sé cuántas horas pasaron hasta que escuché un ruido lejano, como el de un cerrojo desbloqueándose. Le siguieron unos pasos que parecían descender una escalera, pero eran aún remotos. Después otro cerrojo y otra puerta, y al fin escuché la voz ronca y áspera de mi secuestrador. Grité y no sirvió de nada más que para cabrearle, pues él pedía que me callara y desobedecí.

—Si haces lo mismo la próxima vez, te quedarás sin agua y comida.

Entonces escuché una puerta cerrarse, correr un pestillo y luego unos pasos ascendentes. Luego la segunda puerta y al fin el silencio más absoluto. En la habitación no había absolutamente nada salvo el colchón maloliente. Ni una botella de agua ni un orinal donde evacuar. Nada. Tras otro larguísimo rato que no puedo cuantificar, el hombre repitió los pasos de horas antes. Le escuché desde el otro lado de la puerta y opté por no gritar.

—¿Me escuchas? —preguntó él.

—Sí —respondí como lo hubiese hecho un soldado en el ejército.

—Muy bien, pues atento porque te voy a explicar cómo van a funcionar las cosas.

—¿Quién eres y qué hago aquí? ¡Sácame de aquí!

No pude evitar contenerme y escuché mis gritos mezclarse con los golpes que daba con los puños sobre la puerta, si bien me arrepentí de mi desobediencia a los pocos segundos. El hombre no volvió a hablar, limitándose a cerrar puertas y pestillos hasta que le diese la gana regresar. Entendí su juego. Había prometido agua y comida si guardaba silencio, así que la única manera de conseguirlos era tragarme el orgullo o lo que diablos fuese lo que sentía en aquellos momentos. La tercera visita ocurrió antes de lo previsto. O eso creí. Cuando me repitió la pregunta y contesté afirmativamente, me prometí a mí mismo que no diría nada más hasta que no me lo pidiese. El hombre lanzó sus órdenes finalmente:

—Detrás de tu puerta, donde estoy yo ahora, hay un espacio pequeño separado de otra puerta. Aquí te dejaré tu ración diaria de agua y comida. Te

explico cómo vas a cogerla, y te digo desde ya que si infringes las reglas, el castigo será mucho peor que estar dos días sin comer o beber.

Dos días. Había pasado cuarenta y ocho horas en aquel zulo y no recuerdo si me parecieron muchas o pocas. Quizá por la sed hubiera pensado que habrían sido menos, pero el temor a haberme acostumbrado tan rápido a mi encierro era aterrador a la par que preocupante.

—Cuando escuches la segunda puerta, sabrás que estoy aquí con la comida y el agua. Los dejaré, desbloquearé el cerrojo de tu puerta y esperarás a que salga y escuches el pestillo de la segunda. Por si acaso no lo oyes, daré dos golpes en la madera. ¿Entendido hasta ahora?

—Sí.

—Después de los dos golpes, abrirás tu puerta, cogerás la bandeja y entrarás ahí de nuevo cerrando la puerta al instante. Cuando lo hagas, serás tú quien dé los dos golpes. Entonces entraré, echaré el cerrojo de esta puerta y me iré. Sin juegucitos, chaval, no quieras hacerte el héroe porque no conseguirás más que el castigo más cruel que te puedas imaginar. ¿Me captas?

—Sí.

—A partir de mañana, tú dejarás la bandeja sucia en el mismo sitio de donde recojas la que yo te traiga, y así los días sucesivos. Si lo haces todo como yo digo, dentro de poco podrás ganar un privilegio. Sabrás cuál a su debido tiempo.

Volvió a preguntarme si lo había entendido y me dijo que lo pondríamos en práctica. Al escuchar los dos golpes abrí mi puerta. Sonó un crujido proveniente de las bisagras, lo bastante leve para no asustarme. Tampoco había luz en ese pequeño hueco que había descrito. Palpé con la mano el suelo y encontré lo que parecía una botella. Seguí tocando el cemento frío y húmedo pero no hallé nada más.

—Se acabó el tiempo —gritó—. Entra.

—No hay comida —dije.

—He dicho que entres. Y no te olvides de avisarme con los dos golpes.

Obedecí. Agarré la botella y entré cerrando la puerta tras de mí. Aticé con los nudillos, y el cerrojo de la otra puerta se corrió. Después insertó el de la mía y el hombre me habló de nuevo:

—Hoy no vas a tener comida debido a tu desobediencia de ayer, pero me alegra ver que has aprendido la lección y sabes ya quién manda aquí.

Me callé y bebí de un trago sin preocuparme de que el contenido de la botella, que por sus formas calculé era de litro y medio, debía durarme un día

entero. Fue en ese momento cuando creo que cerré los ojos para dormir por primera vez.

Ahora no puedo. Ni un solo bostezo que indique que voy a tardar poco en ceder al sueño. Me gustaría poder cerrar los ojos y dormir sin despertarme en mitad de la noche. Cuatro o cinco horas seguidas, no pido más. Como sé que no voy a conseguirlo, enciendo la luz y me levanto para ir a por más revistas de coches. Me da igual que sean viejas. Han logrado entretenerme desde después de cenar hasta que he creído que iba a poder dormir. Subo las escaleras de la bohardilla y cuando llego a ella escucho a mi madre susurrar.

—¿Necesitas algo?

—Voy a coger revistas para leer.

Mi respuesta no ha debido de ser convincente, pues mi madre sube antes de que haya alcanzado la puerta del trastero.

—Tiene que haber libros también —me informa.

No parece mala idea, aunque no tengo fuerzas ni ganas para decidir qué libro leer. Mientras voy en busca de la caja de las revistas, ella introduce la mano en un armario que hay junto a la puerta. Extrae un libro y lee el título:

—Cien años de soledad.

Ella misma se da cuenta de que el título es demoledor e inapropiado. De pretender poner un título a mi historia solo tendría que cambiar el número cien por el dieciocho. Sin decirle nada, lo guarda y saca otro. Anuncia que es de Agatha Christie, y aunque sea de misterio, los dos convenimos que puede ser interesante, así que no buscamos más y llego a mi cuarto con tres revistas y *Muerte en el Nilo*.

Anoche dejé la persiana completamente levantada porque quería que me despertase la luz natural en caso de que el insomnio no lo hubiera hecho antes del amanecer. Según mi madre, esta parte de la casa es la que mejor orientación tiene para el invierno, pues el sol le da de frente prácticamente desde que sale hasta que se pone. Me pregunto entonces por qué está libre, y llego a la conclusión de que es una cuestión de espacio, pues es la más pequeña de las cuatro. El dormitorio de Javier da al jardín trasero. Lo vi ayer después de comer cuando me percaté de que había estancias en la casa que no había explorado. Me pareció espacioso, pero muy mal aprovechado. No entendí por qué mi hermano tiene dos camas pequeñas en lugar de una más grande. O quizá un sillón donde sentarse a ver la tele, porque en el dormitorio de mi hermano también hay televisor. El más grande es el de matrimonio, pero he descubierto que mis padres

no duermen juntos. Me lo olí cuando vi el que faltaba y lo confirmé cuando anoche mi madre entró en él al despedirnos después de bajar de la bohardilla. Me imagino que no duermen juntos a causa de los ronquidos de mi padre. Todo el mundo ha dicho siempre que nadie ronca con tanta intensidad como él. Y mi madre, con la edad y su aparentemente débil estado de salud, se habrá cansado de aguantarlos.

Miro el reloj Casio de la mesilla de noche y veo que son las siete y media. Finalmente no ha sido el sol quien me ha despertado. Tampoco mi hermano cuando se ha ido a trabajar. Ayer me dijo que se levanta a las seis y media de la mañana y que a veces se da una ducha en el mismo baño en el que lo hice yo ayer y que está pegado a mi dormitorio. Puede que hoy no lo haya hecho, pero en cualquier caso estoy contento porque he dormido más de lo que esperaba. Y sin pesadillas. He soñado, eso lo sé ahora. En mi sueño aparecían coches con pantallas gigantes que acababan todos en un taller sin ventanas ni puertas, por lo que inexplicablemente no sabía por dónde entraban o salían. Cosas de los sueños. Hay suficiente claridad como para no tener que encender la luz para poder seguir leyendo. En la última escena que leí anoche, Hércules Poirot sostenía un pañuelo.

Varias páginas después, cuando me acerco a la resolución del misterio, escucho la puerta del dormitorio de mi padre abrirse. Le siguen unos pasos bajando las escaleras que retumban en el hueco de la escalera porque no sé si mi padre es consciente que yo estoy aquí y podría estar durmiendo o simplemente el peso de los años le obliga a arrastrar los pies. Sus pasos me transportan involuntariamente al primer zulo, donde unas escaleras aún más oscuras que estas me separaban de la libertad. Cumpliendo con sumisa aceptación las premisas de mi raptor, no tardé en recibir el primero de los privilegios que había mencionado. Llevaba ya tres días comiendo una ración de un puré pastoso que podía coger con las manos y naranjas que encubrían momentáneamente el olor a humedad y a mi propia suciedad. Tras avisarme de que el momento de haberme ganado un derecho por buen comportamiento había llegado, el hombre dejó un cubo vacío en el que poder hacer mis necesidades. Un cubo que, al igual que la bandeja sucia de comida, dejaría en el hueco que había ideado para llevar a cabo nuestros intercambios, prometiendo vaciar su contenido una vez al día. No conseguí que el hedor penetrante desapareciera completamente, impregnado en mí y en un rincón de aquel hospedaje infernal en el que me había confinado.

Decido levantarme de la cama y siento mucho frío. El frío es la única sensación a la que no he llegado a acostumbrarme nunca. He soportado la sed, el

hambre y el mal olor. He tolerado vejaciones, golpes y abusos. He convivido con bichos y la oscuridad más absoluta. Pero al frío no me habituaré jamás. Frío seco o frío húmedo calándome hasta los huesos de tal manera que si hubiera podido mirarme, habría descubierto mi piel amoratada bajo los temblores. Abro el armario en busca de algo que ponerme encima del pijama. No hay nada. Parece el armario de una habitación de hotel. Pruebo suerte con la otra hoja, que deslizo suavemente porque, al contrario que mi padre, yo procuro no despertar a nadie. Aquí encuentro ropa de mi madre, esa que ya no se pone y que por algún motivo no quiere deshacerse de ella. Entre toda esta ropa, alguna protegida por plásticos transparentes, veo una bata mullida que se me antoja demasiado trasnochada incluso para mi madre. Decido no ponérmela por un repentino pudor aunque al tacto me parezca que podrá abrigarme y aplacar el frío. Cierro el armario y en la cama desocupada está la ropa que me vestí ayer, así que la única solución es colocarme el jersey encima de la camiseta del pijama.

En la cocina, mi padre se ofrece a prepararme el desayuno y yo prefiero comenzar a valerme por mí mismo. Por primera vez pienso en el dinero y en cómo seré capaz de ganarme la vida. Tengo treinta y seis años y ninguna experiencia laboral. Tampoco estudios superiores. Justificar eso en un currículum va a ser difícil. Seré siempre un mantenido y no me agrada la sensación de convertirme en un ente inservible y desocupado. Mi hermano Javier es dependiente aunque trabaje, y mis padres no se merecen otra carga si acaso ellos piensan que tener un hijo como Javier es una carga. Es mi primer momento de ansiedad de la jornada y apenas ha amanecido. Me apunto mentalmente preguntarle a la psicóloga cuál es la mejor manera de aplacar este tipo de situaciones porque no estoy dispuesto a vivir el resto de mi vida con un nudo apretándome el pecho. Quiero café, pero no uno de esos cafés fríos que probé ayer. Me dedico a abrir armarios ante la atenta mirada de mi padre, quien se contiene para asistirme en mi registro, si bien no sabe lo que busco. Le pregunto finalmente y me señala el aparato rojo y negro del rincón de la encimera, el que ayer me pareció un robot. Abre un armario y saca un trozo de plástico redondo que introduce en el artilugio de aspecto futurista. Pulsa un botón y un líquido oscuro mana desde la cabeza del robot hasta caer en la taza. No lo han conseguido con la comida, pero sí han logrado encapsular los granos de café.

Mi madre se nos une y los tres desayunamos rodeados de un silencio incómodo al que ellos parecen habituados. Cuando surte el efecto de la cafeína en nuestros organismos, mis padres me proponen que haga una lista con las cosas que necesito, ya sea para que vayan a comprarla ellos o yo les acompañe.

Mi padre nos dirige al salón pequeño donde el sol irradia con todo su esplendor, pero sigue haciendo frío. Coge un lápiz de entre las páginas de un libro de pasatiempos que tiene nombre chino o japonés, y arranca una hoja de una agenda. Me los entrega. Va a ser la primera vez en dieciocho años que escriba algo y me da vergüenza que no sepa hacerlo o que mi caligrafía se haya vuelto ininteligible. Prefiero que lo haga mi padre y ya practicaré con el cuaderno y el bolígrafo, que son los artículos que dicto en primer lugar para que los apunte en la lista. Él lo repite y dice al instante que en algún sitio debe de haber cuadernos y bolígrafos. Mi madre le reprocha un poco contrariada, como si estuviera un poco harta de que mi padre siempre ponga pegas a todo o tenga que decir la última palabra.

—Una bata —continúo.

Y ahora es mi madre la que interviene en mis asuntos mientras piensa en voz alta que tiene que haber una bata que me valga en algún armario o cajón. Se da cuenta de su contradicción al igual que nos hemos percatado mi padre y yo. Ante su silencio, corrijo mi impresión infiriendo que es mi madre la que siempre dice la última palabra y me asusta pensar que se ha convertido en una de esas personas que ven los errores de los demás, pero no los propios.

—Una revista de coches —prosigo—. Un cepillo de dientes y un gel que huela a fruta, da igual la que sea. Calcetines azul marino o un jersey negro. No soporto la combinación del azul marino con el negro.

Mis padres se miran extrañados y tengo la sensación de que ha sido la frase más larga que he pronunciado desde que estoy en esta casa. Me he dejado llevar por la necesidad y el materialismo, aunque mucho menos de lo que se me ha pasado por la cabeza, donde un torrente de objetos y prendas de vestir me han inundado en pocos segundos como si mi cerebro solo evocara la imagen de un Corte Inglés abierto para mí solo. El Corte Inglés es el lugar al que proponen ir, si bien ninguno me ha preguntado directamente si quiero acompañarles. Si digo que no, tienen un problema, pues asumo que habrán hablado sobre no dejarme solo en casa. Hago un esfuerzo y decido ponerles las cosas fáciles, anunciándoles que voy a arreglarme y vestirme. Me enfrento al espejo del cuarto de baño de nuevo. Esta vez, lo primero que veo es mi rostro con barba de varios días e instantáneamente decido afeitarme. Encuentro en el armario de donde mi madre sacó ayer la esponja todo lo necesario para poder hacerlo. He podido afeitarme durante algunos de estos años. El aseo fue el tercer privilegio que me concedió mi raptor. El segundo había sido la luz. Tras muchos días dejándome la comida, el agua y un cubo limpio, me avisó que mi comportamiento era

merecedor de una comodidad adicional, si es que en todo aquello hubiera algún tipo de comodidad. No supe de qué se trataba hasta que, después de atrancar el cerrojo de mi puerta como de costumbre, la luz de una bombilla me cegó por lo inesperado más que por la intensidad de su fulgor. Pude ver por primera vez dónde estaba metido, aunque me lo había imaginado casi al milímetro palpando con los dedos cada rincón del cuarto de apenas cuatro metros cuadrados.

Era un zulo. Yo había aprendido el significado de esa palabra al ver en las noticias los secuestros a políticos vascos por parte de una banda terrorista. No había ventanas que hubieran sido tapiadas ni puertas condenadas para siempre. Solamente en un rincón de la pared frente a la puerta, hallé lo que parecía un conducto de ventilación por donde apenas entraría un puño. Ennegrecido por el polvo, decreté que me acercaría todo lo posible con intención de percibir algún ruido que se colase por él, pero ingenuo de mí, si no había escuchado nada en todos esos días, no iba a hacerlo en ese momento por mucho que ya tuviera luz y supiera de su existencia. La luminosidad no fue todo lo positiva que habría esperado, pues me permitía ver lo deprimente del lugar y todos los detalles en los que no me había molestado imaginar por resultarme demasiado desagradables. De esta manera, pude distinguir el charco en la esquina que había improvisado como mi retrete, así como las manchas de formas difusas del colchón o mis manos teñidas de negro que acumulaban suciedad entre las uñas. Fue en ese momento que sentí la necesidad de limpiarme pese a que el olor ya me había avisado de algún modo. Fue también el instante en el que dudé si prefería la luz o quería volver a las tinieblas. Una luz perpetua que nunca se apagaba y obligaba a verme todo el tiempo, acosándome y recordándome dónde estaba. Que pudiera dormir con ella era lo de menos. En mi lucha interna por decidirme, al cabo de unos días, el hombre de voz áspera avisó de un nuevo derecho, el tercero. El cubo ese día no estaba vacío, sino lleno de agua que aparentemente había sido mezclada con algún tipo de jabón a tenor de la espuma que se había formado junto a los bordes. Con todo, el agua no me resultó ser tan transparente como la de las botellas que me iba llevando. Para mi aseo, era eso mejor que nada.

Mi padre dobla la esquina y los cuatro intermitentes del Mercedes plateado que vi ayer aparcado se encienden. «Este es su coche», pienso. Mientras yo estaba secuestrado, mi padre se ha comprado un coche. No cualquier coche que reemplazara por la necesidad del desplazarse al viejo Opel del que no sé qué ocurrió después de dejarme tirado y expuesto a mi secuestrador. Mi padre no se compró un coche cualquiera, sino un Mercedes. Una marca que denota que los

propietarios que los conducen tienen algo que demostrar. Estatus, buen gusto o derroche. ¿Qué quería demostrar mi padre? Me siento tan egoísta por criticarle en silencio como él se sentiría cuando acudió al concesionario olvidándose por un momento de mí mientras elegía el color o el equipamiento sin pensar que había perdido un hijo y él estaba adquiriendo un artículo de lujo. Voy a ocupar el asiento trasero y mi madre me anima a que me monte delante. He visto la matrícula y he sumado los números, pero las letras no sé exactamente a qué año corresponden. Hago un cálculo rápido tirando de recuerdos y llego a la conclusión de que debió de ser comprado en algún momento del año 1999, meses después de mi desaparición. El interior del coche me confirma que es un modelo viejo, al menos comparado con el de mi hermano. No hay pantallas gigantes y de momento no suena ningún pitido. Tampoco existe una palanca para el freno de mano, pero mis conocimientos sobre el automovilismo me dicen que en los Mercedes antiguos el freno de estacionamiento se destensaba con la mano izquierda y se tensaba con el pie.

—Tendrás que ir también a renovar el carnet de conducir —dice mi padre después de haberse puesto en marcha.

Asiento y no sé si me ve porque la voz no me sale del cuerpo. Estoy aún decidiendo qué debo sentir al comprobar que mis padres se olvidaron de mí demasiado pronto. ¿Cómo se sienten ahora? De repente, después de dieciocho años, su hijo mediano ha reaparecido en sus vidas como un extraño al que dar cobijo, ropa y comida. Nos unen los lazos de sangre y nada más. Voy a ser un estorbo. No les voy a aportar nada. Han perdido los mejores años de mi vida como hijo. Los momentos clave que se esperan a fuerza de la tradición. La orla de mi licenciatura, el primer contrato laboral, una boda, nietos, un ascenso. Lo que mi hermano Carlos ha podido darles y yo no seré capaz de darles jamás. Después de tantos años, apuesto a que hubieran preferido enterarse que estaba muerto. Han de pensarlo porque son seres humanos y el ser humano no siempre piensa como uno espera. Imagino que en este tiempo han querido cerrar ese capítulo de sus vidas. Ponerle fin a la incertidumbre y el desconocimiento. Pero me convengo de que el final feliz de esta historia hubiese sido el hallazgo de mi cadáver, lágrimas de pena y una sepultura a la eternidad.

La ansiedad me acompaña durante todo el trayecto, pero no me impide contar las rotondas. Han sido nueve hasta el aparcamiento del centro comercial. Este en particular es nuevo, pero no se me antoja muy diferente a los que recuerdo. La tarde de mi secuestro, había estado en uno, aunque no compré nada a excepción de una napolitana de jamón y queso en el supermercado. Aquellas

semanas antes de la debacle, yo solía coger el coche sin rumbo fijo por el mero hecho de conducir. Había aprobado el examen del carnet de conducir apenas un mes antes, por lo que quería acabar de un plumazo con todas las ganas de ponerme tras un volante que había acumulado desde que me aficioné a las cuatro ruedas. Preguntaba a mi padre si él iba a usar el coche, y si me contestaba que no me apoderaba de las llaves e iba de un lado para otro escuchando las cintas del casete una y otra vez. La primera bronca relacionada con el coche que recibí por parte de mi padre no fue porque le hiciera un roce con la columna del garaje, lo dejara abierto por un descuido o hubiese manchado la tapicería. Fue cuando le pedí dinero para llenar el depósito. No se explicaba cómo había sido capaz de agotar las cinco mil pesetas de gasóleo que le había metido unos días antes. Afortunadamente para ambos, el viejo Opel consumía muy poco.

Cuando pongo un pie en la rampa mecánica mis padres me miran como si no estuviesen seguros de que sepa cómo funciona. Quiero decirles que en mi época de libertad ya existían este tipo de modernidades. Que me agarre a la cinta negra que hace de pasamanos no es por temor, sino por mi falta de fuerzas para enfrentarme a una multitud. Es muy temprano y en los grandes almacenes hay mucha gente. Demasiada gente. Más tarde comprendo que la Nochebuena está a la vuelta de la esquina, así que es temporada alta en sitios como este. El primer departamento que pasamos es el de zapatería. Mi madre se detiene frente a una estantería que promete descuentos del cincuenta por ciento. Me pregunta si me gusta alguno de los mocasines de ante marrón que hay expuestos y le digo que no con un movimiento de cabeza. Continuamos, y ahora soy yo quien se frena ante unas zapatillas blancas con un cocodrilo verde a uno de los lados. Cojo una, la giro y veo el número de la suela. No recuerdo cuál es mi talla. Miro la etiqueta en busca del precio como si esto me importe algo. Observo un símbolo con forma de E con dos rayas y el número noventa y nueve a su lado. No sé qué significa eso. Tampoco sé cuánto han subido los precios en todos estos años. Mi única referencia es la revista de coches que leí anoche y en cuya portada marcaba '200 pesetas'. Pero unas zapatillas en el año 2016 no pueden costar la mitad que una revista de coches del año 1997. Las dejo e indico con el brazo la sección de ropa interior. Las batas de caballero captan mi atención. Esta vez me da igual el color, solo busco la que más abrigue. La escojo, me la pruebo por encima del jersey azul marino que también llevé ayer, y se la doy a mi madre dándole a entender que quiero esa. Ella me dice que necesitaré calzoncillos y calcetines también. Recuerdo ahora que quiero unos que no sean negros y que la talla de los bóxers ha de ser más pequeña que los que ella me compró. Se lo

entrega todo a una dependienta que muestra una amabilidad artificial. La miro y sé que está contando las horas que le quedan para poder irse a casa al igual que yo contaba las horas cuando mi secuestrador me dio una referencia por primera vez.

—Ciento treinta euros. —La escucho decir.

Ahora lo entiendo todo. La moneda común europea. Ya se hablaba de ella antes de que me privaran de mi libertad. Lo asocio a la E que he visto en la etiqueta, así como a un comentario que hizo mi secuestrador hace mucho tiempo, quizá la primera o segunda vez que venía de comprarme ropa como ahora están haciendo mis padres. Al cerrar la puerta le escuché decir con tono quejicoso que se había gastado en algo no sé cuántos euros. No supe a qué se refería, pero ahora ya lo comprendo. Tuvo que ser el año que la peseta cedió al euro. Desconozco la equivalencia, así que no sé si la cifra que acaba de escupir la dependienta es mucho dinero o poco. Me apunto mentalmente el número ciento treinta. Esto me recuerda que necesito el soporte para mi diario. Me conformo con un cuaderno. De hecho, lo prefiero porque las páginas serán más grandes y podré arrancarlas con facilidad en caso de necesitar hacerlo. Mi madre se empeña en comprarme un par de pantalones y dos jerséis que están en oferta 2x1. Uno es negro y el otro es azul claro. Mi padre me dice que es su marca favorita. Yo no tengo una marca favorita. Tampoco la tuve en su tiempo aunque siempre comprase en la misma tienda porque era la única que ofrecía tallas grandes a un precio que un estudiante sin ingresos se podía permitir. La XXL ya no es mi talla. Mi madre ha aconsejado que sea una M, recordándome una vez más que debo ganar peso.

Entramos al supermercado después de que mi padre haya embalado las bolsas de mis compras en un plástico con máquina en forma de grapadora gigante. Repasamos mi lista y cuando está todo se centran en la suya. Se preguntan el uno al otro cuál va a ser el menú para la Nochebuena. A mí me lo han preguntado ya y me he encogido de hombros porque me da igual. Sé que me gusta mucho el jamón. El queso que probé ayer, no tanto, porque su sabor me pareció demasiado fuerte. Mientras empujo el carro siguiendo a mi madre porque mi padre ha cogido número en la pescadería y ha preferido no alejarse, me abro camino entre el resto de clientes intentando pensar en algo que aplaque la ansiedad que me provoca la multitud. Pienso en la última Nochebuena que celebré, pero soy incapaz de evocarla. Antes de que mi dieta se limitara a puré viscoso y naranjas, creo que mis comidas favoritas eran el cocido madrileño y el pollo relleno de carne picada que hacía mi madre algunos domingos. Pretendo

acercarme a ella para informarla de que me gustaría que hiciese alguna de esas cosas, pero súbitamente pienso que es un capricho superfluo y que no hay necesidad de recuperar el tiempo perdido porque jamás recuperaré de ninguna forma el tiempo perdido.

Cuando mi padre regresa de la pescadería mi madre le informa de que ella lo tiene casi todo. Hemos ido recorriendo los pasillos sin que nada haya despertado mi curiosidad lo suficiente como para detenerme. Sí que me han llamado la atención los distintos tipos de leche que existen, algunos con algo llamado soja que no me suena de nada. Lo mismo con el pan de molde. Como mucho, en mi casa se compraba el normal para mis hermanos y para mí o el integral para mi madre. En la zona de los yogures he corroborado que los envases pueden ser verdes o blancos, no que los primeros hayan sustituido a los segundos. La palabra *soja* aparece de nuevo en las etiquetas. Sin embargo, cuando los tres nos disponemos a ir a la caja, atravesamos la zona de aparatos tecnológicos y aquí mi mente se llena de información leyendo todos y cada unos de los carteles de los expositores. Existe algo llamado tableta que aún no sé qué es, pero intuyo que no puede referirse al chocolate. Una marca cuyo logotipo es una manzana mordida presume de un lugar privilegiado entre las demás, que deben de ser más vulgares. En la sección de música me apetece descubrir si Ana Torroja ha sacado nuevo disco, pero no encuentro los discos por ningún lado, solo aparatos diminutos o auriculares gigantes. En cualquier caso, no me da tiempo a descubrir nada nuevo porque mis padres parecen tener prisa.

Estamos ya en el coche con el maletero lleno y estoy pensando en la cifra que ha mencionado la cajera. Trescientos ochenta euros. Hago mis cálculos para compararlo con los ciento treinta de la bata y la ropa interior, pero soy incapaz de cotejarlo.

—¿Cuántas pesetas son trescientos ochenta euros? —pregunto desde el asiento trasero, pues he convencido a mi madre de que prefiero sentarme aquí porque el sol me molesta delante.

—Algo más de sesenta mil —responde mi padre rápidamente.

Me hubiese gustado que fuera más preciso para poder hacer una división exacta, puesto que mis cálculos pueden variar desde ciento cincuenta y siete hasta ciento setenta y uno. Todo depende de ese 'algo más'.

—Un euro son ciento sesenta y seis pesetas —añade, dejándomelo completamente claro.

Entonces pienso que la bata, los tres pares de calcetines y los tres calzoncillos han costado 21.600 pesetas, lo cual no me ayuda aún a saber si es

mucho o poco.

—¿Cuánto cuesta una revista de coches? —pregunto otra vez.

Mi madre dice que no lo sabe, y mi padre se aventura a valorar que sobre euro y medio. La que leí anoche costaría al cambio un euro con veinte, así que de ser cierta la aproximación de mi padre, el coste de la vida no ha subido mucho en estos dieciocho años. Mi madre pide a mi padre que pare en el estanco para comprar la revista y así sabremos cuánto cuesta. Mientras pronuncia las últimas palabras está buscando en el bolso el teléfono móvil que ha empezado a sonar hace unos segundos. Cuando consigo sacarlo, veo desde el asiento trasero que desliza un dedo hacia un lado. Su teléfono tampoco tiene teclado, así que no sé cómo se las apañarán para marcar un número.

—Sí, esta tarde estaremos en casa —dice mi madre—. Vale, gracias.

Cuando se lo aparta de la oreja toca lo que parece un botón rojo, pero no es un botón, sino un dibujo que desaparece súbitamente de la pantalla hasta volverse oscura.

—Era la psicóloga —nos informa—. A las cuatro va a venir a verte.

3

Son las cuatro menos cinco y estoy esperando en el salón pequeño agradeciendo que el sol aún se cuele por la ventana con intensidad. Cuando hemos llegado del Corte Inglés, he dejado la revista de coches a un lado para ayudar a mis padres con la compra. La encimera de la cocina se ha llenado de bolsas, pero no de bolsas que nos hayan dado en el supermercado, sino las que la previsor de mi madre ha dejado en el maletero del Mercedes cuando nos hemos ido. Me ha podido la curiosidad y le he preguntado el motivo. La respuesta ha sido que ahora cobran por las bolsas de plástico para concienciar a la gente sobre el reciclaje. Conozco esta palabra, no es nueva. En mi casa hace muchos años se reciclaba el vidrio en un contenedor verde con forma de iglú como el horno de leña que hay en nuestro jardín, y el papel y cartón en uno de color azul que habían situado frente al portal del edificio donde vivíamos. Una vez se incendió y fue mi padre quien llamó a la policía, sintiéndose héroe por un día.

He querido ayudar, pero no sabía dónde van las cosas, así que me he limitado a vaciar el contenido de las bolsas y dejarlo todo sobre la encimera o la mesa de la cocina para que mi madre lo fuera colocando. Me he fijado y ya sé dónde encontraré el pan de molde para el desayuno (en el cajón grande debajo del horno) o los frutos secos (en el mueble encima del robot cafetera), que me ha dicho que son buenos para la salud y la memoria si los ingiero en pequeñas cantidades. Después he subido al dormitorio y he colocado los calcetines y los calzoncillos. Iba a ponerme la bata, pero el esfuerzo de sacar las bolsas y colocar todo me ha hecho casi sudar, así que no sentía frío y la he dejado colgada en el armario junto a los dos jerséis nuevos o los pantalones. Poco a poco, mi armario se iba llenando y ha sido una sensación agradable. He ojeado la revista, pero no le he prestado tanta atención como a las de ayer. No por falta de interés, sino que

he preferido dejarla para esta noche en caso de que el insomnio decida acompañarme de nuevo. Mi padre me ha gritado desde abajo preguntándome si me apetecía tomar un aperitivo. He bajado y he escuchado su voz proveniente del patio. Estaba sentado donde ayer estaban sentados mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos. He ocupado una silla sin quitarle ojo al plato de jamón que había sobre la mesa y le he preguntado por ellos. No sé por qué, pero me apetecía ver a Izan.

—Tu hermano trabajaba anoche —explicaba mi padre—, y esta noche creo que también, así que supongo que vendrán mañana para quedarse ya unos días.

—¿Dónde van a dormir? —he preguntado con temor a que alguien quiera ocupar mi dormitorio y yo tenga que mudarme a otro, lo cual me asusta porque prefiero un sitio conocido en el que no me he sentido mal del todo.

—En la bohardilla con la perra, porque a tu madre no le gusta que la perra vaya por ahí.

—¿Por qué? ¿Le dan miedo los perros? —he preguntado como si mi madre fuese una desconocida.

—Le da miedo esa perra porque es una raza supuestamente peligrosa. Nosotros hemos tenido un perro —Yako—, que murió de viejo el verano pasado.

—¿De viejo?

—Sí. Le adoptamos con unos meses cuando nos mudamos aquí y murió con quince años.

Toda la vida, aunque sea la de un animal, ha pasado por esta casa sin que yo haya estado. Mis padres y mis hermanos han compartido casi toda la existencia de un ser vivo sin que yo haya estado aquí. Es una tontería, pero me ha dolido. Me ha dolido pensar que Yako ha estado con Carlos más tiempo que yo. Hago cuentas con los datos que poseo para saber cuándo se mudaron. Fue hace dieciséis años, dos años después de mi desaparición. Me ha molestado tanto o más que el Mercedes o la piscina cubierta. Pensaba en cómo se habían podido permitir pasar de un piso de noventa metros a un chalet de tres plantas con piscina cubierta. Me he figurado que no tener que mantener a un hijo, algo con lo que no contaban, pudo ser de ayuda. He recordado la matrícula de la universidad. Ciento cincuenta mil pesetas —novecientos euros, he calculado rápidamente—. Se ahorraron la de cuatro años, así como libros, ropa y otros gastos. Hasta donde sé, mi padre era un mando intermedio de RENFE con un sueldo normalito que, si bien no nos permitía muchos lujos por entonces, era lo suficientemente alto como para que jamás me concedieran una beca por rentas bajas.

—¿Por qué os mudasteis? —me he atrevido a preguntarle.

—Salvador y Carvajal se estaban planteando comprar un chalet aquí y nos animaron a tu madre y a mí a que nos mudásemos también. Nos salió un comprador para el piso, y como la burbuja aún no había llegado, nos compramos este chalet. Además, nos vino una herencia de tu madre, que fue la que usamos para comprar el Mercedes, y el resto lo usamos para pagar la diferencia entre el piso y esta casa.

Dejando a un lado eso de la burbuja que no he comprendido, he analizado la respuesta de mi padre y no ha sido exactamente lo que quería escuchar. He imaginado que contestaría que el dolor de mi pérdida era tan lacerante que prefirieron cambiar de casa por el simple hecho de que les angustiaba ver mi habitación al final del pasillo vacía, sin mí. Quizá ese sería otro empujón junto a la sugerencia de Salvador y Carvajal, que he recordado que era el amigo con el que nos fuimos al Monasterio de Piedra el día en que mi madre se vistió un chándal por primera vez.

Hemos comido en la pequeña mesa redonda del salón mientras la televisión sonaba de fondo. Estaban transmitiendo un concurso que yo conocía de antes y en el que había que empujar una ruleta para ir diciendo letras del abecedario hasta adivinar una palabra o frase oculta en un panel. Después del programa, mientras saboreaba el solomillo de ternera que mi madre me ha puesto de segundo plato, han empezado las noticias. El segundo titular era sobre mí. Me he visto a mí mismo saliendo del hospital que abandoné hace veintisiete horas. Los periodistas y fotógrafos se me acercaron a una distancia demasiado intimidatoria, aunque nos separaba algo más de un metro gracias a la intervención de los policías, quienes me escoltaron hasta el interior del moderno coche de mi hermano. Todo eso lo he recordado a causa de los titulares de las noticias hasta que he desaparecido de la pantalla para dar paso a unas personas que celebraban la resaca de haberse convertido en millonarios a causa de la lotería el día anterior. Debería de haberme sentido más afortunado que ellos, puesto que el mismo día que esa gente se hacía un poco más rica, yo ganaba una libertad que no tiene precio, porque además nadie ha tenido que pagar un rescate por mí. De haberlo tenido que hacer, mis padres hubieran renunciado al Mercedes, al chalet con piscina cubierta, y al solomillo que, de repente, se me estaba atragantando en la garganta.

He notado que mis padres han dudado si cambiar de canal. Poco iban a decir de mí que ya no supieran. No quedaba un secuestrador que arrestar porque mi secuestrador estaba muerto. No lo he matado yo, aunque lo he deseado en

algunas ocasiones. Murió por causas naturales y eso fue lo que me liberó. Un infarto mientras conducía en dirección a un pueblo a comprar provisiones. Conocer los detalles que mientras estaba vivo no pude averiguar, es lo único que me ha refrenado a cambiar de canal. Mi propia historia la habrían contado ayer mientras mi familia y yo comíamos en el patio alejados de la pantalla de un televisor. Poco más podrían decir acerca de ella hasta que un día decida hablar con alguien. Donald Trump y algo relacionado con un Brexit que todavía no sé qué significa, han sido las noticias ampliadas antes de hablar de mí de nuevo. Mientras el presentador me presentaba, ha aparecido en la pantalla la última fotografía que me hice antes de mi cautiverio. He concluido que es la que me tomaron en el estudio fotográfico para el carnet de conducir, acogiéndome a una oferta en la que, además de unas cuantas fotos tamaño carnet, me daban varias más grandes. He inferido que sería alguna de ellas la que mis padres cedieron a los medios para mi búsqueda. Aparecía con el pelo brillante peinado hacia un lado, las mejillas algo enrojecidas y bastante prominentes de las que ahora no hay rastro. Vestía lo que parece una camiseta de color azul claro y rodeándome el cuello llevaba un cordón de cuero. Poco había cambiado desde la foto de la primera comunión que ahora tengo en mi dormitorio hasta esa que han enseñado en las noticias. Ahora estoy totalmente distinto. Los kilos y los años han hecho mella en mí de una manera más intensa que en la mayoría de personas que doblan la edad de un salto. Mis circunstancias han sido diferentes a esa mayoría. En realidad, completamente distintas a la de cualquier español, pues el presentador ha vuelto a repetir que el mío ha sido el secuestro más largo en la historia de España.

Nadie alrededor de la mesa estaba masticando cuando han seguido las imágenes. Han abierto con una casa de una planta pintada de blanco con el techo de tejas rojizas y rodeada de árboles y flores. Un paraíso que escondía el mismísimo infierno. De mi particular demonio no han enseñado ninguna foto, pues al parecer no estaba fichado por la Policía y mostrar la de su cadáver hubiera resultado demasiado morboso. Han mencionado su nombre: Francisco Heredia Álvarez. Desde que se presentase al cabo de unos meses de interlocución, yo me refería a él como Paco sin más. Hablaban de Paco como un monstruo insensible, un ser vil que no lo aparentaba. Una mujer aseguraba delante de un micrófono que siempre le había parecido una persona normal. «Un poco reservado, pero normal». Y yo me he preguntado cómo era la vida de alguien normal que retenía en un zulo a otra persona durante dieciocho años. La reportera ha mencionado el nombre de una mujer: Josefa Heredia Álvarez. Pero

no sé si se refieren a la mujer que yo he conocido, a la que ha estado en contacto conmigo una pequeña fracción de tiempo en estos años y que de repente dejó de visitarme sin despedirse. He notado que era demasiada información y mi cabeza amenazaba con explotar, así que he desconectado el oído y he bajado la vista hacia el filete, pero no me apetecía seguir comiendo. Sin disculparme, me he levantado de la mesa recogiendo mi plato y mis cubiertos, los he dejado en el fregadero y he subido a estrenar mi cepillo de dientes. Los he notado aún sensibles después de la limpieza de ayer, aunque me gusta la sensación de percibirles suaves al roce de la lengua. He terminado el libro de Agatha Christie y he bajado a esperar a la psicóloga.

Deben de ser las cuatro porque el telefonillo acaba de sonar. Mi padre se levanta del sillón azul que no pega con el resto de la decoración, pero mi madre se le ha adelantado para abrir la puerta. Yo no me muevo, y desde el ventanal veo que la psicóloga viene acompañada de dos policías vestidos de uniforme. Creí que era una terapia y no un interrogatorio. O quizá la mujer se siente algo intimidada y tiene miedo a que yo pueda agredirla. Descarto esto último porque Teresa ya me conoce. Ha hablado conmigo en el hospital. A mis padres también les conoce, pero aun así les tiende la mano para saludarse. Los policías no. Me levanto y mi madre dice que vayamos para el salón grande. Qué lujo, voy a poder disfrutar del salón grande aunque no sea Nochebuena. Cuando llego, y antes de saludar a Teresa y los dos policías, el salón tiene las persianas levantadas por primera vez así que puedo apreciar el color salmón de las paredes. Digo un *hola* con voz baja y tímida, pero suficiente para que Teresa me escuche, se gire, y me tienda la mano. Los dos policías siguen sin inmutarse, quizá a la espera de que ella les presente. Uno de ellos es mayor, quizá supere incluso los sesenta. Tiene barba teñida de gris y arrugas en la frente. El otro es bastante más joven, pero no soy capaz de dilucidar si se acerca más a los treinta o los cuarenta. Quizá sea porque también se ha dejado crecer la barba y esto impide una aproximación más exacta. Es el más alto de todos, pero no tiene una altura intimidatoria. Me saca un palmo y anteayer me dijeron en el hospital que mido un metro setenta y dos centímetros, así que el joven policía superará el metro ochenta.

La psicóloga comienza a hablar por fin para decirles a mis padres que prefiere quedarse a solas conmigo. Abandonan el salón escoltados por los dos policías y algo dentro de mí me dice que prefiero que se queden; al menos el más joven de los dos. Cuando la puerta de madera y cristal se cierra, Teresa me invita a sentarme con un gesto. Lo hago sobre el sofá de dos plazas y ella sobre el más

grande, que forma con el mío un ángulo de noventa grados a mi derecha. Lo primero que hace es preguntarme cómo me encuentro. Le digo que bien, y como una palabra aislada me parece poco, añado que estoy acostumbrándome a la nueva situación y le cuento que he ido al dentista y al Corte Inglés. Me escucho a mí mismo y concluyo que parezco un niño pequeño narrándoles a sus padres cómo ha ido una excursión del colegio. Me ha faltado hacer gestos como hace Izan. La mano delante de la boca como si me cepillara los dientes para referirme al dentista o sacudirme el jersey al hablar de los grandes almacenes. Teresa me escucha pacientemente, asintiendo con controlados movimientos de barbilla. A veces no puedo mantener su mirada, y aparto mis ojos sin un destino concreto. Después de preguntarme cómo he dormido o si estoy comiendo correctamente, me explica la presencia de los policías.

—Te van a hacer algunas preguntas, sobre todo relacionadas con Josefa Heredia. Cuéntales lo que puedas sin preocuparte si es mucho o poco. Si necesitas detenerte y parar un rato, no habrá problemas. No hay prisa. A tu ritmo. Luego nos quedaremos otra vez solos y podremos seguir conversando, ¿te parece?

Asiento y Teresa se levanta para ir en busca de los policías. Los presenta por fin, pero no hago amago de levantarme ni saludarles con la mano. El mayor se llama Fermín y el joven Roberto. Se sientan juntos en el sofá grande y Teresa se sitúa a mi lado. Roberto saca un pequeño cuaderno de uno de los bolsillos laterales de su pantalón y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta. Está preparado para tomar notas.

—¿Cómo te encuentras, Gonzalo? —pregunta Fermín con tono afable para romper el hielo.

—Mejor, gracias —me limito a responder porque no quiero repetir lo que acabo de decirle a la psicóloga.

—Como sabrás, Francisco Heredia falleció a causa de un infarto mientras conducía al pueblo más cercano de donde vivía y donde te encontramos. Allí nos han mencionado que tenía una hermana llamada Josefa de la que se desconoce su paradero. ¿Has estado en contacto con alguien aparte de Francisco?

—Sí —admito y vuelvo a tomar aire—, hace tiempo me visitaba una mujer en el zulo.

—¿Te visitaba? —se apresura a decir el más joven provocando que el otro le mire con desaprobación por su interrupción.

—Al principio me visitaba cada cuatro o cinco meses, pero luego la frecuencia aumentó. Las últimas veces cada pocas semanas, pero hace diez años

dejó de venir.

—¿Le viste la cara?

—Claro —respondo con naturalidad, como si lo contrario hubiese sido lo extraño—. Por entonces yo ya tenía luz y a Paco le había visto en numerosas ocasiones.

—Francisco... Paco —se corrige—. ¿Bajaba para estar contigo?

—Sí.

Los dos policías se miran extrañados y luego miran a Teresa. Me giro para ver la reacción de esta, pero la psicóloga no transmite nada.

—¿Qué hacía? —insiste Fermín.

¿Cómo contarles lo que hacía Paco sin sentir vergüenza, pudor y rabia? ¿Cómo justificar que yo accediera? ¿Y lo de Pepa? Lo de la mujer a la que ellos llaman Josefa era aún peor. Cuando vi a Paco por primera vez, yo había perdido la noción del tiempo y seguía sin saber dónde me hallaba. El encuentro pareció casual, pero sospeché con los meses que no pudo ser así, sino planeado concienzudamente por él. El espacio que había entre las dos puertas, aquel que hasta entonces había servido únicamente como intercambiador de bandejas y cubos sucios, formó parte de mi zulo como un anexo. Paco me había dado permiso para utilizarlo como cuarto de baño aunque yo no se lo había pedido. Fue idea suya. Otro privilegio después de haberme ganado la luz, el aseo y ropa limpia para mí y el colchón. Me dijo un día que entendía que el olor dentro de aquel cuarto fuera insoportable, por lo que me propuso dejarme desbloqueada la puerta de mi zulo y que el cubo que yo utilizaba para mis excreciones permaneciese en ese pequeño espacio delimitado por dos puertas y dos paredes, una de ellas con un orificio en el suelo. Este sería el desagüe para el agua de mis duchas, si acaso a enjabonarme y aclararme con el mismo cubo podía llamarse ducha. La propuesta fue un regalo, y desde entonces pude disponer de algo cercano a un cuarto de baño que me aislara del hedor y la humedad. Tuve que prometer que cuando escuchara el cerrojo de la puerta de arriba, debía esconderme a toda velocidad independientemente de que en ese momento estuviera haciendo uso del espacio testigo de mi aseo. Sin embargo, un día cualquiera mientras estaba enjabonándome con la pastilla que había dejado, escuché el cerrojo de la puerta que me separaba de las escaleras, incrédulo de no haber sido capaz de oír la cerradura de la puerta de arriba. Quise entrar en el zulo, pero no tuve tiempo. Brusca e inesperadamente, vi al hombre que me mantenía allí encerrado. Fue solo un instante, un instante que se congelaría para la eternidad. El hombre de voz áspera tenía rostro, aunque un poco difuminado

porque la única luz que me permitió verle fue la que resplandecía desde mi zulo. Mi secuestrador era un hombre de mediana edad, quizá cercano a los cincuenta. No era ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo. No tenía ningún rasgo especial. Un hombre cualquiera que está de vacaciones y ha descuidado su aspecto unos días, dejándose crecer algo de barba y no haberse peinado esa mañana por pereza o dejadez.

La puerta se cerró con la misma celeridad que la había abierto, y entonces le escuché gritarme, reprochándome con mal genio que había incumplido el pacto, pero yo estaba convencido de que no había escuchado ni el cerrojo ni sus pasos descender por la escalera. Quise explicárselo y me acalló de un grito, obligándome a encerrarme de nuevo amenazándome con privarme del lujo del cuarto de baño durante una semana. Cumplió su promesa y estuve varios días retomando la insalubre costumbre de defecar en un cubo que acumulaba mis efluvios más de lo deseable. Me había castigado por algo que creí no haber hecho, dilucidando que mi raptor lo había planeado a propósito para forzar un encuentro. Deseché la idea porque carecía de sentido. ¿Para qué iba a hacer eso y luego castigarme? Claro que, ¿para qué me había secuestrado? Con los años he comprendido que aquella fue una forma más de someterme y dejar claro quién mandaba allí, empleando la violencia y el poder para atajar drásticamente mi resistencia.

Retomamos la rutina y pude recuperar un espacio del que me creía incapaz de prescindir. Al cabo de unos días, me habló más allá de lo habitual:

—Si querías verme no tenías más que habérmelo pedido.

Dudé mi respuesta. No sabía si quería verle, aunque estaba totalmente convencido de que no había desoído sus pasos a propósito. Ante mi zozobra, el hombre habló de nuevo:

—¿Quieres verme?

Volví a vacilar. ¿Era una pregunta trampa? Después de meses de aislamiento, cualquier forma de contacto humano era válida a pesar de desconocer el objetivo o las consecuencias. En el fondo, le agradecí que él quisiera acercarse a mí y conocerme.

—Sí —grité.

—Está bien, te lo has ganado. Te avisaré cuando decida cómo hacerlo.

La incertidumbre se apoderó de cualquier emoción durante esos días. Con ella la decepción cuando bajaba, golpeaba dos veces en la puerta, y se limitaba a dejarme la comida y el agua. No decía nada más y eso provocaba que hiciera todo tipo de conjeturas. Podría seguir enfadado, se le habría olvidado, o quizá

aún estaba decidiendo cuál era la mejor manera de encontrarnos cara a cara sin temor a que yo pudiera escapar.

—Lo haremos de la siguiente manera —dijo un día, cuando ya no lo esperaba—: te quedarás en tu puerta y yo me quedaré en la mía, junto a la escalera. Ninguno dará un paso. No te atrevas a hacerlo ni intentes tocarme. Si noto algo raro o un atisbo de intención de acercarte a mí, cerraré la puerta y no la abriré jamás.

Me pidió que confirmara que lo había entendido, y aunque deduje que el ansiado encuentro con mi raptor iba a ser en ese momento, acabó desvelando que ocurriría al día siguiente. Veinticuatro horas elucubrando los motivos, imaginándole en su totalidad descubriendo detalles sobre su fisonomía que se me habían escapado o contemplándole mientras infería qué quería expresar con su gesto. Tal como lo había imaginado ocurrió la aproximación a mi secuestrador. Con la mano en el pomo de la puerta dispuesto a cerrarlo de golpe si yo daba un paso, el hombre de voz ronca me analizaba de arriba abajo al igual que hacía yo, centrándome en mi caso en la mueca de su rostro, que no supe si sonreía o era su posición natural. Las únicas palabras que pronunció fueron: «Me llamo Paco».

—Dejarme la comida, el agua o ropa limpia —les digo a los policías apartando la mirada. No entro en más detalles.

—¿Y la mujer? ¿Podrías describirla? —vuelve a preguntar Fermín.

—Era morena con pelo rizado, más baja que yo y un poco gorda.

—¿Para qué iba a verte ella?

—Me cortaba el pelo o las uñas —admito, y sé que piensan que podía haber aprovechado esos momentos para arrebatarme las tijeras, clavárselas y salir corriendo—. Eso fue en el primer zulo —añado dispuesto a revelar algo más, pero me interrumpen.

—¿Como que el primer zulo?

—He estado en dos. Bueno, el segundo se parecía menos a un zulo que el primero. Era más amplio y mucho más confortable. Incluso tenía algo de luz natural porque una parte del techo era de cristales gruesos. Bloques de vidrio como los que hay en algunos cuartos de baño.

—Sí —admite el policía—, ahí fue donde te encontramos, pero ignorábamos la existencia del otro zulo. ¿Sabrías calcular cuándo te trasladaron?

—Hace catorce años y seis meses —revelo con cierto orgullo porque soy capaz de contestar una de sus preguntas con exactitud, aunque ellos no sepan o quizá no se crean que mi estimación es exacta.

—¿Estaba cerca?

Me encojo de hombros. Les confieso que me drogaron y que al principio creí que fue a través del agua, pero Paco luego me dijo que había sido Pepa con una jeringuilla. No me cabré con ellos porque me doparan, pues mi nueva vivienda era muchísimo mejor que el zulo en el que me habían retenido hasta entonces y al cual no había podido aclimatarme. Cuando la sustancia que inyectaron en mi organismo dejó de hacerme efecto, me desperté creyendo estar soñando. Estaba tumbado en una cama con sábanas que olían bien. No tardé en darme cuenta de que estaba atado al cabecero. El cabecero era de barras metálicas y estaba anclado a la pared. Las cadenas que me aprisionaban no eran muy largas, pero suficientes para que me pudiese incorporar y mirar a mi alrededor. La luz de un tubo fluorescente brillaba con mayor fulgor que la tenue bombilla del primer zulo, permitiéndome contemplar la totalidad del cuarto. Lo primero que llamó mi atención fueron los bloques de vidrio en una esquina del techo y que dejaban pasar la luz natural. Los techos eran altos, mucho más que los del primero, aunque en aquel nunca tuve que agacharme. Allí el colchón ocupaba la práctica totalidad del suelo y en el nuevo apenas suponía un tercio del espacio que dispondría y por el cual podría caminar. Además de la cama, había una mesa y una silla junto a la puerta de mi izquierda, y sobre ellas un reloj de pared. Al fondo había otra puerta que estaba abierta y que en ese momento no supe con qué comunicaba, pero luego más tarde descubrí que era un cuarto de baño. ¡Iba a tener mi propio cuarto de baño!

Al cabo de un rato, escuché unos pasos acercándose y luego la puerta se abrió tras el sonido metálico de un cerrojo que pude ver antes que a Paco. Era un cerrojo enorme, con un cilindro de al menos tres centímetros de diámetro. Algo exagerado para alguien que no tenía fuerzas como yo. Paco sonrió al ver que estaba despierto y me preguntó si me gustaba mi nuevo hogar.

—¿Dónde estamos? —inquirí.

—No perdamos las buenas costumbres, Gonzalo. Ya sabes que las preguntas solo las hago yo.

Asentí con un movimiento de barbilla y Paco volvió a hablar:

—Vamos a tener que hacer algunos cambios en nuestras reglas para seguir llevándonos bien. Si las cumples, los premios serán aún mejores que los que has conseguido hasta ahora, así que confío en que no intentes juegucitos raros porque ves que me estoy portando bien contigo. Te he hecho hasta un cuarto de baño donde podrás asearte en cualquier momento del día. Más tarde podrás verlo con tus propios ojos. Tendrás jabón y champú para el pelo. También

desodorante. Privilegios que puedes perder en cualquier momento si veo que haces algo que no me gusta.

Paco me preguntó si lo había entendido todo mientras salía del cuarto sin cerrar la puerta. Volvió al cabo de unos segundos con una bandeja que dejó en la mesa.

—La bandeja estará siempre aquí —comenzó a explicarme—. Para entretenerte, si quieres puedes lavar el plato y el vaso en el lavabo, pero cuando yo venga deben estar aquí. —Señaló la bandeja de nuevo—. Cuando te lo ganes, te dejaré también los cubiertos, que no pretendo que te conviertas en el hombre de las cavernas que come con las manos. Cuando llame a la puerta, te irás a la cama donde estás ahora. He ideado un pestillo que tiene dos posiciones. Abriré con el primero, y si te veo en la cama empujaré y entraré. Si no estás, cerraré y me iré. Ya sabes cómo funciona esto, ¿verdad?

Contesté con un monosílabo para permitirle continuar.

—El reloj es para que sepas la hora a la que voy a venir, porque entiendo que alguna vez golpee la puerta y te pille dándote una ducha, por ejemplo. Así podrás organizarte. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Bueno —suspiró como si hubiera acabado su discurso—. Ahora viene la prueba de fuego. Voy a desatarte. No vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Negué con un movimiento de cabeza y Paco se me acercó. Antes de quitarme las cadenas, me rozó la mejilla con el revés de su mano.

—Estás cada día más guapo —dijo sonriéndome.

Escuché un clic que avisaba que me había liberado y por un momento me planteé hacer eso que Paco llamaba tontería. Sin embargo, los efectos de la droga que me había suministrado parecían no haberse esfumado del todo porque sentía que las fuerzas me fallaban. Lo había notado al hablar y al intentar levantar las piernas. De atacarle y empujarle, yo no podría ir muy lejos. El tacto frío y metálico se deslizó por mis muñecas y luego por las barras del cabecero. Paco las cogió con una mano y caminó hacia atrás sin apartar su mirada.

—Lo estás haciendo muy bien. Ahora quiero que no te muevas hasta que me vaya y escuches el cerrojo. Supongo que tienes hambre, así que ahí tienes la comida. Es un poco especial como símbolo de bienvenida. Espero que te guste —dijo justo antes de atravesar el quicio de la puerta y desaparecer.

Observo a los dos policías y ninguno se parece a Paco. El más mayor tiene rasgos más angulosos en su rostro y una nariz puntiaguda. Roberto tiene la cara

más redondeada, aunque la barba le otorga verticalidad a sus facciones. Veo sus brazos por debajo del uniforme y se intuyen fuertes al igual que los muslos, robustos luchando por no hacer ceder la tela azul oscuro de los pantalones. Después le miro a los ojos y Roberto me sonrío, lo cual me causa un rubor que no comprendo y aparto la mirada como si me hubiese dado un calambre.

—¿Dices que la mujer dejó de visitarte hace diez años?

—Así es. En realidad fue hace tres mil setecientos días, o sea que algo más de diez años.

—¿Cómo estás tan seguro? —vuelve a interrumpir Roberto, aunque esta vez el otro no le reprende.

—Contaba los días gracias al reloj. Con la tapa de plástico que ocultaba las pilas, comencé a hacer muescas en la pared en el espacio que quedaba debajo de la cama. Eran muy superficiales, y cuando llegué a las primeras trescientas sesenta y cinco, o sea, un año, las borré con la palma de la mano porque la pared había sido pintada sobre escayola o un material parecido, pues era sencillo lijarla de esa manera. Para no confundir la marca de un año entero con las de cada día, las otras las hice en la puerta del baño, pues en ese primer año Paco nunca había mirado allí. Y si lo hacía, tampoco iba a descubrir nada. En total, había catorce rayajos pequeñitos en la puerta del baño. Catorce años.

El orgullo con el que he comenzado a narrar cómo fui capaz de contar los días se desvanece de un soplido. Catorce años perdidos de mi vida (más los otros cuatro del primer zulo) no son algo de lo que enorgullecerse. Teresa percibe mi abatimiento y me dice que todo está bien. Maldigo esa frase porque es mentira. Los policías la miran y saben que deben esperar para seguir interrogándome. Transcurridos un par de minutos, Fermín me pregunta si Paco ha mencionado a su hermana desde que desapareció.

—Sí y no —respondo sin pretender jugar a la ambigüedad—. Yo no sabía que Pepa era su hermana. Se dirigían el uno al otro con sus nombres de pila. Un día Paco me dijo que habían discutido, advirtiéndome que no volvería a verla en mucho tiempo. Al principio pensé que era cierto, pero luego me di cuenta de que no la habría dejado escapar así como así sabiendo que yo estaba allí retenido, por lo que podría denunciarle a la Policía. Me costaba admitir que Paco era un asesino, pero también que cometiera la torpeza de dejarla marchar. Nunca pregunté y él nunca dijo nada más acerca de Pepa. Desde entonces solo estuvimos él y yo.

Ni Fermín ni Roberto dicen nada más. Se levantan del sofá dando a entender que el interrogatorio ha concluido. Teresa se levanta y hago lo mismo

sin saber por qué. Fermín se despide y sale primero, pero Roberto se acerca a mí para darme una palmada en el hombro. Tiemblo al sentir su mano y por un lado quiero sonreír, pero no puedo. Él sí lo hace, y su sonrisa se queda grabada en mi retina. Con Teresa estoy unos minutos más. Nuestra charla se centra en consejos que me va dando para ir recuperando mi vida, aunque pocos de ellos me resultan útiles. Se despide hasta dentro de cuatro días poniendo la Navidad como pretexto para justificar este lapso de tiempo. Mañana es Nochebuena, pero para alguien que ha sido secuestrado dieciocho años no existen los festivos. Para ella sí, aunque me da un poco igual. Cuando mis padres la despiden percibo que quieren acercarse a preguntarme, y para no hacerles sufrir les cuento lo que ha ocurrido en el salón que solo usan dos días al año y que me han cedido amablemente haciendo una excepción.

Faltan diez minutos para la medianoche y todo está preparado. Sobre la mesa de centro del salón de las grandes ocasiones hay siete cuencos con uvas y uno con Lacasitos porque Aitana, a sus cuatro años, no va a poder comérselas todas. En los últimos diez días he conseguido que Aitana me haya dado tres besos. Izan alguno más, pero he perdido la cuenta de sus abrazos. Es un niño muy cariñoso que, incomprensiblemente, disfruta de mi compañía. El día de Nochebuena, él, sus padres, su hermana y la perra, se instalaron en el chalet. Mientras mi madre cocinaba, mi hermano Carlos cortaba embutido, mi padre controlaba la leña del horno con forma de iglú, mi cuñada Loli peinaba a Aitana y mi hermano Javier usaba el WhatsApp, Izan y yo estábamos en la bohardilla jugando a los coches. Esa misma tarde me habían enseñado que era eso del WhatsApp, una aplicación que yo resumí en el sustituto moderno de los SMS. Izan y yo estábamos tirados en la alfombra menos hortera de la casa. Una alfombra que compré yo en Ikea unas semanas antes de que me secuestraran. Era el primer Ikea que se inauguraba en Madrid, y una tienda de visita obligada si se pretendía estar al día de lo último en muebles. Fui con mi amiga Mónica para celebrar mi reciente carnet de conducir. Le había pedido dinero a mi madre para comprarme un nórdico, que por entonces se puso de moda gracias precisamente a la tienda sueca. Como era más barato de lo que esperábamos, pude comprar también una alfombra de círculos en distintos tonos de azul. Una alfombra que han mantenido en el tiempo como un recuerdo merecedor de no ser embalado junto al resto de mis cosas.

Hace unos días me armé de valor y entré en el trastero para buscarlas. La primera con la que me topé contenía ropa que al desdoblarla me pareció enorme, como si nunca me hubieran pertenecido. Los pantalones vaqueros tenían, además, las perneras muy anchas, aunque no llegaban a la forma de campana de los jeans de los setenta. Algunos jerséis no estaban tan trasnochados, pero ni siquiera me planteé su uso como prendas para estar por casa. La segunda caja contenía juegos de mesa. El embalaje del 'Hotel' no había soportado la mudanza, pues las esquinas estaban rajadas y algunas piezas se cayeron al cogerlo. Ese juego me lo habían regalado cuando era un niño, y quizá sea el juego que más me ha gustado en mi vida. Echábamos partidas en familia cuando mis primos

iban a visitarnos algunos fines de semana o bien me lo llevaba yo a su casa o a casa de los amigos de mis padres cuando nos invitaban a merendar un sábado por la tarde. El 'Hotel' me gustaba por el dinero y por la arquitectura. De todas las artes, la arquitectura ha sido siempre la que más me ha llamado la atención. Le cogí el gustillo cuando abría las enciclopedias que había en mi casa y veía edificios con formas originales o rascacielos que se elevaban hacia las nubes. Dibujaba planos de pisos en hojas cuadrículadas de cuaderno y decía en voz alta que de mayor quería ser arquitecto. Pero las ciencias se me atravesaron en el instituto y tomé el camino fácil con la opción de letras. Por eso en el Trivial, el segundo juego que extraje de la caja, me alegraba al caer en el color azul, marrón o rosa, y me enfadaba si el dado me llevaba a una casilla verde o naranja. El deporte nunca fue lo mío. Al abrir la tercera caja sonreí. Ahí estaba, enrollado con una goma desgastada por los años, el poster de Ana Torroja. Lo desplegué y me transportó inmediatamente en el tiempo a ese centro comercial donde lo conseguí gracias a Vanesa; a un siete de julio de 1997 cuando el disco salió a la venta, y a aquella tarde de domingo escuchando los 40 Principales porque iban a emitir como primicia el que sería el primer single en solitario de la vocalista de Mecano. Su disco estaba en esa misma caja junto a unos pocos más y otros posters de Mecano y de coches. Había más casetes que CDs porque estos últimos eran muy caros y yo me conformaba con grabarme canciones de la radio. Los imprescindibles los tenía. El de Ana Torroja y el último de Mecano que habían sacado en 1998 tras varios años de ruptura. Ese que me despertaba cada día porque utilizaba como despertador la cadena de música que mis padres me habían regalado, y así, cada mañana abría los ojos al ritmo de las primeras notas de la pista número uno de un CD que les costó a mis padres más de tres mil pesetas (dieciocho euros) en Alcampo un sábado que les acompañé a hacer la compra semanal con la oscura intención de conseguir que me lo regalaran.

Cogí de nuevo el disco olvidándome del resto de las cajas por descubrir porque quería bajar y ponerlo para poder escucharlo. Pregunté a mi padre si había algún equipo con lector de CD y se encogió de hombros. Mi madre, que parecía estar pendiente de todos los movimientos de esta casa, se acercó desde la cocina para decirme que Javier había guardado su cadena de música en el armario de su cuarto. Subí ilusionado, la busqué y me la llevé a mi dormitorio. Aparte de un bote de colonia que me había traído Papá Noel, ya tenía algo más con lo que decorar la estantería de forja y cristal de mi dormitorio. Enchufé el aparato, pulsé un botón que abría la tapa y coloqué el disco cruzando los dedos para que todos esos años no lo hubieran estropeado. Las notas de *A contratiempo*

retumbaron en las paredes y en mis tímpanos regalándome uno de los momentos más felices de mi vida. Una vida que poco a poco volvía a recuperar, en parte gracias a la capacidad de las canciones de permanecer impasibles en el tiempo.

Quedan cinco minutos para las uvas e Izan me da con el codo para avisarme. Izan no se separa de mí. Ha querido cenar a mi lado tanto hoy como el día de Nochebuena cuando perdimos la noción del tiempo jugando a los coches encima de la alfombra de Ikea porque hay cosas que no cambian. Ojalá hubiera encontrado los coches que yo tenía cuando era pequeño y hubiese podido regalárselos. Papá Noel le trajo una pista de coches que salen lanzados gracias a un artilugio que me pidió que yo le montara. Lo intenté mirando las instrucciones, pero perdí la paciencia antes de lograr descifrarlas. Mi hermano Carlos me salvó de la situación al ayudarme y no dejarme como un inútil delante de mi sobrino de seis años. Carlos ha sido la persona con la que más he hablado estos días después de Izan. Cuando abrió su regalo de Papá Noel y me dijo que era una funda para el iPad, no pude reprimirme y preguntarle qué era un iPad. Lo cierto es que ese día estuve más comunicativo que ningún otro, pero no fue por una repentina ilusión en la Navidad, sino por la copa de vino que mi padre me había ofrecido y no rechacé. Ahora sé que el vino no es mi bebida favorita y la razón no es solo que después de una copa sintiera que me mareaba. Me he emborrachado dos veces en mi vida. De la primera hace justo hoy diecinueve años. Fue en mi última Nochevieja en libertad. La pasamos no sé por qué en el pueblo de Almería donde mis padres tenían su casa de veraneo y donde vivían dos tíos y cuatro primos. Con uno de ellos me había llevado bien siempre, y esa noche me ofreció que me fuera con él a un local que había alquilado con un grupo de amigos. Probé el ron por primera vez y recuerdo llegar a mi casa tambaleándome y al sentarme en la cama para quitarme los zapatos, estaba hablando solo entre risas por la comicidad de la situación, supongo. La segunda borrachera fue la noche de San Juan de 1998, ciento ochenta días antes de desaparecer. No podría decirse que hace una semana me emborrachara con una copa de vino, pero el mareo y el dolor de cabeza me los gané igualmente.

La labia pudo estar provocada por el vino, y en cualquier caso le pregunté a Carlos qué era un iPad. Me explicó que se trataba de algo así como un ordenador pequeño o un teléfono móvil gigante en el que poder conectarse a internet. La palabra internet aparecía prácticamente en todas las conversaciones.

«¿A qué hora es el partido? No sé, míralo en internet».

«¿Cómo se hace la salsa holandesa? Espera, que lo busco en internet».

«¿Has cobrado ya? Ahora te lo digo, que voy a mirarlo por internet».

E internet fue mi gran descubrimiento el día de Navidad. Carlos me prestó su iPad mientras me enseñaba cómo manejarlo. Entendí al tenerlo entre mis manos que el teclado aparecía en la pantalla como en el teléfono móvil de mi madre. En realidad, todos los teléfonos móviles que hay en mi casa funcionan igual. Supe entonces que eso de Google era un buscador, como una enciclopedia gigante en la que poder consultar cualquier cosa.

—Por ejemplo —explicaba mi hermano—, si quieres saber el tiempo que va a hacer mañana, lo escribes así: tiempo en Madrid.

—Eso se hacía con el teletexto —le interrumpí.

—¿El teletexto? —repitió extrañado—. Pues no sé —continuó, ignorándome—. Imagina que quieres ir mañana a cualquier sitio y quieres buscar hotel, pues lo pones aquí y te salen todos los hoteles que puedes reservar. Y también puedes pagarlo.

—¿Pagarlo? ¿Cómo?

—Metes tu número de tarjeta y ya está. O por ejemplo, si te has perdido el discurso del Rey y quieres verlo de nuevo, pones el YouTube y te sale.

YouTube sería otra palabra bastante común, sobre todo al decirme que en esa plataforma podía escuchar cualquier canción que me apeteciese en cualquier momento.

—Ver películas, leer libros, las noticias... —siguió explicándome.

—Entonces... —dije dubitativo—, ¿si escribo aquí mi nombre saldré yo?

Mi hermano tardó en contestar. Sabía que sí aparecería, pero no estaba seguro de querer mostrarme eso. Dejó a un lado el iPad y se levantó de mi lado.

—Demasiado internet por hoy —zanjó—. Voy a cortar jamón.

Sin embargo, la tentación de tener el dispositivo junto a mí fue demasiado grande como para obviarla. Apreté un botón circular en la parte inferior y la pantalla se iluminó. Toqueteé con los dedos como él había hecho, pero el aparato me solicitaba una contraseña que yo desconocía. Esa noche, le pedí a Carlos que me lo prestara para leer y escuchar música. Me repitió la contraseña un par de veces para memorizarla, y en la soledad de mi dormitorio me enfrenté a Google. Hice que el teclado apareciera y comencé a escribir mi nombre. Con la primera letra de mi apellido, apareció de repente mi nombre completo. Hice clic y volví a ver la foto de las noticias, aquella que me tomaron para el carnet de conducir hace dieciocho años. Leí con atención el contenido en orden descendente. No entendí eso de las '7.800 entradas (0,32 segundos)'. No podía ser que ese número de personas estuviesen hablando de mí. Más abajo rezaba 'Noticias destacadas' y tres titulares de diferentes medios con referencias al tiempo. Hace 30 minutos.

Hace 2 horas. Hace 6 horas. 'Otras personas también buscan', leí en la parte derecha de la pantalla encima del nombre de Francisco Heredia Álvarez y Josefa Heredia Álvarez. Con tanta información a mi disposición, lo más llamativo fue la noticia publicada hacía treinta minutos. Llevé el cursor con el dedo hasta ella y una nueva página se abrió. Leí que la policía sospechaba que Francisco — Paco, mi raptor—, había asesinado a su hermana y que podría haberla enterrado en algún lugar de la finca donde me hallaron. Esto último estaba sombreado, y al pasar el cursor sobre ella se abrió otra página en la que se explicaba con todo detalle cómo era la casa en la que yo había vivido los últimos catorce años y medio aunque yo solo conociese una parte del sótano.

Cuando me hallaron allí, después de tres días sin tener noticias de Paco y, en consecuencia, sin poder comer nada, estaba tan confundido que no me fijé en ningún detalle. Recuerdo la exclamación de «Dios mío» que dijo el primer policía al verme y a la que se sucedieron frases como «Virgen Santa» o «Qué hijo de puta». Había visto sombras encima del techo de cristal y luego escuché pasos en las escaleras, aunque me sonaron diferentes a los de Paco y la hora no era una de las habituales. Luego unos ruidos como si estuvieran intentando abrir el cerrojo, y después golpes en la puerta como si con ellos hubieran podido abrirla. Me levanté y me acerqué a ella para escuchar mejor. Alguien mencionó que el cerrojo estaba echado con un candado. Otro preguntó qué podría haber detrás de un pestillo de ese tamaño. No supe qué hacer. Lo más sensato hubiera sido gritar y pedir ayuda, pero incomprensiblemente me contuve. Me metí en el cuarto de baño y cerré la puerta. Ahora no entiendo qué pretendía conseguir con eso. ¿Dónde estaba Paco? ¿Quién era esa gente? No quería que me mataran. Ya no. Había pensado en el suicidio en muchas ocasiones. Las primeras en el zulo frío y maloliente, quizá robándole las tijeras a Pepa cuando iba a cortarme el pelo o quizá partiendo el cubo o la bandeja y utilizar el afilado plástico. En el segundo, allí donde he pasado catorce años y seis meses, lo tenía más fácil. El lavabo, la cinta de la ducha, el plástico del reloj de pared... Nunca me atreví. Paco había jugado conmigo de tal manera que comencé a creer que estaba allí por voluntad propia, que mi encierro dependía de mí y de nadie más. Entonces no tenía sentido renunciar a lo que yo mismo había elegido.

Ese día que acababan de golpear a mi puerta, fue uno de los días que pensé con mayor convicción que iba a suicidarme. Tenía frente a mis ojos una cuchilla de afeitar que acabaría con todo en cuestión de segundos. Solo tenía que extender la mano, cogerla, y deslizarla por mis muñecas ya marcadas. Paco no se merecía que yo acabara así. Dieciocho años juntos. La mitad de mi vida y gran

parte de la suya no podían acabar de esa manera, sin una despedida. Salí del baño corriendo en dirección a la puerta y golpeé. Golpeé con todas mis fuerzas hasta que fui escuchado. «Hay alguien», dijeron. «Apártese», me gritaron. Obedecí como obedecía siempre que me hablaban desde el otro lado de la puerta y de un salto fui a parar a la cama. Estruendos, voces y un sonoro impacto cuando alguien consiguió liberar el candado. El sonido del cerrojo deslizándose me era mucho más familiar. Se abrió la puerta y un policía me apuntó con un arma. Levanté las manos instintivamente sin que nadie me lo ordenara. Luego escuché el primer lamento, pero no era mi lamento. «Dios mío». Sin bajar la pistola se acercó a mí seguido de dos personas más cuyos rostros fueron presa de la estupefacción.

—¿Quién eres? ¿Estás bien? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Me llamo Gonzalo Dávila Delgado.

Solo el más mayor de los tres supo quién era, y su rostro se tornó en algo peor que el estupor. Se mezcló de confusión, y desconcierto mientras su cerebro confirmaba que era yo. El hombre desaparecido dieciocho años. El hombre que forzosamente había tenido que salir en las noticias aunque cuando lo hiciese apenas fuese un adolescente.

—¿De verdad eres Gonzalo Dávila? —me preguntó acercándose a mí ante la mirada atenta y extrañada de los otros dos, que no se imaginaban quién podía ser ese hombre con cara de angustia y ojos que reflejaban el horror—. Rápido, una ambulancia —ordenó, y el que no me apuntaba con un arma sacó algo de su bolsillo y desapareció—. ¿Puedes andar? ¿Te duele algo?

Negué con la cabeza. No sé qué más me preguntó ni qué hizo durante unos segundos salvo pedirle a su compañero que bajara el arma y mirarme aún con incredulidad.

—¿Dónde está Paco? —logré articular.

—Chsss. —Se llevó el dedo índice al labio para hacerme callar—. No hables, pronto te pondrás bien.

Ahora sé que esos tres días que había estado sin comer habían perjudicado mi cuerpo para dar una imagen poco saludable. Si me hubiesen descubierto después del último plato de macarrones, quizá el policía me habría dejado hablar creyendo que tendría fuerzas suficientes para hacerlo. No me moví de allí durante unos minutos que se me hicieron muy largos. Más largos que muchos de los minutos que había pasado en ese lugar por mucho que me cueste creerlo. El reloj se ralentizaba más cuando se acercaba la hora de la visita de Paco. A veces

sé por qué y otras no. A veces me convengo de que era por el hambre, otras porque necesitaba ese contacto, breve en la mayoría de ocasiones. Y otras... Otras no me atrevo de decir los motivos reales porque me niego a creerlos y convertirlos en algo cierto.

No me moví ni cuando el policía que se había marchado a llamar a la ambulancia regresó con una manta que me colocó por encima de los hombros. Miró al otro policía como si ya supiera quién era yo. Probablemente, después de solicitar auxilio, había buscado en internet mi nombre. Eso es, Google sirve para introducir un nombre y saber al instante (0,32 segundos en mi caso) quién es esa persona. Lo supe hace seis días cuando estuve leyendo un artículo en la versión digital de un periódico que describía el lugar en el que permanecí catorce años y seis meses y que a pesar de eso no conocía. No lo hice hasta que vi que hay fotografías de mi zulo. El periodista lo describió con esa palabra, *zulo*. Observé mi cama, mi silla y mi mesa. El reloj de pared y el cuarto de baño con mi cuchilla de afeitar y mi champú. Cualquiera que vea esta foto sin leer nada, podría pensar que se trata de la habitación de un hostel. Un hostel que, como me ha enseñado mi hermano, se puede reservar con un solo clic en menos de un minuto. Nadie querría reservar un lugar como el que contemplo a través de una pantalla y del que conozco al milímetro cada rincón. Nadie se ha percatado de las marcas en la pared debajo de la cama ni en las de detrás de la puerta del aseo. Es mi secreto, aunque lo desvelé el otro día a Teresa y otros dos policías. No recuerdo que ninguno estuviera allí el día que me liberaron. Y eso que no eran pocas las personas agolpadas en la finca. Después de que llegaran los técnicos sanitarios y confirmaran que me encontraba en facultades para poder salir de allí, me llevaron en una camilla desde la que me iba fijando en todo lo que podía. Sin motivo aparente, me habían atado y no podía moverme demasiado. Comencé a ver figuras humanas con gorras de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. Vi muchas cuando me auparon hacia la ambulancia. También vi entonces la fachada blanca de la casa, los árboles y las macetas con flores. Las mismas que observé en el iPad hasta que me cansé de que un aparato me mostrase cosas que yo conocía mejor que él y lo apagué maldiciendo la hora que descubrí eso de internet.

Ya he masticado las uvas y he deseado un feliz año a mi familia. Y ellos a mí. No sé si este año va a ser feliz, pero sí sé que será totalmente diferente a los últimos dieciocho. Apenas han pasado unos minutos y mi hermano Javier le pide a mi cuñada que le lleve. Ha quedado con unos amigos para ir a una fiesta con

barra libre, cotillón y churros con chocolate. Me doy cuenta de que yo no tengo amigos. Ni se me ha pasado por la cabeza, pero si me hubiera planteado salir de fiesta esta noche no habría tenido con quién. Con los amigos del colegio perdí el contacto tras empezar el instituto, mientras que los amigos del instituto los perdí con mi llegada a la universidad. En esta solo estuve dos meses y medio, un tiempo insuficiente para que la amistad se hubiera arraigado con alguien lo bastante como para casi dos décadas después reaparecer para ir a tomar una copa. Mi primo Antonio, el más cercano en edad a mí, vive en Roma. En Garrucha, el pueblo de Almería donde veraneaba, tenía a mi primo Juan, de quien me han contado que se casó, tuvo dos hijos, y al poco se divorció. Recuerdo esa noche de San Juan y alguna otra que salí con algunos de sus amigos, pero para ellos yo no era Gonzalo, sino el primo de Juan. En definitiva, no tengo a nadie y me extraña que mi psicóloga no lo haya mencionado en ninguna de nuestras citas. La veré en tres días y hablaremos de esto. Seré yo quien saque el tema porque no quiero que siga divagando sobre el pasado, los traumas que me va a dejar mi experiencia, o el vínculo de dependencia que Paco ejerció en mí. Si quiero avanzar, debo mirar al futuro y no detenerme en el pasado ni siquiera para aprender de mis errores, porque no me cuesta admitir que no he cometido errores. La única torpeza fue aceptar la ayuda de un desconocido cuando mi coche se negó a funcionar en la cuneta de una carretera.

Izan se ha apagado como una vela a la que le queda poca mecha. Duerme en el sofá junto a su hermana, que está a punto de rendirse también. Ha sido un día largo y es más tarde que su hora habitual de irse a la cama. Cuando regresa de llevar a mi hermano Javier, Loli se ampara en el cansancio que le provoca estar embarazada para anunciar que se va a la cama. Carlos coge a Izan en brazos y se despide hasta el día siguiente. El día ha acabado para mí también, aunque el año acaba de comenzar. Esta noche no tengo el iPad porque prefiero dormir a quedarme hasta las tantas leyendo sobre mí o sobre otros. Hay muchas cosas que quiero investigar que he ido apuntando en el cuaderno que se ha convertido en mi diario. Prefiero hacerlo de día para mantenerme ocupado. Desde que me bebí la copa de vino en Nochebuena, he descubierto que el alcohol me ayuda a conciliar el sueño. Durante la cena he bebido dos cervezas y una copa de vino que sigue sin gustarme. Después de las uvas hemos brindado con sidra, así que el alcohol que tengo en las venas será suficiente para que el sueño me venza sin mucha demora. Aun así, tengo entre mis manos un libro que encontré en la bohardilla que trata sobre un niño que caza lagartijas. Leer tiene también efectos somníferos.

—Feliz Año, Gonzalo —saluda la psicóloga cuando le abro la puerta.

Voy a contestar y me percató de que los dos policías están detrás de ella. Aunque Roberto se ha afeitado la barba, le reconozco en seguida. Ignoro el motivo, pero he pensado en Roberto varias veces, muchas más que en su compañero Fermín, que hoy se ha atrevido a estrecharme la mano para saludarme.

—Tienes buen aspecto —me dice el policía más mayor y yo sonrío algo ruborizado. La gente se queja de que engorda en Navidad, pero mi madre está encantada de que yo haya cogido un par de kilos.

—Gracias.

Imitando a su colega, Roberto me tiende también la mano. Inexplicablemente, soy incapaz de mirarle a los ojos y al rozarle siento un escalofrío. Me hubiese gustado levantar la cabeza y confirmar mi impresión de que la barba no le favorecía y ahora parece más joven. Les hago pasar al salón grande y toman asiento. Quizá deba ofrecerles algo de beber, pero ni estoy al tanto de las formalidades ni quiero preocuparme en ello.

—Efectivamente, Gonzalo, tienes mucho mejor aspecto —reitera Teresa y ahora sí, no sé por qué, miro a Roberto. Quizá de repente me interesa su veredicto o necesito saber que él opina lo mismo. A mi juicio, Roberto sí que tiene mejor aspecto que la última vez.

—Verás —comienza a hablar Fermín—, hemos venido porque hemos estado analizando la casa de arriba abajo y no hemos encontrado a Josefa Heredia. Han movido tierra, utilizado perros, pero no hay rastro de ella.

Algo dentro de mí se alegra al descubrir que Paco no es un asesino.

—Hemos barajado la posibilidad de que Josefa se encuentre encerrada en el zulo que mencionaste el otro día, el primero donde te tuvieron... retenido.

—Pero yo no sé dónde está —respondo, y es la verdad.

—Alguna pista que puedas darnos, cualquier cosa que recuerdes... —insiste.

—Era un sótano porque Paco bajaba siempre unas escaleras. No había ventanas ni nada que le hiciera especial. Metro y medio de ancho por dos de largo. Sucio, viejo y maloliente.

—¿Podrías describir a qué olía, algún matiz?

—Humedad, básicamente —contesto sin detallar que durante un tiempo el hedor provenía de mi propio cuerpo.

—Y Josefa, ¿crees que tenía algún acento concreto o algo en su voz o

vocabulario que te resultara diferente?

Vuelvo a negar moviendo la cabeza hacia los lados. Pepa hablaba con un acento que podría haber sido de Toledo o de Soria. Nada en su lenguaje me pareció reseñable a excepción de las palabras malsonantes que empleaba, pero ninguna era específica de una región de España. Me decía cosas como gordo marica, pichacorta, gilipollas o patán. Todo eso ocurrió en el segundo zulo. En el primero apenas me dirigía la palabra, sino que mascullaba para sí como si el motivo de su queja no fuera yo. Llegué a temer que algún día se hartara y me clavara las tijeras con las que me cortaba el pelo. Sin embargo, cuando me saludaba o se despedía lo hacía de manera amable. El cambio surgió cuando me trasladaron. Lo que a mí me pareció una mudanza hacia un lugar mejor, a ella debió de suponerle todo lo contrario. Desconozco si la idea de las esposas fue suya o de Paco, pero la primera vez que me cortó el pelo en mi nuevo hogar, me obligaron a encadenarme a ellas. Cualquiera que fuese el autor de la decisión, Paco fue quién me explicó cuál sería el procedimiento. Llamaría a la puerta como siempre y yo tendría que irme a la cama y no moverme de allí. En vez de la bandeja con la comida, dejaría unas esposas sobre la mesa. Las cogería y volvería a la cama, teniéndomelas que ingeniar para amarrarme a los barrotes del cabecero. No fue difícil. Me cerraba una y con ayuda de la mano que me quedaba libre la pasaba por detrás de la barra, rodeaba la muñeca con la segunda y con la encadenada cerraba la quijada que faltaba. «Sin jueguecitos», me repitió. La primera vez que me esposé fue para que Pepa me cortara el pelo. Deduje que el nuevo espacio tenía demasiados objetos que podría usar como arma y ella no se fiaba. Sin embargo, metí la pata y ella enfureció. Deduje que querían que me tumbara boca arriba y me esposara dejando los brazos detrás de mi cabeza, si bien la intención de Pepa era distinta.

—¿Cómo te voy a cortar el pelo así, gilipollas? —gritó asustándome de verdad por primera vez.

Se giró y llamó a Paco con agitación. Él tenía la llave. Paco le pidió que subiera, y hasta que no lo hizo él no bajó. Sería su medida de seguridad contra mí. Paco no pudo evitar reírse cuando me vio.

—¿Pero cómo te pones así?

Se acercó a mi lado, estiró los brazos hacia los barrotes y me indicó que tenía que haberme colocado de esa manera, sentado sobre el colchón con los brazos estirados. Antes de introducir la llave, me advirtió recobrando la seriedad de que no hiciera tonterías. Se lo prometí y me soltó. Se apartó unos pasos y esperó a que me diera la vuelta. Me senté con las piernas cruzadas mirando al

cabecero y repetí los pasos con las esposas.

—Eso es.

Se marchó y Pepa reapareció transcurridos unos minutos. Me cortó el pelo a regañadientes y se marchó sin más. Después regresó Paco llevándome el primer libro como regalo. Según me dijo, era mi compensación por la incomodidad de las esposas. Aquella primera lectura era nada más y nada menos que *El padrino*. Quinientas veintiocho páginas con letra minúscula que devoré en unas pocas horas. Antes de comenzar, palpé la tapa dura de la portada, la olí y la volví a tocar con las yemas de los dedos como si fuese el regalo que había estado esperando durante años. Observé el dibujo de la portada con calma luchando contra mi impaciencia por empezar la lectura y mantenerme ocupado al menos el resto de ese día y el principio del siguiente. Una pistola negra dibujada sobre un fondo azul y el título en caracteres blancos sobre el nombre del autor con letras más pequeñas, todas ellas en minúscula. La cita de Balzac antes del capítulo primero se me marcaría para siempre: "Detrás de cada gran fortuna hay un crimen". No significaba nada, pero era lo primero que leía en años.

—¿Te ha gustado el libro? —me preguntó Paco al cabo de unos días al verme sobre la mesa. Antes de eso, lo mantenía sobre la cama a mi lado para darle a entender que no lo había acabado. Era mentira, pero hasta que no tuviese algún indicio de que habría otro, no quise devolverlo.

—Sí —respondí—. Mucho —añadí con algo de inseguridad.

—Me alegro. Espero acertar también con el siguiente.

Dos días más tarde, a la hora de siempre, Paco tocó con los nudillos en la puerta. Hicimos nuestro ritual, pero donde debía estar la bandeja con la comida, solo vi las esposas.

—Póntelas como el otro día cuando te tumbaste.

No comprendía los motivos, si bien algo me dijo que después de aquello habría un segundo libro. Le avisé cuando estaba recostado sobre el cabecero esposado a él. Paco sonrió y se me acercó.

—Gonzalo... —susurró con una voz cuyo tono no le había escuchado jamás.

Me pasó la mano por la mejilla lentamente y suspiró. Era la segunda vez que Paco me rozaba. En aquel momento sentí un cosquilleo. Mi cuerpo temblaba, la piel se me había erizado y el corazón latía a mil por hora.

—Tranquilo, Gonzalo.

Pero yo no podía estar tranquilo. Me encontraba encadenado, aislado en un lugar cuya distancia a mi anterior vida no podía calcular. Sometido a las órdenes

de un hombre que, por segunda vez en unos pocos días, permanecía impertérrito a mi lado, sonriendo como si no pasara nada, como si mi papel de esclavo se hubiera normalizado en aquella expresión máxima de sumisión.

—¿Te gusta que te toque?

Paco se había inclinado para dejar su rostro cerca del mío; más cerca que nunca, así que podía observar cada una de las pecas de su cara, las arrugas alrededor de sus ojos o contar los pelos de su entrecejo. Podía sentir su aliento y escuchar su respiración. Lo que no podía era contestarle. No sabía si me gustaba que me tocara. Lo que había sentido cuando me acarició la mejilla se alejaba de lo que había imaginado que sentiría cuando mi raptor me rozase por primera vez. Tendría que ser asco y repulsión, no me figuraba ninguna otra emoción. Pero tras ese roce, esa caricia suave sobre mi piel reseca, no era asco lo que sentía. Era inquietud. Una agitación de todos mis sentidos cuando Paco me rozó de nuevo y esa vez no apartó la mano, sino que la giró para que fueran sus dedos los que me acariciaban una de las mejillas con una calma y suavidad que desentonaban con su carácter. El cosquilleo me hizo cerrar los ojos un instante, y todo se intensificó. Los dedos de Paco se habían convertido en los dedos más suaves del mundo y sus movimientos en una vibración hipnótica que me había transportado a otro lugar menos opresor. En su deslizamiento por mi mejilla agrietada, dos de sus dedos me rozaron los labios provocando que abriera los ojos. Paco sonreía porque mi reacción había dado a entender que me gustaba sin necesidad de haber contestado a su pregunta con palabras. Sentí incluso que los labios me palpitaban tanto o más que el corazón. Los abandonó para dirigir sus movimientos hacia la barbilla y después al cuello, donde se detuvo para recorrerlo de arriba abajo con la destreza de un pianista. El contacto directo se perdió al llegar a mi sudadera, lo bastante mullida como para que el roce se quedara en algo superficial hasta que a la altura de la cintura sus dedos buscaban el final de la tela y los sentí de nuevo en mi vientre. Con la palma de la mano sobre él, empujó hacia arriba abriéndola en abanico y haciendo círculos hasta llegar al pecho y volver a descender. En ese momento se detuvo. Y en ese momento me percaté de mi erección, que para él se evidenció por debajo de la tela de algodón del pantalón. Paco trago saliva y yo también. Me ruboricé y sentí vergüenza. Una vergüenza tan inexplicable como lo que le acababa de ocurrir a mi entrepierna. Y ya no sucedió nada más. El único contacto que volvimos a tener ese día fue para liberar el seguro de las esposas.

—Quítatelas y déjalas en la mesa. Ahora te bajaré la comida.

En la bandeja, además de un plato y una botella de agua, había también un

nuevo libro.

Los policías se han marchado y ahora estamos solos Teresa y yo. Creo que se han ido frustrados porque hoy no he podido responder a sus preguntas, aunque Teresa me repite que lo he hecho muy bien. No he mirado a Roberto porque he sentido una vergüenza repentina que me ha obligado a bajar la cabeza casi todo el tiempo. Quizá Fermín haya cambiado entonces su opinión acerca de mi aspecto. Me recobro y le hablo a mi psicóloga de lo que tenía planeado. Ella aplaude mi interés por socializar y hacer nuevos amigos, pero creo que me ha malinterpretado. Dice algo de una futura terapia de grupo que me será de gran ayuda, y su único consejo para el corto plazo se limita a una sugerencia para que salga todo cuanto pueda. A pasear, a hacer compras o practicar algún deporte. Nuestra charla es breve porque quiere hablar con mis padres también. Pide hacerlo a solas, así que en vez de quedarme al otro lado de la puerta espiando, opto por subir a mi habitación.

Echo de menos a Izan. Mucho más de lo que me hubiera imaginado. Quizá sea la forma más fácil y simple de socializar. Con un niño de seis años que no finge ni enmascara lo que piensa, convirtiendo sus reflexiones en palabras sin ningún tipo de filtro. Izan no mide el calado de sus preguntas, no sopesa si su curiosidad me va a hacer sentir bien o mal, si su consulta es apropiada o inoportuna. No me molesta. Lo que me disgusta es que a veces no sé cómo responderle porque no tengo claro qué tipo de cosas se le pueden decir a un niño de seis años. Al principio, tanto a Izan como a Aitana les mintieron. Mi hermano y su mujer les habían dicho que yo había estado de viaje en un sitio muy lejano que Izan asoció rápidamente a un paraje paradisiaco totalmente distinto a los lugares que él conoce. Pero aunque tenga solo seis años, no es tan ingenuo como para dar por cierto que de repente tiene un tío que ha salido de la nada, más cuando él se maneja mejor que yo con esto del internet, el WhatsApp y las video llamadas. Un día, mientras jugábamos a los coches encima de la alfombra de Ikea, me contó que hacía ese tipo de llamadas a sus primos de Alicante para que vieran sus juguetes nuevos o alguna herida que se había hecho en el patio del colegio. Me preguntó por qué yo nunca había hecho una video llamada y le respondí que en el lugar donde vivía no tenía internet. No era mentira y él aceptó mi respuesta sin más. Otro día, sin venir a cuento, me soltó que quería ser famoso como yo. «¿Famoso?», le pregunté. Confesó que me había visto en la tele, aunque solo un momentito porque su madre cambió rápidamente de canal.

Este detalle reafirmó mi rechazo a conceder entrevistas. No me gusta la idea

de que Izan pueda verme en la televisión hablando de un «hombre malo» y que se lleve una impresión sesgada de lo que es un monstruo. Izan no es solo un pretexto para haber declinado a los periodistas de informativos o magazines. Teresa ha sido quien me ha dicho que hay mucho interés en conocer mi historia, y al mismo tiempo ha confesado que según su criterio le parece demasiado pronto para exponerme. De hacerlo, para ella la mejor opción es una entrevista para un periódico, una en la que no me graben porque está convencida de que las cámaras no me harán ningún bien. No estoy seguro, pero creo que ha insinuado que ella revisaría las preguntas y me ayudaría a prepararlas. No ha mencionado el asunto del dinero, y quizá sea eso lo que está discutiendo con mis padres en este momento. Ignoro cuál es precio a pagar por mi historia, a cuánto está el kilo de humillación pública porque algo dentro de mí me dice que el interés no es interés sino morbo. La sociedad es ahora una sociedad de pantalla de tableta e internet que necesita su ración diaria de pequeñas tragedias ajenas que les confirmen que aún tienen sentimientos y no se han convertido en seres desmoralizados que viven en burbujas indiferentes a las desgracias de los demás.

En cualquier caso, dieciocho años de secuestro no me hacen diferente al resto en algunos aspectos más banales. El dinero es uno de ellos. Es verdad que haber sido privado de absolutamente todo salvo lo imprescindible para sobrevivir no hace que repentinamente quiera verme rodeado de lujos o caprichos. Cuando pienso en el dinero no lo hago desde ese punto de vista. El dinero lo compra todo, aunque yo no pude comprar mi libertad. Sin embargo, ahora lucho por tener otro tipo de liberación, pues mi situación actual no dista mucho de esa que he vivido los últimos dieciocho años. Es injusto comparar un zulo solitario con un chalet que tiene dos salones o una piscina cubierta y en el que no estoy solo. Es injusto, pero aquí tampoco puedo hacer todo lo que me gustaría. No tengo amigos, ni trabajo ni un lugar propio. No tengo poder de decisión, y la poca potestad que pueda ejercer sobre algunos asuntos es minúscula e insuficiente. Como pensaba mientras hablaba con la psicóloga, he de pensar en el futuro y para el futuro necesitaré dinero. Eso no se puede negar. He sido un mantenido toda mi vida y ahora no veo la forma de dejar de serlo. Tengo la oportunidad y cada vez estoy menos seguro de querer dejarla escapar.

Por eso me atrevo a preguntarles a mis padres durante la comida sobre lo que han hablado con Teresa. Como siempre, mi madre es la primera en contestar. Dice, y no sé si miente, que les ha dado algunos consejos para ayudarme a sobrellevar mi situación. No indago sobre ellos porque serán los mismos consejos de manual de psicología barata que me ha dado a mí. Mi padre, de

quien ya sé que tiene los pies en la tierra, ha confesado su preocupación por el futuro y el tiempo que me tomará convertirme en una persona independiente. Él comparte la opinión marxista de que el trabajo dignifica al hombre y cree que encontrar un empleo será la solución más efectiva y definitiva para acabar con todos los males. «Sentirme útil», dice. Mi padre no ha estudiado psicología ni es un seguidor de Karl Marx, pero ha dado en el clavo. No he hecho nada en los últimos dieciocho años salvo someterme a las exigencias de alguien que un día decidió tener un esclavo. La esclavitud no dignifica, y la inactividad tampoco.

—¿Me acompañas a renovar el carnet de conducir? —le pregunto.

Mi padre sonríe y sé que está pensando que mi petición no es un capricho, sino una forma de seguir para adelante. Un paso más hacia la independencia. Cuando terminamos de comer subo a darme una ducha y me pongo el jersey azul que me quedaba por estrenar. Estos días no he salido mucho, así que no he tenido oportunidad o necesidad de arreglarme. He ido con mi hermano, Izan y Aitana a un parque cercano a casa. Un parque que comparten niños y ancianos, pues me fijé en unos aparatos metálicos demasiado extraños y peligrosos para ser utilizados por niños torpes. Mi hermano me explicó que son unas máquinas de ejercicio ideadas para los adultos que se han puesto de moda últimamente. «Un gimnasio al aire libre». Con catorce años me apunté al gimnasio tras haber renegado del kárate. No me gustaba el deporte, pero mi alarmante obesidad llevó a mis padres a tomar la decisión por mí, así que cuando salía del colegio iba al polideportivo de mi ciudad para seguir la tabla de ejercicios que un monitor cachas había proyectado para mí. Cada cual más aburrido, así que con la coyuntura del comienzo del instituto unos meses después, acabé dejándolo. Ninguna de esas máquinas que vi en el parque se parecía a las que recordaba. Con un gesto, Carlos me animó a acercarme para mostrármelas. En un alarde de fanfarronería me enseñó cómo se utilizan todas, y yo acabé de un plumazo con su momento de hermano mayor aunque sea siete años más joven que yo: «deberías usarlas con más frecuencia». Carlos se encogió de hombros. Sabía que está agobiado con el tema del peso porque su obesidad ha salido en varias conversaciones que han dejado patente que tiene que cuidarse. No esperaba mi falta de tacto, o quizá creyó que soy un ser insensible y no me lo tomará en cuenta. Decreté cuando nos alejamos, que si para la próxima vez que viniesen a casa de mis padres me encontraba con fuerzas, le pediría que fuésemos juntos a hacer un poco de deporte. En algo tengo que obedecer a mi psicóloga.

La excursión más importante de estos días no ha sido al parque, sino a una comisaría de policía. Fue ayer por la mañana después de unos de esos momentos

difíciles para mis padres. Cuando me dijeron con rostro serio que me sentara en el salón pequeño, noté que iban a decirme algo que me crearía ansiedad. Mi padre escondía un objeto entre las manos. Se sentó frente a mí, las abrió y pude ver mi cartera. Una cartera roja con ribetes negros y el logo de la marca surfera serigrafiado en blanco. La recordé al instante. La compré en una tienda de deportes en junio de 1998. Iba con mi primo Juan, el que vive en un pueblo de Almería. Ese mismo día, por la mañana, me había examinado de las últimas pruebas de Selectividad, y como premio mis padres iban a dejarme ir a pasar el verano a Garrucha. Para ello, necesitaba ropa nueva; un par de bañadores y otro par de camisetas. Necesitaba también una cartera en la que meter el dinero que me darían para costearme mis gastos hasta que ellos llegaran a pasar las vacaciones. Recuerdo la camiseta Nike de color verde porque no me gustaba el color verde, pero era la única que había de talla XXL junto a otra de la misma marca que la tienda. La ropa la llevé en la bolsa de papel que me habían dado, pero la cartera roja me la guardé en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—La encontraron en el coche —me dijo mi padre dejándola sobre la mesa.

«Encontraron el coche», pensé. El viejo Opel Kadett azul claro que me dejó tirado en una cuneta cuando me detuve a enviar un mensaje de texto y al tratar de arrancarlo no me obedeció. Quise llamar a mi padre y no había cobertura, así que caminé unos metros sin quitar ojo a la pantalla naranja hasta que apareciese la primera rayita que indicaba que ya podía contactar a través de las ondas. Una furgoneta blanca se detuvo. El conductor se apeó y entonces vi a Paco por primera vez, si bien no recuerdo su rostro en aquel momento.

—Aquí estaba toda tu documentación.

Mi padre abrió la cartera y el velcro sonó al despegarse. Se desplegó en tres partes, una de ellas cubierta por un plástico transparente tras el cual estaba mi DNI. Lo sacó y se lo arrebaté de las manos. Era yo el de la foto aunque no me reconociera, y era mi nombre el que aparecía en ese pequeño trozo de plástico que me devolvía mi identidad. Dejaba de ser un fantasma que vagaba del dormitorio hasta el salón o el jardín. Aunque hubiese caducado hacía mucho tiempo, ese plástico solo cobraba sentido si estaba en mi poder. En las manos del resto de la humanidad no servía para nada. Debajo de él estaba el carnet de conducir con la misma fotografía que había visto en las noticias. Leí la fecha: 18 de noviembre de 1998. Fue una mañana fría. Me examinaba en un SEAT Ibiza de color rojo en el que además de mí iban el profesor de la autoescuela y una mujer de unos treinta años. El examinador se retrasó diez minutos. Me pidió que arrancara y me olvidé de todo. No estaba nervioso. Solo lo estuve cuando

después de catorce minutos conduciendo y haber pasado una rotonda donde un coche en doble fila me hizo vacilar, el señor me pidió que me detuviera. Al montarme detrás mi profesor me enseñó el pulgar y respiré aliviado. Poco después, la conductora se colaba por una calle prohibida y el examen acabó para ella. Desde el autoescuela fui corriendo a la estación de tren donde trabajaba mi padre para comunicarle la buena noticia. Esa misma tarde nos fuimos a Madrid luciendo con orgullo la L blanca sobre fondo verde pegada con dos ventosas al cristal trasero.

El resto del contenido de la cartera era menos significativo. El carnet de la facultad de Filología de la Complutense, un resguardo de un supermercado y un calendario de 1998 del tamaño de un naipe con la publicidad de un taller mecánico. A eso se reducían mis dieciocho años de existencia. El objetivo de que mis padres me mostraran la cartera no era entristecerme, sino animarme a ir a la comisaría a renovar el DNI porque me lo iban a pedir en algún sitio más temprano que tarde. Mi padre y su pragmatismo. Mientras íbamos a la comisaría, le pedí que me diera más detalles acerca del hallazgo del coche con la intención encubierta de hacerle revivir el descubrimiento de que su hijo mediano había desaparecido.

—La policía llamó a casa sobre las once de la noche para preguntar si yo era el propietario del coche. Cuando le dije que sí me informó de que lo habían encontrado tirado en el arcén de una carretera de Griñón. Pensé en ti porque sabía que te lo habías llevado, aunque me extrañó que condujeras por esa zona. ¿Dónde ibas?

Interrumpió su relato para poder saciar una curiosidad que le había estado atormentando dieciocho años. Mi padre se habría hecho esa pregunta infinidad de veces y en ninguna de ellas hallaría la respuesta. Sin embargo, la contestación era bien sencilla.

—A ningún sitio —dije—. Me gustaba coger el coche y conducir sin rumbo. Acuérdate de que me regañaste porque gastaba mucha gasolina, pero tenía tantas ganas de conducir que no podía evitarlo. Esa tarde fui a comprarme algo para merendar y luego conduje sin más. Pude haber ido por esa carretera como podría haberme metido en el centro de Madrid.

Fue el destino. Su rostro debió de pensar lo mismo, aunque se percibía la decepción en él. Yo no conducía a un sitio concreto que pudiera ayudarle a entender que mi decisión había desembocado en un acontecimiento tan remarcable.

—Paré para enviarle un mensaje a Mónica, la amiga que tenía en

Fuenlabrada, aunque nos habíamos peleado unos días antes. Cuando quise arrancar de nuevo, no pude. La batería había muerto. Quise llamarte, pero no había cobertura, así que caminé hasta poder tener señal. Se paró una furgoneta, un hombre me preguntó si necesitaba ayuda y...

Había sido yo quién había hecho una pregunta concreta en busca de respuestas sobre las horas que siguieron a mi desaparición y, sin embargo, me puse a hablar y contar mi versión de los hechos. Unas palabras que mi padre había esperado demasiado tiempo y que nadie, en dieciocho años, había sido capaz de responder. Le dejé un par de minutos para que se repusiera y después le pedí que siguiera contándome. Al igual que él, yo también necesitaba saber, y en ese instante, después de varios días siendo libre en los que no me había atrevido a preguntar, quise que aquella parte de la historia se cerrara.

—Sigue tú.

—Cuando tu madre llegó de trabajar y me preguntó por ti al no verte en tu cuarto, supuse que habrías salido con Mónica. No era tan tarde como para preocuparnos, pues ya te digo que el teléfono sonó a las once. Lo primero que pensé cuando el policía me dijo que el coche parecía abandonado, fue que habías ido a buscar ayuda porque te hubieses quedado sin batería en el teléfono o algo así. Reconozco que en ese instante me enfadé contigo por pensar que hubieras sido tan descuidado. Te habíamos regalado un aparato que costaba una fortuna para que fuese útil en ese tipo de situaciones como quedarte tirado, y tú habías cometido la torpeza de no ser previsor y haberlo recargado antes de irte. Me vestí y bajé a la estación porque sabía que Carvajal estaba de turno en la taquilla y él era el único con el que tenía confianza para pedirle el coche. No dudó un momento en darme las llaves cuando le conté lo que estaba pasando. Cuando llegué y vi el coche en el arcén rodeado de un par de coches patrulla de la Guardia Civil, se me encogió el estómago, aunque no pareciera un accidente. Lo único que me repetía una y otra vez en el trayecto hacia Griñón, era que cuando llegase tú estarías allí y todo habría sido un susto. Pero no. Los guardias civiles me dijeron que no había nadie más. Les repetí la historia que había contado por teléfono, que el coche lo conducías tú y que no sabía adónde te dirigías. Ahí comenzó el calvario.

En ese momento mi padre rememoró una angustia que me parecía incluso más desoladora que la que sentía yo en el zulo. Mi incertidumbre era saber qué iba a ocurrirme y cuánto duraría aquello, pero para mis padres, el abanico de posibilidades era mucho más amplio. Podría haber muerto en una caída, podrían haberme asesinado, podría haberme escapado en un acto de rebeldía o alguien

podría haberme retenido contra mi voluntad. Cada una de estas opciones podía desdoblarse en otras muchas, haciendo que la probabilidad aumentase al infinito. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Hasta cuándo? Un número indeterminado de preguntas y cero respuestas. Dieciocho años de silencio.

En la sala de espera de un centro de reconocimiento médico, mi padre me dice que justifique los ocho años de demora en la renovación del carnet aduciendo que he estado viviendo en el extranjero. Es una excusa creíble. Una mujer cuarentona pregunta por el siguiente y ese soy yo, pues las dos personas aparte de mí y de mi padre que hay en la sala han llegado después que nosotros. Me dirige a un despacho donde me pide con la mano que tome asiento frente al suyo. Dejo el carnet viejo sobre la mesa de madera negra y ella lo coge. El pronóstico de mi padre se cumple porque la mujer de bata blanca hace un comentario que pretende sonar gracioso acerca del tiempo que mi carnet lleva caducado. Yo no intento ser gracioso y respondo que he estado viviendo en Nueva Zelanda porque no se me ocurre un lugar más lejano. Sonríe y a los pocos segundos, cuando está tecleando mi nombre en el ordenador mientras lo lee en voz alta, sabe que miento. Sabe que el nombre de Gonzalo Dávila Delgado le resulta familiar. Percibo que se queda un rato escrutando por qué le suena mi nombre y también percibo que llega a una conclusión porque su semblante cambia ahora que me mira de nuevo. Agradezco su discreción por encima de su curiosidad. Ya le he regalado la anécdota del día, del mes e incluso del año. Cuando vuelva a casa esta tarde podrá contar a su familia que ha examinado al hombre secuestrado que aparece en todas las noticias de la televisión e internet. Un famoso, como decía mi sobrino, porque dudo que muchas personas conocidas, ya sean artistas o políticos, vengan a esta clínica un poco cutre en el pueblo al que mis padres decidieron mudarse cuando yo estaba encerrado en un zulo.

Recuperada del shock, la doctora sigue introduciendo datos en el ordenador y llega a la casilla del domicilio. Lee el nombre de la calle que aparece en el carnet viejo y me pregunta si es correcta. Le digo que no y noto que espera a que le dicte la nueva, pero no la sé. No sé dónde vivo ahora como tampoco sé dónde he vivido los últimos dieciocho años. Miro el DNI nuevo que me dieron ayer y por fin puedo comunicarle mi actual dirección. Ella lucha para que no se exteriorice su sensación de extrañeza y cuando acaba de introducir datos me explica cómo funciona la caja metálica gris que tengo a mi lado. Me he fijado en

las dos palancas rojas que parecen válvulas para abrir o cerrar el gas. Tengo que agarrarlas y girarlas cuando vea en la pantalla dos líneas con un círculo en cada una. El objetivo es mantener los círculos dentro de las líneas. Le confirmo que estoy preparado y al fin veo las dos bolas descender por las líneas que antes eran rectas y ahora son curvas. Escucho un pitido y luego otro. Me estoy saliendo demasiado y me planteo dejarlo porque no me siento preparado. Los pitidos que indican que no lo estoy haciendo perfectamente se me clavan en los tímpanos como señal de mi fracaso. Una fuerza inesperada surge de mí para impedir que me rinda. Acaban los treinta segundos que me han parecido el doble y la mujer me da la enhorabuena. Sonrío en mis adentros y me imagino que los ratos de juegos con Izan han ayudado a que mi coordinación funcione. Además de con los coches, hemos jugado a hacer construcciones con piezas de madera de distintas formas y hemos puesto a prueba el equilibrio de una torre de madera de la que había que ir extrayendo pedazos sin que se desplomara.

En la sala contigua, la doctora me pregunta si tengo algún tipo de enfermedad o estoy en tratamiento psíquico. Niego ambas y percibo su zozobra. Una persona que ha estado secuestrada dieciocho años tiene que tomar algún tipo de fármaco que le ayude a paliar el recuerdo del horror. Pero mi objetivo es que me renueven el carnet, así que le miento y cruzo los dedos para que no me pille como ha hecho antes con la mentira de Nueva Zelanda. Me avisa de que me va a comprobar la vista y me hace sentarme en un taburete del fondo del despacho. Apaga las luces y aparecen unas letras reflejadas en una pequeña pizarra. Me da una máscara con forma de gafas gigantes que me tapan un ojo. Señala las letras de la primera fila y me pide que las lea. Baja a la segunda y luego la tercera. La cuarta me cuesta y la quinta me resulta imposible. Me giro la máscara para cubrir el ojo por el que acabo de mirar y comienzo a leer otra secuencia de letras. Luego lo hago sin las gafas de plástico y enciende la luz.

—Vas a necesitar gafas para conducir —me informa y algo en mí se retuerce porque no voy a conseguir mi propósito—. Te aconsejo que te las hagas antes de que te llegue el carnet nuevo.

«Lo he conseguido», pienso.

Aún queda una última sala donde me hace una fotografía. No saca la cámara, sino que levanta un artilugio con forma de ojo gigante unido al ordenador por un cable. Me pide que mire a él y poco después me enseña una foto de mí en el monitor.

—¿Vale esa? —pregunta.

Asiento, pero estoy un poco desconcertado por la rapidez con la que mi cara ha ido a parar a la pantalla y no me he fijado mucho en la fotografía. Gira de nuevo el monitor mientras me pide cincuenta y seis euros que convierto rápido en pesetas para tener otra referencia. Le digo que espere y voy a pedírselos a mi padre. Cuando vuelvo para pagarla, tiene un papel preparado que me entrega avisándome de que con él ya puedo conducir hasta que en el plazo de un mes llegue a mi domicilio el nuevo carnet.

Cuando salimos a la calle le digo a mi padre que me ha recomendado unas gafas para conducir. Al igual que yo, piensa en los chequeos que me han hecho en el hospital y en los que no han mencionado nada acerca de la miopía. El oftalmólogo me hizo sentarme frente a un aparato que medía la tensión ocular y me mostró las imágenes de una casa sobre un fondo verde que luego era rojo para que le dijera cuál distinguía mejor. Pero él no dijo nada de unas gafas y ahora resulta que tengo que ponérmelas para conducir. A mi padre no le preocupa tanto como a mí. A unos pasos de la clínica de la que acabamos de salir

hay una óptica, así que me anima a entrar para «quitárnoslo de en medio». No tengo prisa porque no tengo nada que hacer. El dependiente nos atiende rápido. Es un chico joven de menos de treinta años que viste igualmente una bata blanca pero que no lleva gafas. Mi padre le explica que necesito que me gradúen la vista y, extrañado de que a mi edad tenga que ser mi padre quien hable por mí como un colegial, el chaval me insta a entrar en una sala oscura. Está demasiado oscura para mi gusto. Mucho más que el despacho donde la doctora me acaba de dar un susto al insinuar que por mi débil vista de lejos no iba a poder renovar el carnet de conducir. Noto cómo las pulsaciones se me aceleran cuanto estoy sentado en una silla de cuero negro al fondo de una habitación sin ventanas. No quiero pensar en la oscuridad y aplaco la ansiedad con la ilusión de poder conducir de nuevo. El chico enciende una pizarra con letras similar a la que he visto hace unos minutos. La luz que emite es suficiente para calmarme. Después de leer varias veces y ponerme unas gafas de plástico con circulitos enormes que me parecen muy ridículas, los va intercambiando al tiempo que me va preguntando con cuál de ellos veo mejor. El chico se ha acercado varias veces y he percibido el olor de su perfume, que me ha parecido demasiado intenso. Centrarme en los olores me ayuda a que su cercanía no me resulte amenazadora.

Me dice que está todo listo y volvemos al lugar donde se encuentra mi padre. Nos invita a sentarnos en unas sillas que hay frente a una mesa y me pregunta por el tipo de gafas que me gustan. Me encojo de hombros porque son las primeras gafas que voy a usar en mi vida y no sé qué tipos existen. Echo un vistazo rápido a las que hay expuestas en la pared de enfrente y solo distingo colores.

—De pasta, montura al aire, metálicas... —dice, salvando la situación.

—De pasta negra —contesto tomando como referencia las gafas que lleva mi hermano Javier.

El chico se levanta y abre unos cajones que hay debajo del expositor. Vuelve al cabo de un par de minutos con una docena de gafas de pasta negra que deja sobre la mesa. Saca del plástico la primera, separa las patillas y me las ofrece mientras señala el espejo que hay a mi derecha. Me las pongo y vuelvo a encogerme de hombros. Las siguientes se me antojan demasiado grandes y las posteriores demasiado llamativas. Antes de que desembale las cuartas, le digo que no me gustan demasiado grandes ni redondas. Descarta la mitad del montón y al final quedan tres sobre la mesa. Pido opinión a mi padre y ahora es él quien se encoge de hombros.

—Estas son las que mejor te quedan —anuncia el muchacho salvando de

nuevo la situación.

Coge las que acaba de señalar para que me las pruebe otra vez. Miro a mi padre, me miro en el espejo y miro al chico que me sonrío con agrado aunque esté deseando que no le maree más y me quede con estas.

—Te sientan muy bien —repite.

Percibo un matiz algo femenino en la entonación de su voz. Los gestos cuando me ha cambiado las lentes de las gafas ridículas eran delicados como sus dedos delgados y frágiles. El deje en su habla me convence de su amaneramiento. Le sonrío anunciando que me quedo con las Calvin Klein que acabo de quitarme. Desliza una balda de la mesa en la que aparece un teclado. Me pide mi nombre para abrirme una ficha y entonces pienso en la doctora y su reacción. Podría usar el de mi padre, pero desafortunadamente nos llamamos igual y el segundo apellido no marcará la diferencia.

—Gonzalo Dávila —le digo sin apartar la mirada de su rostro en busca de su reacción.

No se inmuta y escribe mi nombre como si le hubiera dicho Pepito Pérez. Solicita una dirección y se la digo sin demora porque ya la he memorizado. El número de teléfono me pone en un aprieto porque yo no tengo teléfono móvil y el de mi casa no me lo sé. Mi padre se adelanta y lo dicta. La situación más embarazosa viene cuando requiere un correo electrónico, pues mi padre no dispone de uno para que nos haga normalizar el trance.

—No pasa nada —avisa el joven—. Te llamaremos por teléfono cuando las gafas estén listas.

Nos hace levantarnos hacia el mostrador y me pregunta si voy a pagar en efectivo o con tarjeta. No tengo ninguno de los dos, y en vez de encogerme de hombros me giro en dirección a mi padre. «Tarjeta», dice mientras saca su cartera del bolsillo trasero del pantalón y se la da al chaval que ya se habrá dado cuenta de lo extraño de la situación.

—Doscientos cuarenta euros, ¿vale? —declara cuando mete la tarjeta en un aparato que se parece a una calculadora con una rendija en la parte inferior.

«Cuarenta mil pesetas», me digo mentalmente antes de que mi padre introduzca un pin. Se despide de nosotros y nos damos la vuelta hacia la puerta de cristal. No sé por qué, pero antes de salir de la óptica me giro para mirar al chaval de la bata y sonrisa blancos y mis ojos se cruzan con los suyos. En vez de haber ido raudo a colocar la docena de gafas que ha sacado para mí y aún reposan en la mesa, se me ha quedado mirando durante los cuatro o cinco metros que me separaban de la salida. No sé qué significa eso, pero me agrada que se

haya fijado en mí.

Mientras caminamos de vuelta a casa hago cálculos. Son las doce de la mañana y le he costado a mi padre doscientos noventa y cinco euros (casi cincuenta mil pesetas). La estimación me lleva a pensar en el dinero que se habrá gastado Paco en mí durante todos estos años, así como de dónde lo ha sacado. Paco no me compró gafas ni una bata ni pagó la renovación del carnet de conducir. Me dio agua, comida, productos para la higiene, libros y algo de ropa. Exactamente, en esos dieciocho años me dio catorce pantalones, nueve camisetitas, cinco sudaderas, diez calzoncillos y treinta pares de calcetines. Creo que el cálculo es exacto aunque tengo mis dudas de que algunas de las prendas que hubiese considerado nuevas no fuesen usadas por mí y lavadas con un suavizante diferente o incluso de él mismo cuando después de perder muchos kilos me aproximé a su talla. El canje de la ropa sucia por la limpia era similar al del plato de comida vacío o el cubo en el caso del primer zulo. En el segundo me vio desnudo por primera vez, aunque cuando me desprendía de toda la ropa para que la lavara, me cubría con la sábana de cintura para abajo. Ese día que me vio tapándome la vergüenza, recogió la ropa sucia sin dejar la limpia. Cerró la puerta desconcertándome como otras tantas veces, aunque de manera distinta. Unos segundos después, escuché el sonido de los nudillos golpeando la madera. No me había movido de la cama, así que al oírlos no tuve que correr hasta ella. Después de confirmarle con voz insegura que estaba en la posición pactada, corrió el pestillo y abrió la puerta. Donde debía estar mi muda, solo hallé las esposas. No dijo nada y cerró la puerta de nuevo. Cuando escuché que el cerrojo estaba atrancado, me levanté con inquietud a por las esposas y me encadené a los barrotes de la cama. Otro par de minutos después volvió a golpear la puerta, volví a confirmar mi posición y volvió a entrar en el cuarto.

Se acercó a mí sin quitar ojo a las esposas hasta tener claro que estaba bien amarrado. Lo comprobó con las manos y luego contempló mi cuerpo aún cubierto con la sábana. Se deshizo de ella de manera brusca dejándola caer en el suelo. Por vez primera, él veía mi cuerpo desnudo y yo se lo enseñaba a alguien que no hubiera sido mi madre cuando de pequeño me bañaba con mi hermano Javier. Cerré los ojos de pura vergüenza, aunque desde el momento que vi las esposas supe que eso era lo que Paco quería. Contemplarme como lo hacía, analizando cada centímetro de mi cuerpo que ya había sucumbido a la falta de alimento habiendo hecho desaparecer la barriga, gran parte de los muslos o el pecho. Yo mismo había visto surgir las estrías en mi vientre, al principio moradas y luego ya con el color natural del resto de mi piel. Al igual que la vez

anterior, Paco comenzó a acariciarme iniciando su roce en mis mejillas para luego recorrer con los dedos o la mano el resto de mi cuerpo. Lo hizo con la misma suavidad y calma, consiguiendo erizarme el vello y acelerar mi respiración. Y como ocurrió en aquella ocasión, mi pene reaccionó al estímulo endureciéndose hasta apuntar al aire, palpitando como si tuviera vida propia. En un impulso, encogí la pelvis cuando Paco lo tocó con inusitada timidez. Fue solo el roce de su dedo índice en el glande, pero un contacto lo bastante intenso como para que mi cerebro lo interpretara como un calambre o una quemadura al acercar la piel al fuego.

—Relájate —dijo.

Relajarme era imposible y ni siquiera lo intenté aunque el suspiro que exhalé hiciera creer lo contrario. Sin avisar, Paco blandió mi miembro como el soldado que esgrime una espada, cerrando los dedos hasta aferrarse a todo su contorno y apretarlo con firmeza antes de sacudirlo de arriba abajo. Cedí al placer a pesar del pudor, el miedo y el desconcierto. Mi órgano sexual no había cobrado protagonismo en el tiempo de mi cautiverio hasta la erección que Paco me había provocado unos días antes y que aplaqué en el cuarto de baño como el adolescente que teme ser pillado. Por primera vez en toda mi vida, era otra mano la que estimulaba mi pene quizá con un fin incierto diferente al del onanista que se da placer a sí mismo. Podría ser que Paco estuviera sintiendo placer mientras me masturbaba. Al menos su cara, en un momento en el que me armé de valor y abrí los ojos, expresaba satisfacción. La misma que debió de percibir él en mi rostro cuando un líquido brotó de mi interior manchándole los dedos al tiempo que yo amortiguaba lo que en otras circunstancias hubiera sido un estruendoso gemido. El gemido de la primera vez.

5

Aunque aún no tengo las gafas ni el carnet nuevo, mi padre me ha ofrecido ir a un camino cercano al chalet para que coja el coche. No ha elegido ese lugar por temor a que nos pille la policía, puesto que el único riesgo que corro es que me multen por no llevar las gafas encima, sino porque piensa que dieciocho años es mucho tiempo para no haber perdido la práctica. Le digo que sí sin vacilar y al cabo de unos pocos minutos estamos sentados en el interior del Mercedes. Arranca, hace un cambio de sentido y se dirige al final de la calle. En vez de girar a la izquierda, que es por donde se sale de la urbanización, toma la derecha y se adentra en un camino bacheado que según me cuenta conduce a algunas fincas y que más adelante ya se hace más transitable. En una bifurcación detiene el coche dándome a entender que mi turno ha llegado. Estoy nervioso. Cuando me bajo para cambiar de asiento noto que me tiemblan las piernas. Siguen haciéndolo mientras me ajusto el asiento para llegar bien a los pedales. Solo unos centímetros, los mismos que me supera mi progenitor en estatura. Me explica cómo regular los espejos eléctricos aunque lo deduzco de los botones que hay en la parte superior de la puerta. Los del viejo Opel eran manuales, pero por las revistas anteriores a 1998 ya sabía que los coches modernos contaban con esta comodidad. Ahora habla del freno de mano, que en los Mercedes no es de mano sino de pie y él sabe que no es un rasgo muy extendido entre las demás marcas. Aparentemente no hay nada más que explicar, aunque noto que vacila ante la suposición de que recuerde cómo se usan los pedales o se insertan las marchas. Piso el embrague y meto primera sin soltar el pedal como muestra de

que no es necesario que me lo aclare. Antes de que vaya a quitar el freno de estacionamiento definitivamente, mi padre quiere saber hasta dónde alcanza mi vista para sondear mi grado de ceguera y el posible peligro al que nos enfrentamos. Toma de referencia un árbol que veo perfectamente a pesar de todo. Se conforma y me da permiso para ponerme en marcha. Sigo temblando y soy consciente de que tengo que aplacar los nervios porque de lo contrario las piernas no responderán y el coche se calará. Suelto el pedal del embrague lentamente mientras acelero y, efectivamente, después de un traqueteo el coche se cala.

—Es normal —afirma mi padre para reconfortarme—. Además este coche es de gasolina y se cala con más facilidad.

Lo intento de nuevo y consigo que el viejo Mercedes avance revolucionándose más de la cuenta, pero estimo que es la única manera de que no vuelva a calarse al menos hasta que le coja el truquillo. Inserto la segunda marcha y mis piernas se relajan, pero mi corazón bombea a mucha mayor velocidad que esos cuarenta kilómetros por hora que marca la instrumentación. En este momento en el que la adrenalina se distribuye por mi organismo, quiero gritar. Quiero gritar por una repentina felicidad, por estar haciendo algo que he echado mucho de menos. Por haber recuperado una parte de mi vida anterior a la de los zulos y por disfrutar realmente con algo que me hace sentir bien y que en los últimos días solo han logrado el jamón, Izan y Roberto el policía.

Aunque hay algunos baches y gravilla en el camino, meto tercera y el velocímetro sube hasta los sesenta por hora. Suelto el acelerador, reduzco y el coche da un tirón. He de habituarme. Lo detengo completamente y pongo el punto muerto para practicar la salida sin que se me cale y sin empujones. No lo consigo y el motor se viene abajo. No me preocupa demasiado. Lo intento de nuevo y ahora va mejor. Llego hasta tercera antes de dar la vuelta. Miro la palanca de cambios para saber cómo se inserta la marcha atrás. Tiro de ella y la empujo hacia donde estaría la hipotética sexta velocidad. El coche se mueve hacia atrás mientras giro el volante. Acabo la maniobra y conduzco de vuelta feliz. Freno en la misma bifurcación donde me he puesto a los mandos, pero mi padre me anima a que continúe. Le miro algo preocupado y siento que si él se fía de mí no va a ocurrir nada. Ahora no paso de segunda porque estoy centrado en evitar lo baches más profundos. Cuando el camino de tierra se acaba me inquieto de nuevo porque me adentro en el asfalto y la civilización. Mi padre vuelve a alentarme, meto primera, acelero, segunda y pongo el intermitente para aparcar en el mismo sitio que estaba, y otra vez habla mi padre para decirme que siga un

poco más. Llego a un *stop* y me detengo con brusquedad porque aún no le he pillado el punto al grado de dureza del pedal del freno. No conozco esta parte de la urbanización. Mi padre dice que gire a la derecha y a partir de ahora sigo sus indicaciones como hacía mi hermano ante la voz mecánica femenina del navegador de su coche. Atravesamos un túnel y me percato de que estamos en mitad del pueblo. Vuelvo a ponerme nervioso porque no conozco las calles y hay muchos coches. ¿Qué pasa si se me cala aquí y me pitan? Un primer semáforo en rojo al que no le quito ojo para no hacer esperar a quien venga detrás de mí. La luz cambia y todo va bien. Estoy en la calle principal de mi pueblo, la misma adonde hace un rato he venido caminando para renovar el carnet y comprar unas gafas. Dos semáforos más hasta la rotonda desde la que sale la calle de nuestra urbanización. Mi padre me obliga a ignorarla y seguir. Pregunto hacia dónde en la siguiente rotonda y me indica que continúe recto. El pueblo se acaba y el tráfico se agiliza. Dudo y meto cuarta. La quinta no es posible porque hay otra rotonda. Tomo la primera salida y me aterro al comprobar que desemboca en una vía con dos carriles. Papá me tranquiliza, acelero y llego hasta la quinta a cien kilómetros por hora. Yo estoy a mil, pero los nervios son distintos a los de antes. Mi padre me anuncia que hay una rotonda cerca y aminoro la velocidad. Mi intención es frenar ignorando reducir marchas, pero involuntariamente reduzco como lo haría cualquier conductor normal. Hago un cambio de sentido y no necesito que mi padre siga indicándome el camino. Ha sido suficiente y prefiero irme a casa para no tentar a la suerte. El aparcamiento es algo más delicado, y mi padre aquí está alerta mirando por el retrovisor derecho para que no le dé un golpe al de atrás sin olvidarse del coche de delante por si al girar roza con el morro. Recuerdo cuando él me enseñó a conducir en un polígono después de haber aprobado el examen teórico. Lo hizo para que me soltara con el coche y ahorrarse al mismo tiempo unas clases de la autoescuela. Allí me indicó un domingo por la mañana cuáles eran las referencias que debía tomar para aparcar. Las vuelvo a usar ahora, así que cuando veo que la trasera del monovolumen azul queda a la altura de la mitad de la ventanilla de atrás del Mercedes, comienzo a girar. Lo hago despacio luchando aún con los pedales. Luego, tomando como referencia el cristal delantero, muevo el volante hacia el otro lado y el coche termina de encajar en el hueco. Punto muerto, freno de mano y adiós al sonido del motor. Mi padre se baja y me mira. Sé que se esfuerza por sonreír diciéndome que lo he hecho bien, pero la emoción que siente en este momento es bien distinta a la que sintió cuando me enseñó a conducir la primera vez. Para él, esta experiencia tiene que ser casi tan rara como para mí. Imagino que este

tipo de trances son los que nos separan de ser dos desconocidos a recuperar el vínculo padre e hijo. En este momento pienso que tengo que hacer más cosas con él.

Hoy es el día en que los niños han vuelto al colegio tras las vacaciones de Navidad. Izan y Aitana estuvieron aquí con sus padres la noche de Reyes y el día siguiente. Nos levantamos a las ocho de la mañana para verles abrir los regalos. Eran tantos, que tuve la sensación de que no sabrían apreciarlos todos. Izan estaba más nervioso que su hermana y rasgaba el papel de dibujos de una esponja amarilla de ojos saltones y corbata roja con una efusividad que no podía aplacar. «¡Hala!», exclamaba con cada paquete. Un barco pirata de Playmobil era el más grande. Me agradó ver que los niños aún juegan con los Playmobil. Yo nunca tuve el barco pirata, pero sí el fuerte del oeste y una ambulancia. Siempre quise la auto caravana, pero los Reyes debieron pensar que era algo más propio del género femenino. La segunda caja por orden de tamaño pertenecía a un tren a pilas. Ya sabía que Izan no solo es un friki de los coches, sino también de los trenes. Quizá mi padre, ferroviario durante cuarenta años, le haya inculcado su pasión por ellos. Después desempaquetó dos cajas más pequeñas con más muñecos de Playmobil y varios coches. Aitana fue más silenciosa. De hecho, creo que estuvo más pendiente de los regalos de su hermano que de los suyos. Pese a la enormidad de la caja, no le prestó mucha atención a la fotografía que había en ella y que enseñaba una especie de cafetería-supermercado con dos niños felices jugando entre magdalenas de plástico y cuchillos que no cortan. El unicornio con pelo rosa quizá le gustó un poco más, pero definitivamente el coche de la Barbie no le causó ninguna impresión. Cuando acabaron de desenvolver todos los regalos, llegó el turno de los adultos. Yo no había comprado nada porque me parecía fuera de lugar pedir dinero a mis padres para hacerlo. Como era de esperar, de mí sí se acordaron y vi un paquete con mi nombre escrito en una pegatina sobre el papel con el logo triangular de unos grandes almacenes. Al quitarlo con menos efusividad que Izan, me encontré con una caja blanca con una fotografía de lo que parecía un teléfono móvil. Unos días antes no hubiera sabido qué diablos era esa pantalla con un solo botón redondeado en la parte inferior. Reconocí la manzana mordida en el lateral como la marca que vi en un stand en El Corte Inglés cuando fui a comprarme una bata y otras prendas de vestir, y el círculo con el iPad de mi hermano Carlos. Este, ante mi cara de extrañeza, se ofreció a enseñarme cómo funcionaba. He convivido con este dispositivo cinco días y tengo la sensación de que ya no

podría vivir sin él.

Hoy es también el día que he vuelto a ver a Roberto el policía. Está aquí, en el salón grande de mi casa junto a su compañero y Teresa la psicóloga. Cuando el otro día decidí que quería hacer más cosas con mi padre y me dejé llevar por el materialismo porque para poder hacer cosas hace falta dinero, decreté que la manera más rápida de conseguirlo era dando la exclusiva de mi historia. Pedí a mi madre que contactara con Teresa para que esta lo organizara todo. Me preguntó si estaba seguro y aunque le dije que sí, se negó a hacer ningún trámite hasta no vernos en persona. Ha venido acompañada porque si decido conceder una entrevista, la policía tendrá que dar el visto bueno tanto a las preguntas como a mis respuestas para que ninguna de ellas interfiera en la investigación que aún están llevando a cabo. Es por esto que mi intención no es del agrado del policía de mayor edad, a quien he notado algo tenso y menos amable que en las dos veces anteriores. Pienso que me está juzgando, que cree que me estoy vendiendo al mejor postor como una prostituta barata. Cuando el mejor regalo que me han hecho jamás ha sido la libertad, me recrimino haber cedido al materialismo en estos pocos días que llevo fuera del zulo. Tanto Teresa como mis padres me han dicho que hay otras maneras de ganarme la vida y que solo tengo que ser paciente, pero quizá quiero suplir todas mis carencias de un plumazo a golpe de talonario.

—No sé qué es lo correcto —revelo al aire, aunque mi duda va dirigida a Teresa.

—Es un arma de doble filo —comienza a decir ella—. La necesidad por la información está ahí. La sociedad quiere conocer tu historia y los medios de comunicación están deseosos por contársela. Hay autores que quieren escribir tu biografía y hay cadenas de televisión interesadas en hacer películas o una serie basada en tu vida. A partir de la primera entrevista tu vida cambiará para siempre. Abrirás la veda y la gente querrá contactar contigo. Más aún si decides conceder una exclusiva cobrando porque eso, aunque no te lo creas, causará rechazo en muchos, que pensarán que estás sacando provecho de tu desgracia. También te digo que puede ser una oportunidad. Gente que quiera ofrecerte trabajo, contactos, intervenciones en programas de televisión...

—No estoy de acuerdo —interrumpe el policía más mayor, que no hace nada por ocultar su contrariedad—. La gente solo buscará el morbo, no empatizar con la tragedia de alguien por muy desdichada que sea. La sociedad está totalmente desmoralizada, ha perdido valores en unos pocos años. No va a ser como los secuestrados por ETA, quienes eran considerados héroes y a

quienes se les guardaba respeto por encima de cualquier otra cosa. En la sociedad actual no hay respeto por nada. Internet y las redes sociales han deshumanizado todo. La víctima puede transformarse en verdugo de un día para otro. La gente prejuzga, saca conclusiones porque les llega información de todos lados. Lo que es bueno para algunos es malo para otros porque a alguien se le ocurrió llevar la contraria y en esta sociedad de borregos cuentan más los seguidores que los hechos. No es un arma de doble filo, es la punta de una lanza que acabará por destruirte detrás de una falsa sensación de apoyo y cariño por parte de la gente en la que crees que confías. Los que realmente empaticen con tu tragedia entenderán que te mantengas al margen y no formes parte de esta debacle de televisión basura y la gran mentira que es internet. Y tú, Gonzalo, no estás preparado aunque lo creas porque ni te imaginas lo que puede salir de esto. Para que me entiendas, voy a ponerte un ejemplo reciente. Una chica es violada por tres tíos, lo denuncia y uno de ellos aporta como prueba un vídeo en el que la chica está gimiendo. A causa de esto, ella ya no es una víctima porque un juez ha decretado que está disfrutando con la relación sexual. ¿Cómo crees que se siente esa muchacha? ¿Y su familia cuando ve que los violadores están en la calle y miles de personas piensan que es una puta? Otro ejemplo, por si este no te ha servido para comprender en qué clase de mundo vivimos. Una mujer es secuestrada en Estados Unidos y el secuestrador la deja embarazada dos veces. Cría a sus hijos en un zulo no muy diferente al tuyo. Cuando la liberan, ella defiende al captor porque aún está bajo los efectos de subyugación. Un grupo de madres ultraderechistas se pone en contra de la mujer, que no deja de ser una enferma que aún se recupera de su tragedia. Pues bien, esas madres empatizan tanto con los hijos que ha tenido en cautiverio que se olvidan de que la mujer es una víctima y no entienden que defienda a quien ha causado un daño irreversible a dos niños, pero también a ella. Finalmente, opta por suicidarse.

—¡Basta ya! —interrumpe Teresa—. Creo que todo esto es absolutamente innecesario.

—Disculpe, no he querido excederme.

Teresa me mira para comprobar cómo estoy y cómo me han afectado las palabras del policía. Él me pide perdón con los ojos, pues sabe que ha traspasado la barrera de sus funciones para entrometerse en las de la psicóloga. Roberto guarda silencio al igual que yo. También me mira pero esta vez su gesto no me transmite nada. Teresa rompe la quietud para pedirles que se marchen y ambos agentes obedecen. Fermín me pide perdón de nuevo y Roberto permanece callado. Teresa ejerce de psicóloga más que nunca y reclama que le describa

cómo me siento con detalle. Hace mención a las palabras del policía e indaga sobre mis sentimientos hacia Paco. Le digo que no estoy preparado para mantener esa conversación, lo cual me convence para que no persista con la idea de la entrevista.

Se marcha y subo a mi dormitorio para tumbarme un rato. Cierro la puerta y eso significa que no quiero que me molesten. Mis padres lo saben ya y hasta ahora lo han respetado. Más allá de su preocupación, deben entender que necesito mi espacio y tiempo para mí. Estar con la puerta cerrada no ha sido fácil por las connotaciones que acarrecaba sentirme encerrado, pero a base de esfuerzo y pánico, he llegado a ser consciente de que si acciono el pomo la puerta no estará atrancada. Abro el cuaderno que me sirve de diario por la última hoja. En ella he escrito una especie de lista de cosas relevantes a las que sé que debo ir enfrentándome. El nombre de Paco está en ella debajo de la palabra «sexo» y encima de «amigos». Pienso en Mónica, la única persona a la que he podido considerar mi amiga de mis meses anteriores al cautiverio. Cuando la mencioné el otro día en una conversación que salió con mi padre, mi hermano Carlos y mi cuñada, salió a colación otra palabra que añadí a una segunda lista que tengo en la penúltima hoja del cuaderno. La lista no tiene título y en ella hay cosas como «Google», «YouTube», «WhatsApp» o «Amazon». La última que escribí y que salió en esa conversación fue «Facebook». Carlos y Loli me explicaron lo que era mostrándome su cuenta en el iPad después de hacer clic en un icono azul y blanco. Este aparecía también en el teléfono que me trajeron los Reyes Magos. Facebook salió como una herramienta para poder rastrear a mi antigua amiga Mónica. Sin embargo, no recordaba sus apellidos y eso dificultaba la búsqueda. A mi cuñada se le ocurrió indagar si había un grupo con el nombre del instituto donde ambos estudiamos. Lo escribió en un espacio en la parte superior junto a una lupa y apareció. Dijo que iba a solicitar unirse y solo quedaba esperar. No entendí para qué.

Tampoco entendí por qué Mónica se convirtió en mi mejor y casi única amiga de la noche a la mañana. Nos conocimos en COU, el último año del instituto. Era más mayor que la media de la clase y no porque hubiera repetido, sino porque había estudiado FP y había decidido volver a la educación tradicional. Nos sacaba cuatro o cinco años a los demás, periodo de tiempo suficiente para que las diferencias en su forma de vestir o su carácter fuesen palpables con las del resto de alumnos. Podría decirse que fue una chica marginada aunque a esas edades en el último año de instituto se nos presupusiera un elevado grado de madurez. Yo, que ya por entonces era una persona especialmente introvertida y

casi arrinconada, no sé por qué me convertí en su amigo. Creo que fue porque nos pusieron a hacer juntos un trabajo de literatura, pero no estoy seguro. El caso es que Mónica reemplazó a Vanesa (la que me ayudó a conseguir el poster de Ana Torroja) porque ella había repetido tercero de BUP y consecuentemente no íbamos a la misma clase. Con Mónica empecé a ir a bares a tomar algo y descubrí las bibliotecas municipales. Celebramos juntos haber aprobado la selectividad y me ayudó con algún trabajo de la facultad que luego no tuve tiempo de presentar. Cuando me saqué el carnet de conducir nos volvimos aún más inseparables, pues con la excusa de que ella trabajaba cerca de mi facultad, cuando las clases acababan iba a buscarla para llevarla a la ciudad donde ambos vivíamos. La cosa se complicó cuando Mónica admitió que se estaba enamorando de mí. Lo confesó en el viejo Opel después de decirme que tenía que contarme algo que le daba vergüenza. Sin embargo, Mónica no me gustaba de la misma manera que yo a ella, limitándome a decir que no sentía lo mismo. No entré en detalles aunque yo ya supiese cuáles eran. No me atreví a confesar que me sentía atraído por los chicos como tampoco me he atrevido a admitírmelo a mí mismo. Pero en esa época era evidente que me fijaba más en mis compañeros de clase masculinos que en las chicas, Mónica incluida. Supuse que todo estaba en mi mente y no sé si pensé que no podría saberlo hasta que no lo probara. Sin embargo, Paco se cruzó en mi camino y con el tiempo se convirtió en la primera persona con la que he tenido un acercamiento sexual.

Esa masturbación que me hizo esposado en la cama se clavó en mi cerebro sin intención de desprenderse de él hasta que algo aún más desconcertante ocurriese. Esto sucedió diecisiete días después y solo hicieron falta las esposas sobre la mesa para preverlo. En aquella ocasión yo no estaba desnudo ni Paco me pidió que me deshiciera de la ropa antes de esposarme. Para mi asombro, fue él quien se quitó la camisa y los pantalones. Lo hizo allí mismo delante de mí sin apartar sus ojos de los míos. El torso de Paco estaba cubierto de una fina capa de vello que guarnecía sus carnes prietas en contraposición a mi tronco lampiño y mis carnes flácidas.

—¿Quieres tocarme? —me preguntó al tiempo que se acercaba y acariciaba mi mejilla.

No entendí cómo iba a tocarle si estaba encadenado con poca libertad de movimientos y él percibió en mis ojos lo extraña que me parecía su propuesta. Incluyó el torso y acercó su rostro al mío para que nuestras mejillas se rozasen. Sentí la aspereza de su barba incipiente contra la mía. Se refregaba como el perro que busca con el hocico que su amo le acaricie. Giraba el cuello haciendo

círculos mientras yo sentía su aliento en la oreja y escuchaba sus suspiros cada vez más sonoros. Después me subió la sudadera de forma brusca dejándola a la altura de mis axilas, dio un salto y se tumbó boca abajo sobre mí. Su vientre contra el mío y su corazón palpitando al ritmo de mi corazón. Noté cómo el bulto bajo su slip blanco se endurecía activando una parte de mí que no podía controlar. Se restregaba con inquietante calma sin separar su mejilla de mi mejilla. Avivó el ritmo del frotamiento sin hacer nada más que contonearse sobre mi cuerpo, percibiendo su miembro vibrando desde mi pene hasta mi vientre por debajo del algodón de sus calzoncillos y mis pantalones de chándal. Fueron varios minutos en la misma postura cuya única variación era la intensidad de sus vaivenes, cada vez más enérgicos hasta que un suspiro se convirtió en sollozo y su cuerpo se desplomó sobre el mío.

Después de que se marchase, no evité la tentación de aliviarme en el cuarto de baño. No lo hice fantaseando sobre el vecino cachas que vivía en el piso de debajo en mi edificio, ni con el tío rubio de ojos verdes que se sentaba en la primera fila en la facultad. Evoqué a Paco dejándome llevar hacia el éxtasis hasta que este me hizo repelerle después de haber manchado la taza del váter. El asco no duró mucho tiempo porque escuché los nudillos en la puerta y salí corriendo hacia la cama. Paco se limitó a dejar la bandeja con la comida y un libro. Era ya el cuarto. *El Padrino* siguió al encadenamiento para que Pepa me cortara el pelo. *Crimen y castigo* fue la recompensa de la primera caricia. *Cumbres borrascosas* siguió a la paja que me hizo y *Guerra y paz* fue el regalo por permitirle restregarse contra mí. Cuando leí este último me paré a pensar si la secuencia de los libros tenía un orden que pudiera significar algo, como si Paco quisiera enviarme un mensaje a través de ellos. Estuve muchos días pensándolo y analizando escenas o frases de todos ellos y llegué a la conclusión de que no. Lo único que tenían en común era que pertenecían a una colección del Círculo de Lectores, un club al que mis padres también se habían afiliado cuando era niño. Reconozco que sentí decepción después de haberme ilusionado ante el proyecto de mensajes ocultos que tuviera que descifrar. No solo me habrían mantenido entretenido, sino que me hubieran ayudado a idealizar a Paco, a considerarle una persona inteligente que demostrase que yo estaba allí por una razón concreta, una mente privilegiada a la altura de la suya.

Sin embargo, llegué a la conclusión de que mi estancia respondía a una motivación precisa. Ser su esclavo en todos los sentidos, incluido el sexual. Una prostituta que vendía su cuerpo a cambio de un libro que mantuviese mi mente distraída durante unas cuantas horas. Ya no era Gonzalo nunca más. No era yo

quien estaba en ese zulo, era solo mi cuerpo. Podría haber sido cualquier otro y me tocó a mí. Fue como ganar una lotería. El premio no era Gonzalo Dávila, sino un trozo de carne cualquiera sin identidad. Comprendí mi papel en ese juego y creí que la única manera de soportarlo era desprenderme de mi espíritu, de obligarle a escapar y dejar en ese zulo solamente mi cuerpo, una cáscara que se desprende sin que importe su contenido. Un cuerpo que Paco me arrebató y a mí ya no me pertenecía.

Poner en práctica mi revelación iba a ser lo realmente difícil, no el haber sido capaz de llegar a ella. Por eso deseé que la próxima vez que ocurriera no hubiera cambios y que estos provocaran que mi mente tuviese que reestructurar lo que ya conocía, porque un imprevisto haría tambalear la seguridad en mí mismo, aplacando mis defensas con cualquier variación por pequeña que fuese. Y como si mi captor se hubiera adelantado a mis pensamientos, con las esposas ya puestas preparado para dejar de ser yo y abandonar mi cuerpo, Paco desbloqueó el seguro del grillete izquierdo liberando una de mis manos. Ese fue el cambio que yo no esperaba y el que desmontaría todo cuanto había planeado. Me agarró de la muñeca, estiró el brazo que acababa de soltar y deslizó sus dedos sobre él hasta que nuestras manos se juntaron, las yemas se rozaron y nuestros dedos se entrelazaron. Al igual que había hecho la vez anterior con las mejillas, se detuvo largo rato jugueteando con sus dedos y los míos como si ahora fuese eso lo que le excitaba. Cuando estimó oportuno, dirigió mi mano hacia su pecho y sin soltarla, lo fue acariciando como él me había acariciado a mí. La deslizó por el vientre, la subió a su cuello, sus mejillas o los labios. Estando sobre ellos exhaló un suspiro y percibí un rastro de su saliva húmeda en la palma de la mano. Sin detenerse, Paco se dejó llevar cerrando incluso los ojos agitando mi mano con mayor viveza hasta que la bajó de nuevo al pecho y volvió a mirarme, ahora sonriendo. Una sonrisa maliciosa casi lasciva que dejaba claro hacia dónde iría mi mano después. Su entrepierna la recibió bajo la tela con ansia, hinchándose tras esos primeros roces delicados que hice con las yemas de mis dedos guiadas por su muñeca. El pene comenzó a endurecerse luchando por desprenderse del algodón que le aprisionaba. Paco introdujo mi mano debajo del slip y pude entonces sentir el trozo de carne que ardía y vibraba al contacto con mis dedos. Estaba dispuesto a que yo le devolviera la paja con la diferencia de que él mismo imponía el ritmo. Una cadencia que se volvió frenética segundos antes de la explosión de espasmos y sollozos que originó que mi mano se empapara de un líquido viscoso y que *El nombre de la rosa* reposase sobre la mesa unos minutos después.

Aunque la puerta está cerrada, mi madre acaba de irrumpir en mi dormitorio. He debido quedarme traspuesto porque percibo unos segundos de confusión. El cuaderno se desliza desde mi pecho a un lado del colchón. Miro hacia la ventana y ya no hay sol en la calle, por lo que el calor que noto a mi derecha proviene del radiador a un lado de mi cama.

—Ha venido el policía —avisa mi madre.

—¿Qué policía? —pregunto, aún un poco aturdido por el sueño y aún más por la presencia que acaban de anunciarme.

—El mismo que ha venido esta tarde —aclara.

Deduzco que es Fermín quien ha vuelto para disculparse por enésima vez y no me apetece enfrentarme a él de nuevo. Valoro pedirle a mi madre que se invente alguna excusa y le haga marcharse. Aprovecho un atisbo de lucidez que me concede mi capacidad de raciocinio y me levanto. Cuando bajo las escaleras veo que las luces del salón grande están encendidas, así que deduzco que mi madre ha dejado a Fermín ahí esperando. Entro y descubro que no es Fermín quien me espera, sino Roberto. Ha colgado el uniforme y lleva puestos unos pantalones vaqueros muy estrechos que le quedan algo cortos porque dejan sus tobillos al aire por encima de unas zapatillas de un blanco reluciente con el dibujo de una calavera con dos huesos cruzados. En la parte superior viste una camisa de cuadros grandes en tonos verdes y morados.

—Hola —saludo tímidamente cerrando la puerta tras de mí.

—¿Qué tal? —pregunta, e interpreto que es una respuesta a mi saludo más que una pregunta propiamente dicha—. He venido porque he pensado que quizá te apetezca salir a tomar algo... —continúa, impidiéndome que me recupere del atontamiento que arrastro desde el dormitorio—. Como la psicóloga ha dicho que te vendría bien socializar y salir por ahí... —añade.

No sé que expresa mi rostro, pero estoy seguro de que no me hubiera gustado estar en el lugar de Roberto contemplándolo. Debo de tener cara de gilipollas o peor aún, un atolondramiento que traspasa la barrera de las secuelas de un secuestro; un rasgo más de la personalidad de cada individuo.

—Esto... —arranco a decir, pero a las palabras les cuesta salir de mis labios, como si hubiera una falta de coordinación entre las órdenes de mi cerebro y mis cuerdas vocales. Me miro dando a entender que mi aspecto no está preparado para salir a la calle, aunque llevo los vaqueros y el jersey.

—Cámbiate si quieres, te espero.

Parece que Roberto no va aceptar un no como respuesta, sentándose en el

sillón para demostrar que está dispuesto a esperar el tiempo que necesite para acicalarme. En realidad a mí me da igual porque no tengo un armario extenso donde elegir ni ropa más o menos formal que haga variar mi apariencia. Subo al dormitorio y cambio los vaqueros por unos chinos color beige y el jersey azul claro por el jersey azul marino. Estreno las zapatillas con el logo del cocodrilo que vi el otro día en los grandes almacenes y que mi madre me ha comprado esta mañana en las rebajas. También hago uso del bote de colonia que me trajo Papa Noel y que decora junto a la cadena de música de mi hermano la estantería. Entro al baño, me miro en el espejo y me coloco el pelo con la mano. Lo tengo tan corto que no necesito un peine. Bajo los escalones a una velocidad moderada por temor a tropezarme porque noto que las zapatillas nuevas aún no se han ajustado a mis pies. Me dirijo al salón pequeño para anunciarles a mis padres que voy a salir con Roberto. Como era de esperar, se preocupan y se extrañan a partes iguales.

—No sé, mamá. Quiere llevarme a tomar algo —cuento como un adolescente al que le piden explicaciones antes de salir un sábado por la tarde.

No doy pie a que repliquen y voy en busca de Roberto. Coge su abrigo del sofá y pregunta por el mío. Se me ha olvidado arriba y tengo que subir a por él. Bajo y Roberto está junto a la puerta acompañado de mis padres, que se han levantado para despedirnos.

—¿Llevas el móvil? —pregunta mi padre.

Tengo que subir de nuevo porque ni he pensado en que tengo un teléfono móvil. No me ha llamado nadie, aunque he recibido varios WhatsApp de mi hermano Carlos y una video llamada de Izan desde el otro lado del jardín para que aprendiera a usarla.

—Ya —anunció por fin casi sin aliento por el ajetreo.

Salgo y no miro a mis padres porque sé que están preocupados. Cruzo los dedos para que no digan nada más y me pongan más nervioso. Escucho mi nombre y piden que me espere, lo cual me cabrea. Me giro y mi padre viene caminando hacia mí con un billete de cincuenta euros arrugado en la mano para que el policía no lo vea. Le sonrío y le doy las gracias, apreciando ese gesto que no me deja mal delante de Roberto. Este se dirige hacia la esquina de la calle donde mi padre aparca. Se encienden los cuatro intermitentes de un Volkswagen Golf con una matrícula cercana a la del Mercedes de mi padre. Ese modelo ya se vendía antes de mi secuestro. De hecho, era el coche que hubiese elegido si mi padre se hubiera ofrecido a regalarme uno cuando obtuve el carnet. Arranca y empieza a moverse, pero no sé dónde vamos.

—He pensado en un sitio tranquilo que hay en Fuenlabrada si te parece bien.

—Vale.

—Luego te traigo, no te preocupes.

—Gracias.

El habitáculo del Golf se envuelve en un silencio que me parece incómodo. Las pocas habilidades sociales que he tenido siempre ahora están mermadas. Para Roberto no debe de ser fácil iniciar una conversación con alguien a quien se le presuponen muchos temas tabú y conversaciones que resultan comprometedoras. Agradezco calladamente que esté dispuesto a pasar este mal trago para ayudarme.

—¿Tienes carnet? —me pregunta para romper el hielo.

—Sí, el otro día fui a renovarlo, aunque me han obligado a ponerme gafas para conducir.

—Yo llevaba gafas, pero me operé de la vista para entrar en la Policía.

Ya está. La conversación comienza a fluir de forma amena. Su frase da pie a más preguntas y sus respuestas a otras adicionales. Hasta la puerta del bar donde me lleva, apenas hemos recuperado el silencio. Es una taberna irlandesa. Lo sé porque leo la palabra *Guinness* por todos lados. Las paredes están cubiertas de madera en la mitad inferior y el resto está pintado de un verde vivo. Hay muchas fotos colgadas y poca gente en las mesas. Roberto toma la iniciativa y camina hacia un rincón del fondo donde la música suena con menor intensidad. No me agrada estar en el fondo de un local porque me causa ansiedad saber que la salida queda lejos y si ocurre algo estaré atrapado. Sin embargo, me percaté de que hay una puerta a un par de metros que da acceso a una especie de terraza con radiadores colgando de la estructura metálica de los toldos. Me siento y me pregunta qué quiero tomar. Dudo. No debería beber alcohol porque aún me achispo con facilidad. La Coca Cola no me gusta y la Fanta me hincha. Me agobio porque no puedo decidirme y comienzo a ponerme nervioso porque además Roberto no se ha sentado y está esperando junto a mí a que le diga qué maldita bebida quiero.

—Una cerveza sin alcohol —pronuncio al fin.

Se da la vuelta y va hacia la barra. Me fijo de nuevo en los pantalones vaqueros. Ato cabos y creo llegar a la conclusión de que están de moda, pues eso de los tobillos al aire me ha resultado curioso porque no entiendo la necesidad que hay de pasar frío. Regresa con dos vasos largos y estrechos en las manos. Deja uno sobre el posavasos que tengo delante y el otro directamente sobre la

mesa, pues han debido de robar el resto o al camarero se le ha olvidado reponerlos. Se sienta y me sonrío. Le devuelvo la sonrisa con más timidez. No sé qué decir. Hasta el momento, lo que conozco de Roberto es que se operó de la vista, tiene treinta y cinco años, lleva siete en la Policía, que decidió meterse a poli por culpa de una crisis y que vive solo en un piso de sesenta metros cuadrados en algún barrio de esta ciudad.

—Te pido disculpas en nombre de Fermín —dice, y tengo la sensación de que la conversación no va a seguir con la misma fluidez de antes.

—Está bien —respondo.

Da un sorbo a la cerveza y le imito. Me gusta menos que la que lleva alcohol.

—¿Y qué más hecho estos días aparte de renovarte el carnet de conducir y comprarte unas gafas?

Analizo la pregunta valorando su esfuerzo por romper el hielo de nuevo.

—Estar con la familia, comprar algo de ropa, leer y aprender a usar un iPad y un iPhone.

Roberto se ríe, pero se detiene al instante porque cree que no debe reírse.

—No te cortes —le animo—. Sé que estas cosas hacen gracia.

—Pero no quiero que pienses que me río de ti.

—No lo pienso, no te preocupes.

Doy otro sorbo a la cerveza concediéndome tiempo para que se me ocurra algo que contar y demostrarle de verdad que no me ha molestado su risa.

—También he cogido un coche después de tanto tiempo, aunque reconozco que ha sido más fácil que aprender a deslizar el dedo por una pantalla.

—Ya te digo. Yo a veces echo de menos los teléfonos con teclado. De hecho, creo que aún guardo un Alcatel que me regalaron hace un porrón de años.

Los dos sonreímos mientras tiro de memoria y asocio la marca que acaba de mencionar con algo, pero Alcatel no me suena. El primer teléfono que mi padre me regaló cuando me saqué el carnet de conducir era un Motorola con pantalla minúscula y teclas enormes. Nadie en mi entorno tenía móvil a excepción de Mónica y su Motorola idéntico al mío, así que no podía comparar.

—¿Y qué tal ha sido conducir de nuevo? —me pregunta para que la conversación no decaiga.

—Pues el coche se me caló un par de veces, pero fue fácil. La gente dice que montar en bicicleta no se olvida nunca y yo puedo asegurar que ocurre lo mismo con conducir. Eso sí, el coche de mi padre es viejo y no tiene nada

especial, pero el de mi hermano es de este año y creo que no es lo mismo con esa pantalla enorme y todos esos pitidos.

—Es cierto. Dentro de nada los coches serán autónomos y nosotros iremos dentro como si fueran taxis. Los coches modernos aparcan solos, frenan solos, impiden que te salgas de la carretera...

—O sea que en todos estos años han evolucionado los teléfonos y los coches —digo pensando en las dos listas que tengo en las últimas hojas de mi cuaderno.

—Y más cosas, supongo —replica Roberto llevándose la mano a la barbilla.

—¿Te importa que hagamos una cosa? —le pregunto con algo de vergüenza por algo que se me acaba de ocurrir.

—No, ¿de qué se trata?

—Si tuvieras que decirme solo diez palabras de las cosas más importantes de las dos últimas décadas, ¿cuáles serían?

—¿Diez? —repito con algo de entusiasmo, dando a entender que mi juego le gusta—. A ver... Internet, por supuesto—. Cierro los puños y saco el pulgar de mi mano izquierda para ir contando sus respuestas con los dedos—. La crisis —añade.

—¿Qué es eso de la crisis? —le interrumpo para preguntarle porque ya es la segunda vez que la menciona.

—Una crisis económica que comenzó en Estados Unidos y que se extendió por medio mundo allá en el 2009. Aquí azotó fuerte. La gente perdía sus trabajos, se desplomó el mercado inmobiliario, hubo recortes en servicios públicos...

—¿Hasta cuándo duró?

—Bueno, aún no ha acabado. La tasa de desempleo sigue siendo altísima y el mercado laboral es una auténtica mierda.

Me atrae el tema y me lo apunto mentalmente para hablarlo mañana con mi padre más detenidamente.

—Bueno —continúa—, internet, la crisis, el 11M, las...

—¿11M? —interrogo.

—Un atentado terrorista que hubo en 2004 en la estación de Atocha. Hicieron explotar varios trenes y murieron cerca de doscientas personas.

—¿ETA?

—No, afortunadamente ETA entregó las armas. Lo de Atocha fue un grupo terrorista islámico que ha atentado demasiadas veces en los últimos años. No sé si habrás escuchado algo de las Torres Gemelas de Nueva York. Pues ahí empezó

todo. Estrellaron dos aviones de pasajeros contra las torres y estas acabaron desplomándose.

Tengo los ojos abiertos completamente mientras proyecto en mi cabeza la imagen de un avión estrellándose en un rascacielos. Me resulta totalmente increíble, como si Roberto estuviera narrándome el argumento de una película de Hollywood tan inverosímil como la última película que yo vi en el cine en donde un tío conseguía meterse en un avión desde un paracaídas. Noto que el corazón se me encoge al imaginarme las consecuencias de un acto como ese. Las caras de los residentes de las torres al ver que un avión va hacia ellos y no pueden hacer nada. Supongo que se imaginarían que estaban soñando, frotándose los ojos porque lo que estaban viendo no podía ser un avión. Me agita la ansiedad porque me asusto. Me asusta pensar que estoy desprotegido ante sucesos como esos de los trenes o los aviones. En el zulo no corría peligro. Muy pocas veces temí por mi vida, y el temor solo se concretaba en que Paco perdiese el interés en mí y buscase otro esclavo que me reemplazara.

—Es difícil de creer, ¿verdad? —dice Roberto, que ha debido percibir el horror en mis ojos—. Creo que desde entonces la percepción del mal ha cambiado en la sociedad, al menos en generaciones como la nuestra que no han vivido guerras y para quienes Hitler es solo un tipo que aparece en los libros de historia.

—El infierno puede representarse de muchas maneras —contesto aunque no sé muy bien lo que estoy diciendo. En mi cabeza hay una tormenta de pensamientos que amenazan por bloquearme. Retomo el discurso derrotista de Fermín y lo asocio a los atentados de los que habla Roberto. La libertad se ha transformado en un estado amenazador.

—Hablemos de cosas más agradables. ¿Te gusta el fútbol? Porque España ganó el Mundial en 2010 y eso podría ser otro elemento de la lista, así que ya van cuatro.

Sí, van cuatro aunque ya no tengo los puños cerrados y los dedos para contar. No me dejo vencer y me recupero, pues hasta hace unos segundos me agradaba la charla con Roberto en general y el juego que se me ha ocurrido en particular.

—La verdad es que muchas de las que se me ocurren tienen que ver con internet, así que no sé si valen. Te destacaría las redes sociales: primero el Tuenti, que yo creo que ni existe; el Facebook, que también creo que ya no lo usa mucha gente...

El Facebook que yo he descubierto hace unos días como el arma definitiva

y más actual para mantener el contacto con los amigos (aunque yo no los tenga) resulta que está pasado de moda. ¿Cuánto duran las modas? Reflexiono sobre la fugacidad en base a algún comentario que he deducido de mi hermano Carlos o mi cuñada, y al mismo tiempo cavilo sobre las modas que yo conocí, porque ya por entonces existían. Los pantalones vaqueros rotos, las chicas con falda y los calcetines hasta la mitad de la rodilla, los plumas Rox o las zapatillas J'hayber. El DVD que mi padre quería comprar para la Navidad antes de mi secuestro y del que ya no hay rastro, o los CDs que nadie usa y que ni siquiera los coches modernos admiten.

—Invito yo, no te preocupes —se ofrece Roberto cuando saco el billete de cincuenta euros que mi padre me ha dado hace un rato.

Nos hemos tomado una segunda ronda acompañada de un plato de frutos secos. Al apurar el vaso, Roberto se ha excusado en que mañana tiene que madrugar después de mirar un reloj de pulsera que le ha sonado varias veces mientras hablábamos. La conversación ha estado bien, y el juego que he propuesto ha dado mucho de sí. Según Roberto, prácticamente todo en la actualidad gira en torno a internet, las redes sociales o las aplicaciones. Me ha contado sucintamente y con algo de rubor que incluso se liga a través de ellas. Me ha sorprendido, pero no me he detenido a analizarlas e intentar comprenderlas porque de todo lo que ha mencionado, quizá ligar sea lo que menos me interesa. Como era de esperar, y sin molestarme porque creo que es comprensible, Roberto ha intentado saciar un poco de su curiosidad. A buen seguro se le han pasado por la cabeza infinidad de preguntas que hacerme, quizá tantas como las que yo he sopesado para él, pero se ha limitado a hacer un par de ellas que no requiriesen adentrarse en muchos detalles que hubieran podido perturbar la situación. No ha hablado de Paco ni del zulo en sí, sino que se ha centrado en descifrar cómo he matado el tiempo durante mi encierro, qué cosas he hecho o cuáles han sido mis distracciones. He mencionado los libros, pero no las visitas de Paco que desembocaban en una nueva lectura. Le he dicho que el que más me gustó fue *Jane Eyre*, aunque ya lo había leído en el instituto. *Jane Eyre* fue el décimo libro. Recuerdo cuando lo dejé en la bandeja y me fastidió haber decidido que la novela de Charlotte Brontë había sido mi favorita porque fue el premio al encadenamiento más desconcertante que había tenido hasta entonces. Y eso que los anteriores habían diferido desde que tocara a Paco la primera vez, aquella en que le masturbé con mi mano siendo guiada por la suya. Lo desconcertante de la décima fue que no había sido Paco quien mantuvo

relaciones sexuales conmigo. Con él, tras tres ocasiones muy similares, parecía haberse normalizado hacia algo que se convertiría en rutina. Cuando dejó las esposas en la mesa, Paco me pidió en aquella ocasión que me tumbase boca abajo. Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo porque supe qué significaba. Estar boca abajo solo dejaba expuesta una parte de mi cuerpo y eso me asustó por lo inesperado y porque se me antojaba la posición de dominación máxima a la que me podía someter. Lo único positivo que saqué de mi predicción basada en la nueva postura, es que no daba pie a demasiados imprevistos que me impidieran recuperar el escudo que me había creado. Dejar de ser Gonzalo y abandonar mi cuerpo en ese zulo convenciéndome de que no era yo al que subyugaban, sino un mero trozo de carne descorazonada al que le habían arrebatado los órganos intransferibles para dejarlos guardados en un cajón.

Paco hizo lo que yo esperaba, si bien dudaba de su grado de rudeza para aquel trance que me desgarraría. Vi cómo se quitaba toda la ropa y observaba su pene desnudo y flácido junto a mí. Luego me despojó de los pantalones con un movimiento brusco y decidido que dejaba mi trasero totalmente expuesto. Se tumbó sobre mí y sentí su miembro ardiente en mis nalgas, así como su respiración en mi oreja izquierda. Comenzó a frotarse para activar su órgano viril hasta que advertí que estaba completamente duro. Fue entonces que se apartó deslizándose hacia atrás, me agarró de las piernas para separarlas y sentí la punta de su falo erecto haciéndose hueco entre mis nalgas. A pesar de hacerlo despacio, dolió. Dolió como pocas cosas me habían dolido antes. Ni la brecha de la guardería ni la quemadura con la plancha cuando la rocé con el antebrazo sin querer mientras mi madre le quitaba las arrugas a una camisa de mi padre. Sentir a Paco adentrándose en la profundidad de mi cuerpo traspasaba la barrera del daño a los restos de mi orgullo. Era un dolor agudo y tangible que duró días hasta que mi ano se olvidó de su desgarró y yo me olvidé de que era yo. La tortura se repitió después de nueve muescas en la pared debajo de la cama. Que Paco me pidiese adoptar la misma postura que la última vez me angustió. Sabía a lo que me enfrentaba y conocía el dolor que iba a sentir más allá de los diez o quince minutos que estuviera embistiéndome y ultrajándome. También sangré en aquella ocasión. Pero no la siguiente. Mi trasero parecía acostumbrarse a la nueva situación al igual que yo me había habituado a permanecer encerrado en una habitación sin vistas. En un momento de las acometidas de la vez anterior, Paco había tirado de mi cintura para que levantara la pelvis. Los dos nos dimos cuenta de que entonces su miembro entraba en mí con mayor facilidad. Por eso, cuando cogí las esposas ese día, opté por no tumbarme. Me quedé a cuatro patas

sobre el colchón sin saber las consecuencias que acarrearía mi iniciativa. Paco no hizo ningún comentario cuando me vio de aquella manera. Sin embargo, tuvo esa exasperante capacidad de sorprenderme porque yo había pasado algo por alto. Con mi improvisada postura no había lugar para los magreos que Paco necesita para estimularse. Sin vacilar, liberó el seguro de uno de los grilletes para soltarme un brazo y se colocó a mi lado, de rodillas sobre el colchón. Me agarró de la cabeza y la empujó hasta su pelvis. Sentí la piel suave y flácida sobre mis labios y un olor intenso y penetrante se me colaba por la nariz. Paco tiró de mi barbilla para que abriera la boca y él mismo introdujo en ella su trozo de carne caliente hasta que se transformó en un mástil duro y vibrante que ya estaba preparado para penetrarme. Ciertamente, la postura que yo había elegido facilitaba el acceso por mi esfínter, pero con lo que tampoco conté fue el poder que le otorgaba a él esa posición, agarrándome de la cintura e imponiendo su propio ritmo hasta convertirlo en un frenesí impetuoso de acometidas enérgicas y salvajes.

Haber saboreado algo novedoso o sentir cómo me clavaba su rabo no fue lo peor. Lo peor era no haber sido capaz de adelantarme a sus pensamientos, de haberme creído que podría estar por encima de él y que por primera vez sería yo quien controlase la situación. El hecho de haberme equivocado agujoneaba mi alma como el último pinchazo a mi dignidad. Ya no quedaba nada que a Paco le faltara por conseguir. Sin embargo, aquella casa deparaba más sorpresas alarmantes. La protagonista fue Pepa. Al verla me extrañó porque Paco no me había avisado de que me tocaba cortarme el pelo o las uñas. Aun así, cuando vi que Pepa dejaba las cadenas, supe que mi postura iba a ser diferente ese día. Sentado sobre el colchón dándole un poco de tregua a mi trasero. Pero Pepa me pidió que me tumbara boca arriba, por lo que lo único que pensé fue que ese día tocaba cortarme las uñas de los pies. Cuando entró no vi las tijeras. Pepa se estaba desnudando al igual que había estado haciendo Paco. Se bajó la falda oscura y luego las bragas color crema. Después me bajó a mí los pantalones hasta la altura de las rodillas, me agarró el pene y lo masajeó hasta que se estimuló en contra de mi voluntad. Se subió a la cama para colocarse a horcajadas sobre mí e introdujo esa parte de mi cuerpo que hasta entonces solo habíamos tocado Paco, el urólogo y yo. Cabalgó sobre mí haciéndome sentir el asco más intenso que había sentido nunca y el cual ayudó a que mi miembro no alcanzara la firmeza que ella esperaba, negándose a ponerse duro obedeciendo a alguna orden de mi cerebro que yo habría mandado. Debido a eso Pepa comenzó a insultarme sin darse por vencida, intentándolo cada vez que se escapaba de su

vagina y ella lo introducía de nuevo. Me dio una bofetada antes de levantarse y dejarse caer a un lado de la cama. Desde allí se vestía y me insultaba llamándome pichacorta o maricón. Salió del cuarto mascullando y volvió poco después con las tijeras pequeñas. Sentí miedo, pero me extrañó no ver las tijeras grandes que empleaba para cortarme el pelo si acaso lo que pretendía era hacerme algún tipo de daño. No era ese su objetivo, y entre improperios y alguna bofetada más, Pepa me cortó las uñas de los pies. Antes de marcharse me amenazó advirtiéndome que no le contara nada a Paco. Él llegó con *Jane Eyre* y por primera vez hice una analogía entre alguno de los personajes y mis captores. A todas luces, Pepa era como Berta Mason, la loca que vivía en el desván y un día provocó el incendio en Thornfield Hall.

—Gracias por la compañía —le digo a Roberto, que acaba de detener el coche junto a mi casa.

—Gracias a ti. Si quieres apúntate mi número y me llamas cuando desees.

Saco el iPhone, llevo con torpeza mi dedo al círculo que debe reconocer mi huella dactilar para desbloquearse, y trasteo porque aún no sé cómo funciona. Roberto me mira y no pierde la paciencia, aunque se ofrece a ayudarme.

—Ya está —me dice al devolverme el aparato con su nombre ya grabado.

Agarro el tirador de la puerta para disponerme a salir. Una parte de mí lo desea, pero otra quiere que ese momento no acabe. Le miro antes de decidirme y Roberto me sonrío. No me percaté de que ha acercado su mano hacia mi muslo y ahora lo está rozando. Tiemblo. Algo vibra en mi bolsillo y no es provocado por los nervios. Poco después escuchamos el sonido de mi teléfono. Sé que es el mío porque yo mismo elegí la melodía. Es la primera vez que suena desde que lo tengo y la llamada no puede ser más inoportuna. Pienso en mi padre y la preocupación que pueda tener. No es tan tarde, pero quizá le ha venido a la cabeza aquella noche en la que le llamaron para preguntarle si un Opel Kadett abandonado era suyo. La noche que comenzó con su calvario y que ahora se niega a que se repita.

—Cógelo —me anima Roberto.

Aparta su mano e introduzco la mía en el bolsillo. No es mi padre, sino mi cuñada Loli.

—Hola —respondo desganado.

—Gonzalo, he encontrado a tu amiga Mónica por Facebook —me dice entusiasmada.

6

Me despierto y la primera persona en la que pienso no es Mónica, sino Roberto. Hasta hoy, Paco era quien me venía a la mente en primer lugar cuando mis ojos se abrían acompañándose de un bostezo. Es un paso más. Uno de tantos que debo ir dando y que voy apuntando en el cuaderno que reposa en la mesilla de noche. Anoche me despedí de Roberto después de colgar el teléfono diciéndole a mi cuñada que la llamaría más tarde. Fue una despedida precipitada que se había enturbiado con una interrupción. Ya no hubo más contacto que un apretón de manos mientras me decía que tenía que marcharse. Después de eso sentí un poco de ansiedad, pero era una ansiedad diferente a la que ya me estaba habituando. La angustia del pasado cedía a la de situaciones novedosas y esta parecía ser una de ellas. Agoté las páginas de la última revista de coches y leí tres capítulos del libro antes de ceder al sueño y asustarme por haber recuperado el insomnio y que la imagen de la mano de Roberto se grabara en mi retina impidiéndome cerrar los ojos. No llegó a convertirse en algo obsesivo porque también pensé en Mónica. Mi cuñada me había dicho que en el grupo de

Facebook del instituto una tal Mónica había respondido a su comentario:

«¿Alguna Mónica estudió COU el curso 97/98 en turno de mañana?».

Mónica Díaz Fernández contestó preguntando el motivo. Los apellidos no me sonaban, pero estaba seguro de que eran apellidos comunes fáciles de olvidar pese a que fueran los de mi amiga. De aquel curso recuerdo a Fernando Gudiño o Antonio Carrascosa por sus apellidos más inusuales. Después de eso, Loli me contó que habló con Mónica por privado y le mencionó mi nombre. «Claro que me acuerdo de Gonzalo», había dicho ella. «Le he visto en las noticias». Salió de Mónica darle a mi cuñada su número de teléfono para que la llamase cuando quisiera. Me lo pasó por WhatsApp y ya tenía otro contacto en la agenda además de mi familia y el de Roberto.

Hoy he decidido venirme a desayunar al salón pequeño en la mesa redonda junto a la ventana por la que ya templó el sol. No he tardado en darme cuenta de que mi madre desmontó ayer el belén de la balda del mueble de la televisión y ahora están las fotos que debió quitar para ponerlo y que guardó en algún sitio que no he descubierto. Tras un pequeño mordisco a la tostada porque no tengo mucha hambre, me acerco a verlas. Estimo que hay una docena de marcos de diferentes tamaños y materiales. Los de bronce me parecen antiguos al lado de otros de madera de colores o uno plateado con formas rectas. Creo que no están colocadas en un orden concreto y tampoco que mi madre haya seguido un criterio para enmarcarlas. Me reconozco en dos de ellas. Una la comparto con mi hermano Javier cuando éramos niños. Quizá cinco o seis años porque no recuerdo cuándo fue tomada esta foto. Es en un estudio fotográfico, por lo que no hallo elementos externos que me evoquen un lugar o un momento. En la que estoy solo, sí. Fue la que me hicieron en la graduación del instituto. Llevo una banda de color verde apoyada sobre los hombros y que se deja caer hacia el pecho mostrando el escudo del instituto. No estoy sonriendo porque creo que pocas veces en mi vida he sonreído para una foto. Pocas veces me he sentido lo bastante feliz como para vencer a mi timidez y demostrarlo delante de una cámara. Durante los cuatro años que estuve en el instituto fueron pocos los momentos de felicidad y muchos los amargos. Un tipo introvertido como yo era un blanco fácil para los insultos de los abusones sobre todo si mis cien kilos y mis gestos afeminados se lo ponían en bandeja. Gordo y mariquita. Me acostumbré a ellos como quien se acostumbra a la rutina de madrugar o trabajar en el turno de noche. No batallé ni repliqué a los agravios, basando mi existencia en aquel edificio en la inercia del tiempo dividido en trimestres y periodos

vacacionales.

Ya no me encuentro en más fotos simplemente porque me he perdido los momentos significativos en las que fueron tomadas. Estoy viendo a mi hermano vestido de traje junto a mi cuñada ataviada de blanco con un ramo de flores en la mano y mis padres a cada uno de los lados. Ellos están en otra foto en la que mi padre ya tiñe canas y sostiene una placa con el logotipo de RENFE. Veo en otra a Izan detrás de una tarta de chocolate con una vela en forma de número seis o a Aitana en un gesto de vergüenza después de soplar el cuatro. Me anima pensar que sí estaré cuando los números sumen uno. Quizá mi hermano no se case de nuevo, y seguro que mi padre no volverá a jubilarse, pero cumpleaños habrá muchos y al menos podré vivir los momentos que me he perdido de Izan y Aitana con el bebé que se está gestando en el vientre de mi cuñada. Estoy siendo optimista y me gusta. Me gusta pensar en todas las cosas que voy a ir haciendo y que iré tachando de mi lista. No pienso en el dinero como hace unos días porque el dinero no ha ayudado directamente a que anoche saliese con Roberto o Loli haya encontrado a Mónica. El costoso móvil que voy a usar para enviarle un mensaje es útil, pero no imprescindible para comunicarme con ella. Como decía Roberto ayer, la tecnología se ha instalado en nuestras vidas para quedarse, pero aún hay cosas que se pueden hacer sin ella.

Algo me dice que es mejor que la llame, pero lo cierto es que me da un poco de vergüenza por si no sé qué decir. Escribir es más fácil porque me da tiempo para pensar y analizar lo que Mónica me diga. «Hola, soy Gonzalo» me parece suficiente. No necesito forzar nada porque, al igual que ocurrió con Roberto, la conversación fluirá porque es cosa de dos y no puedo ponerme en el lugar del otro. Contesta al instante y acompaña sus palabras con una cara amarilla y ojos saltones. Pregunta cómo estoy, le respondo, me intereso por ella, contesta y al fin propone quedar. «Esta tarde para un café si quieres. Estoy en el paro y no tengo nada que hacer». Mónica sigue viviendo donde solía. Recuerdo el edificio y el portal, pero no el nombre de la calle. No me hace falta, porque ha propuesto que sea en la estación de tren de mi pueblo, que es la siguiente parada a la del suyo. Son las diez y faltan seis horas para nuestro reencuentro. No sé qué hacer porque además estoy solo en casa. Mi padre tiene cita con el endocrino y mi madre ha ido al Corte Inglés a devolver una camisa que le compró ayer a mi padre en las rebajas porque le queda pequeña. Es la primera vez que estoy solo en casa y dudo que ellos se hayan dado cuenta, pues de lo contrario no se habrían arriesgado a desobedecer las advertencias de la psicóloga. Supongo que piensan que no estoy tan mal como esperaban, lo cual ha provocado tácitamente que algo

de naturalidad se haya interpuesto en sus vidas.

Vuelvo a desbloquear el teléfono móvil con mi huella y me tiento escribir mi nombre en Google una vez más. Anoche Roberto no mencionó nada de la búsqueda de Pepa ni cualquier cosa que estuviera relacionada con la investigación de mi secuestro. Como les dije a él y su compañero la tarde que les conocí, llevo diez años sin ver a Pepa, la loca del desván que bajaba hasta el sótano. Antes de la última vez que la vi, sus visitas se sucedieron con diferentes objetivos que desconocía cuando abría la puerta y no asimilaba hasta que me hablaba. Había intentado que la penetrara en varias ocasiones, la mayoría de ellas sin éxito ocasionando que me abofeteara o me insultase. Sin embargo, ese último día hace diez años, Pepa logró que me empalmara haciéndome sentir incluso algo de placer por la fruición, por mucho que intentara bloquearlo activando mis defensas para que mi erección decayera. No lo conseguí y acabé eyaculando dentro de ella contra mi voluntad, convirtiendo la pérdida de mi virginidad en un trance repulsivo. Fue tal la repugnancia, que cuando se marchó intenté suicidarme por primera vez. Lo había barajado en numerosas ocasiones, pero jamás llegué a intentarlo para que fuese definitivo. En ese instante lo tuve claro. No podía soportar haberme rendido al placer de una loca que pretendía poseerme a pesar de que no le pertenecía. Una chiflada que había conseguido que el asco y el odio se superpusieran a cualquier otra emoción, incluyendo la impotencia, la humillación y la resignación.

Me apresuré tanto en quitarme la vida que no me paré a valorar todas las posibilidades que tenía y escoger la más efectiva. Me dejé llevar por el drama y las películas y descolgué el reloj de pared como hacía todos los días para extraer el plástico con el que rascaba la escayola para señalar un día más. Quité la alcayata que lo sostenía, afilé la punta raspándola con la pata de hierro de la cama, y cuando vi que era lo bastante cortante, la deslicé por mi muñeca izquierda una y otra vez ignorando el dolor hasta que la sangre comenzó a salpicar a borbotones. Sin embargo, las prisas que nublaron mi juicio me hicieron cometer el error más grande y a la vez más obvio. En su visita a deshora, Pepa no había dejado la bandeja con la comida, así que Paco volvió cuando tocaba y debió encontrarme en la cama que se había teñido de rojo. No le escuché llegar y no le vi cuando ya sentía sus vigorosas palmadas golpeándome las mejillas. Segundos de confusión hasta que entendí que mi objetivo se había frustrado. Me preguntó por qué lo había hecho y solo recuerdo nombrar a Pepa.

Paco se encargó de que mis heridas cicatrizaran como debían sin hacer mención a lo que había ocurrido, como si él ya hubiese concluido cuál había sido

el motivo que me impulsó a hacer lo que hice después de ocho años bajo su yugo. Cuando me dijo que no volvería a ver a Pepa nunca más, también entendí muchas cosas. Comprendí por qué ella me había amenazado para que no contara nada. Deduje que cuando regresó con las tijeras para cortarme las uñas después de violarme por primera vez había sido para justificar su presencia en mi zulo. Supe que a las llaves de las esposas solo tenía acceso Paco para evitar riesgos y por eso ella me cortaba las uñas o me afeitaba cada vez que iba a por su ración de sexo.

Mi desliz tuvo algunas consecuencias al margen de que Pepa desapareciera para siempre. No sé si Paco se sintió traicionado por ella o por mí, manteniéndome esposado a los barrotes de la cama durante veintidós días que conté gracias a la luz que se colaba por el techo de cristal, puesto que se había deshecho del reloj. Él mismo me daba de comer y de beber, por lo que sus visitas se repetían varias veces a lo largo de un mismo día. También me aseaba o me ayudaba a orinar si se lo pedía. Su única muestra de comprensión fue la ausencia de sexo hasta que volví a ganarme su confianza. Desde entonces, cuando creyó que había vuelto a controlar la situación que Pepa había puesto en peligro, hubo algunas modificaciones que de alguna manera repercutieron en mí positivamente. Mi dieta comenzó a ser más variada y ya no tenía que administrarme el contenido de la bandeja para veinticuatro horas porque Paco me llevaba comida dos veces al día. Seguía siendo poca cantidad, ya que me había insinuado que no debía volver a mi peso original porque no le parecía atractivo. Me alimentaba básicamente de macarrones, pollo o fruta. A veces un yogur, puré de patata de sobre que aborrecía porque durante años los purés fueron lo único que engullía, o un tomate partido por la mitad con un poco de sal por encima. Me gané entonces el privilegio de los cubiertos de plástico que yo mismo enjuagaba en el lavabo. También el derecho a poder afeitarme yo solo, aunque debía devolver la cuchilla y él me la llevaba una vez a la semana porque decía que le gustaba más con el vello de unos días que me daba una imagen de masculinidad que le excitaba. Los encuentros sexuales se sucedieron sin mantener una frecuencia concreta. Las esposas seguían siendo la señal y la postura definitiva volvía a ser la original, aquella en la que yo me tumbaba boca abajo y me dejaba hacer. Los libros de lectura ya no eran el premio, puesto que Paco me prestaba uno nuevo cada vez que yo dejaba el anterior en la bandeja después de leérmelos. No obstante, una vez hace siete años me dijo que había leído todos los libros que tenía en la casa, pero no me importó tener que repetirlo volviendo al principio con *El padrino*.

Reconozco a Mónica enseguida. Ella a mí no porque no me parezco en nada a aquel adolescente gordo peinado a raya sin ningún otro rasgo significativo. Su nariz puntiaguda y los ojos verdes sí son atributos notables que se graben en la memoria. Cuando me acerco a ella de forma decidida descubre quién soy porque está esperando a alguien en concreto y el tipo que se le aproxima solo puedo ser yo. Aunque se sorprende, pienso que a pesar de todo sí me reconoce porque me ha visto en las noticias saliendo del hospital escoltado por mi hermano y la policía.

—¿Gonzalo?

Nos saludamos con dos besos que congelan el tiempo porque Mónica no ha cambiado mucho físicamente ni ha cambiado su perfume en todos estos años. La fragancia a lavanda y vainilla me transporta al interior del viejo Opel cuando iba a recogerla al portal para ir a tomar algo.

—Has cambiado mucho —me dice.

Pienso que un secuestro de dieciocho años tiene la incuestionable capacidad de transformar a alguien de una manera más manifiesta que el paso del tiempo. No sé si este comentario es fruto del nerviosismo o Mónica sigue siendo esa mujer simplona de quien lo más trascendente que he escuchado en sus labios fue la confesión de que estaba enamorada de mí. Algo me dice que la charla con ella no va a ser tan amena como con Roberto y al mismo tiempo algo también me impide darme media vuelta y seguir huyendo. Supongo que tendré valor para cortarla si traspasa la barrera de la diplomacia con preguntas que me hagan sentir incómodo por su falta de tacto. Echamos a andar si un destino fijo porque aún no he estado en ningún bar de mi pueblo y caminar sin rumbo se me antoja algo apetecible. Mónica se sitúa a mi lado y me pregunta cómo estoy. Discurro que se lo he dicho esta mañana y poco ha cambiado en esas seis horas, así que evito entrar en un bucle de preguntas absurdas. Quizá una parte de la amistad entre dos personas es hacerse preguntas carentes de sentido en vez de reflexiones trascendentales como nos hacen ver en las películas. La amistad ha de ser algo fácil que no está forzado ni condicionado, aunque dudo ya a estas alturas que Mónica y yo recuperemos la nuestra.

Tal como espero, me habla de las noticias e indaga sobre el zulo, Paco y el secuestro en sí mismo. Le digo amablemente que aún hay cosas de las que no puedo hablar e intento desviar la conversación hacia ella. Me cuenta que aunque está en paro es abogada y no tarda en ofrecerme sus servicios. Afirma que nunca se ha casado aunque estuvo saliendo con un hombre veinte años mayor que ella

con el que se metió en una hipoteca que aún están pagando. El piso de marras está alquilado y por eso ella vive con su madre. Su padre murió por el cáncer hace catorce años, pero reconoce que le sigue echando de menos y se acuerda de él todos los días. Menciona a una sobrina que tiene once años y empieza a hablar de ella recalando en detalles que no me interesan lo más mínimo. Andrea copa la mayor parte de su monólogo, como si fuera ella la madre y no su hermana Carmen, de quién también me narra su biografía sin haber hecho nada destacable salvo dar a luz a una niña. Me figuro que Mónica tiene una vida tan vacía que se cobija en la de su hermana para darle algo de sentido a la suya, como si ser tía de Andrea justificase su existencia en este mundo.

Desde que fui puesto en libertad me he acostumbrado a cribar las conversaciones de la gente que me rodea para destacar las cosas que desconozco o me llaman la atención y luego escribirlas en mi diario, pero de todo cuanto me está contando Mónica no retengo nada que me resulte relevante. En un momento en el que frena su desmedida verborrea, le pregunto si llegó a contestar el mensaje que le envié la noche que desaparecí.

—Por supuesto. Te dije que me llamaras cuando quisieses y ya no contestaste. No sé si llegué a escribirte de nuevo o a llamarte porque me extrañó aunque... aunque estuviéramos enfadados. Pero un día me llamó la policía para hacerme preguntas sobre ti y por fin me enteré de lo que ocurría. Te vi en la tele y en los periódicos y alguna vez he buscado tu nombre en internet. Seguías desaparecido según los medios. Y entonces el otro día viendo las noticias escuché tu nombre. Entré al grupo de Facebook del insti para ver si decían algo de ti. Un homenaje o algo por el estilo. Leí el comentario de tu cuñada y supe que estabas buscándome.

—Bueno, en realidad... —Me detengo para no sonar cruel. Iba a decirle que en realidad fue idea de Loli y no mía, que yo solo había sentido curiosidad por ella cuando supe qué era Facebook y para qué se usaba—. Bueno, nada. Me pareció justo que supieras que estoy... bien.

Mónica me abraza y escucho algo cercano a un sollozo. Prefiero no mirarla a los ojos, pero cuando nos despegamos saca un pañuelo del bolso y sé que está llorando. Evito ser un desalmado de nuevo por no acabar de creerme sus lágrimas. Estos minutos que he estado con ella me han hecho recordar por qué no me enamoré de Mónica y los verdaderos motivos que me llevaban a buscarla al trabajo o salir a tomar algo. Yo estaba tan solo como lo está ella ahora.

Le digo que estoy algo cansado y que prefiero irme a casa. Ella se niega a que nuestra cita se acabe ya al proponer ir a tomarnos un café. Le respondo que

otro día excusándome en que es la primera vez que salgo solo y no quiero preocupar a mis padres. Insiste y no pretendo sonar grosero porque he sido yo el que la ha buscado y ha provocado el reencuentro, sacándola de su casa obligándola a arreglarse para solo un rato. «Otro día, de verdad», anuncio y aprovecho que el semáforo se ha puesto en verde para cruzar en dirección a la estación. Al otro lado de la calle le digo que mi casa está en una dirección diferente a la suya, y aunque propone acompañarme me acerco a darle dos besos como rechazo.

Camino de vuelta a casa pensando en Mónica y en una vida tan solitaria que se escuda en su hermana para darle sentido. Me planteo cómo va a ser mi vida y se representa ante mis ojos una imagen similar a la suya. Mi vida está vacía porque no tengo nada. Tengo incluso menos que Mónica, pues ella ha estudiado y alberga posibilidades de encontrar un empleo. Ha hallado el amor y ha convivido con su pareja. Yo no sé qué es enamorarse y solo he convivido con un hombre que quiso convertirme en su esclavo y lo logró. Me han arrebatado mi vida y en caso de tomar una prestada como Mónica, solo me queda recurrir al Gonzalo del zulo, al hombre que no tenía que pensar en un propósito porque se lo imponían, al tipo que se encontraba protegido ajeno a cualquier peligro de un mundo que ahora mismo se me revela como un entorno hostil para el que no dispongo de armas con las que combatir.

Un *hola* me saca del ensimismamiento mientras camino con la cabeza gacha sumido en mis pasamientos. Levanto la mirada y lo primero que veo es el escaparate de la óptica donde me compré las gafas. Me giro y el dependiente joven que me atendió me saluda meneando la mano mientras sonrío y sujeta un manojito de llaves con la otra. Confirmando sus gestos amanerados y me hace gracia su desenvoltura. Le devuelvo el saludo intentando sonreír.

—¿Qué tal las gafas, te has acostumbrado ya a ellas?

—Bueno, en realidad...

—Uy qué tontería he dicho, si no las llevas puestas.

Se ríe de manera un tanto exagerada y ahora sí que tengo que esforzarme por responderle con otra sonrisa pues me imagino que es lo que uno espera en estos casos.

—Las uso para conducir —aclaro.

—Ah, pues en ese caso deberías hacerte unas de sol graduadas, ¿no? Si me lo llegas a decir el otro día te hubiese buscado alguna oferta que tenemos por combinar dos gafas. Aunque... —Se detiene y me fastidia pensar que me ha creado una necesidad que no tenía, pues pese al sol que está haciendo no he

considerado que me hicieran falta unas gafas oscuras—. Igual lo puedo apañar si mi jefa no se ha llevado las facturas. Entra y te lo miro.

Levanta una ruidosa persiana metálica, me mira y me sonrío, y luego abre con la llave un cerrojo que encaja las puertas de cristal. Me pide que espere mientras desconecta la alarma y caigo en la cuenta de que le voy a hacer perder el tiempo porque no voy comprar nada por el simple hecho de que no tengo dinero. Dudo si debo hacérselo saber ya o me uno al teatrillo, porque pienso que esa forma de ser es más una herramienta comercial que un rasgo de su carácter.

—Pasa, pasa ya. Gonzalo, ¿verdad? Soy bueno para recordar los nombres, siempre me lo han dicho. A ver, espera que busque aquí...

Se va detrás del mostrador para abrir un cajón debajo de la caja registradora.

—Aquí está tu factura... Te llevaste las Calvin Klein con referencia... Espera, voy a mirar si con ellas te puedo meter la oferta.

—Déjalo, gracias, si en realidad...

—Si no es molestia. Yo te las enseño y tú ya decides. Si además a primera hora no viene nadie. Bueno, de hecho he abierto veinte minutos antes de mi hora. —Vuelve a soltar otra carcajada que se entremezcla con una risita nerviosa. ¿Está nervioso?—. Pero es que yo vivo en Chueca, ¿sabes? Y no me da tiempo a ir y venir a mi casa para comer, así que me traigo un táper y luego me voy a tomar un café, pero hoy el bar al que voy siempre está cerrado porque cierra los martes y entonces como en el otro no tengo tanta confianza con los camareros me aburro y por eso he venido antes.

No sé qué responder. De verdad intento decir algo pero no se me ocurre qué puedo decir de toda esa cantidad de información que me cuesta asimilar.

—Bueno mira, Gonzalo. Te puedo meter algunas de estas —señala la estantería que hay a la derecha—, pero creo que esas son muy feas para ti porque son de las baratas de la oferta 2x1, pero si te gusta alguna de las Ray-Ban las podemos incluir de alguna forma y pueden salirte por unos cincuenta euros.

—No llevo dinero encima, ya me paso otro día.

—Que no, me las pagas cuando te las gradúe. Aunque claro, no sé si debería hacértelas graduadas si solo las usas para conducir. ¿Conduces mucho? Porque si no conduces mucho igual es malo para la vista que uses gafas graduadas todo el tiempo porque el ojo se vuelve vago si no las llevas. No sé, lo que tú me digas.

—Mejor me paso otro día, ¿vale?

—Pues sí, mejor. Así le pregunto a mi jefa a ver qué opina ella porque la verdad es que no sé qué es lo mejor. ¿Fumas? Si quieres nos fumamos un cigarro en la puerta.

No me da tiempo a responder cuando el chaval sale de detrás del mostrador para dirigirse hacia la puerta. Le sigo, saca un paquete de Nobel del bolsillo y me ofrece un cigarro.

—No fumo.

—Ah bueno. Pues nada, voy a fumarme yo otro aunque lo he apagado hace un momento. Pero claro, ya hasta que no me vaya no puedo fumar porque por la tarde no tengo descanso. Por la mañana sí, media horita para desayunar, pero por la tarde prefiero que mi jefa me deje salir un poco antes porque si no llego a las tantas a mi casa. ¿Vives por aquí?

—Sí, y debería irme, que tengo un poco de prisa.

—Venga, adiós Gonzalo.

—Adiós.

Me giro para marcharme y escucho que sigue hablando. Dice algo así como «vaya con la digna esta». No sé a qué se refiere. Me doy la vuelta para mirarle y ahora su sonrisa no es una carcajada ni una risita nerviosa. Es una sonrisa totalmente falsa y forzada. No la entiendo como tampoco entiendo quién es la digna que ha mencionado. Echo de menos tener a alguien a quien contarle una situación tan extraña con un chaval con una verborrea desmedida.

Hoy dejo de contar el tiempo de mi libertad en días para utilizar una unidad de medida mayor. Hoy se cumple un mes de mi redención. Ayer eran treinta días que hoy se reducen al número uno. A partir de ahora y hasta el diecinueve de diciembre serán meses. Es la evolución natural del tiempo. Cuando contaba los días en el zulo provocaba un efecto dicotómico que por un lado me entretenía y por otro amenazaba con volverme loco. Veía pasar el tiempo a través de marcas en la pared que al igual que en el calendario, evolucionaban hacia otras hendiduras en la puerta del cuarto de baño donde los días se convertían directamente en años. Fueron catorce muescas (más otras cuatro que debería haber añadido si hubiese tenido una referencia por entonces) que súbitamente se redujeron a una sola experiencia; fútil y devastadora.

Teresa la psicóloga está sentada en el sofá pequeño del salón grande mirándome como nunca me ha mirado. Acabo de decirle que quiero volver al zulo y no oculta su contrariedad a mi propuesta. Desde que nuestras terapias comenzaron, ambos llegamos a la conclusión de que lo más favorable para mi recuperación (si es que algún día logro recuperarme) era enfrentarme a los hechos, admitirlos como ciertos y comenzar a trabajar para superar el trauma. Sin embargo, hoy le he dicho que quizá todo lo que le he contado no son hechos, sino mi interpretación de ellos y por eso quiero regresar al zulo. Teresa teme que pueda ser contraproducente y alaba el enorme esfuerzo que he hecho, así como la notable evolución de mi estado o la manera en que estoy sobreponiéndome al estrés postraumático. No quiere que lo eche todo por la borda e insiste en que es innecesario reencontrarme con el lugar de mi cautiverio. Entiende que lo que pretendo no es hallar respuestas que me ayuden a comprender por qué yo o cómo fui capaz de aguantar tanto tiempo, sino ponerme en el lugar de Paco para comprenderle a él.

—Lo que pueda sentir ahora en esa casa no va a ser peor ni más insoportable que lo que ya he vivido allí.

Aquella frase demoledora que solté ayer como si la hubiera sacado de un manual de psicología que Teresa no había consultado en su vida, ayudó a que

lograse mi objetivo. Por eso estoy ahora en el asiento trasero del coche de la policía que conduce Roberto en dirección a la finca donde permanecí catorce años y seis meses. Desde la salida a la taberna irlandesa, Roberto y yo nos hemos visto en una ocasión y hemos mantenido charlas interminables por WhatsApp hasta las tantas de la madrugada que reemplazaron a las revistas de coches y los libros para sucumbir al sueño.

«¿Te apetece ir de excursión mañana?» me escribió el viernes pasado. «Podemos pasar el día en algún sitio chulo». Respondí que sí sin pestañear y sin consultarlo con mis padres. «Pues te recojo a las nueve si no te importa madrugar». Por supuesto que no me importaba madrugar. De hecho, cada minuto que pudiera pasar con él se me antojaba insuficiente para satisfacer las ganas que tenía de volver a verle ya no solo como parte de mi terapia, sino como una relación natural que me fuera llevando poco a poco a arraigarme a mi nueva vida. Roberto me estaba brindando una mano, y yo no podía rechazarla. Que a mis padres les pareciera una buena idea acabó de alegrarme el resto del día, aunque la noche se volvió tediosa ante una emoción: la impaciencia. Desde el zulo no había vuelto a sentirla. Allí me impacientaba por una nueva visita de Paco que trajera algo de comida, un nuevo libro o un poco de contacto humano en cualquiera de sus variantes, que por otro lado no eran muchas. El reloj volvió a subrayar los momentos anteriores a sus visitas porque se lo pedí y él accedió a devolvérmelo. Había descubierto que el reloj me servía para acercarme a la realidad de mi mundo, a que los minutos y las horas le dieran sentido a lo poco que tenía en esas cuatro paredes. Paco no se atrevió a colgarlo de nuevo de una alcayata, por lo que lo dejó apoyado en la mesa y de ahí no volvió a moverse.

Un minuto después de las nueve sonó el teléfono con un mensaje que avisaba de que Roberto estaba en la puerta. Mi madre dormía, así que solo me despedí de mi padre, quien me deseó que lo pasara bien, me imploró que le llamara cada cierto tiempo y me entregó otro billete de cincuenta euros. Apoyado en el Golf, Roberto sonrió nada más verme. Nos estrechamos las manos y sentí otro escalofrío. Al fin le tenía delante de mí otra vez, creyendo haber olvidado algunas facciones de su rostro que por alguna razón mi mente impedía dibujar con claridad. Le pregunté dónde íbamos y su respuesta debilitó todas mis defensas:

—Quiero enseñarte sitios bonitos para que veas que el mundo no es el lugar sombrío y hostil que tanto Fermín como yo quizá te hicimos creer el otro día.

Consiguió su objetivo porque contemplar los paisajes que me mostró en la sierra de Madrid en forma de hayedos, lagos, cascadas o riscos infinitos me

pareció de una belleza que me hizo convencerme de que hay cosas por las que merece la pena vivir al margen de las indispensables como la familia o los amigos.

—No pienses que quiero suplantar a tu psicóloga —me dijo sentados en una enorme piedra mientras contemplábamos el horizonte—, pero por lo que me has contado por WhatsApp, creo que te vendrá bien estar en contacto con la naturaleza. La naturaleza es el grado máximo de libertad, así que quizá esto te ayude. Tampoco me veas como un poli, sino como un amigo. Los amigos estamos para ayudar y a mí me gusta la sensación de sentirme útil, poder hacer cosas buenas por los demás.

En el asiento del acompañante está Fermín, poco comunicativo. Teresa va sentada a mi lado y quizá se siente tan impaciente como yo, pero por motivos diferentes a los míos. Ella no quiere rememorar el lugar al que nos dirigimos, sino sopesar las consecuencias que este va a tener en mí. Ha de estar preparada para un colapso, quizá un ataque de pánico o uno de ansiedad más leve. Yo tampoco estoy seguro de lo que va a ocurrir, incluso dudo si de verdad ha sido buena idea regresar al infierno que a veces no me lo pareció, pero tras un mes en libertad no puedo más que pensar que sí, que el sótano no era una habitación de hotel sino un zulo y que Paco era un monstruo sin escrúpulos y no un ser humano por el que deba sentir alguna simpatía o compasión. Recuerdo *Jane Eyre* y el regreso de la protagonista a una mansión devastada por las llamas testigo de su huída meses antes. "*Al verme otra vez en camino hacia Thornfield me sentí como una paloma mensajera que vuela a su nido*". Así describió Jane su vuelta, y así me siento de alguna manera. El nido. Una cría incapaz de alzar el vuelo al que una madre tiene que alimentar y proteger de los depredadores. De esta manera me sentí la mayor parte del tiempo, y esto es lo que debo conseguir apartar de mi cabeza.

Me han dicho que la finca está en un municipio de Toledo, a unos cincuenta kilómetros de mi casa y me parece un sitio poco lejano para que no lo hubieran investigado cuando hallaron el viejo Opel, pues el lugar donde Paco me secuestró estaba aún más cerca. Reflexiono y quizá sea la razón por la cual me cambió de zulo pasados tres años y seis meses. El segundo era su objetivo, pero retrasó el desplazamiento por temor a las investigaciones. Cuando decretó que había pasado tiempo suficiente, me llevó a ese lugar que había preparado para mí. Le pregunto a Fermín cómo va la investigación del zulo y me dice que no hay novedades. Comparto la teoría que acabo de formar en mi cabeza y se gira

para esbozar una sonrisa indulgente.

—Eso lo hemos sopesado. De hecho, nos han asegurado que cuando iniciaron tu búsqueda hace dieciocho años rastrearon todos los pueblos del norte de Toledo y el sur de Madrid en busca de fincas en las que poder ocultar a un rehén, incluyendo la finca donde te encontraron. Aun así, Gonzalo, tu deducción me parece bastante acertada. Igual podrías plantearte ingresar en el Cuerpo. —Se ríe, pero se nota que su risa tiene como objetivo desdramatizar un silencio que se había vuelto incómodo—. ¿Verdad, Roberto? Apuesto a que tú no habrías llegado a esa conclusión.

De Roberto sí que se mofa y no me gusta. A veces tengo la sensación de que la gente necesita despreciar a los demás para sentirse mejor consigo mismos. El propio Roberto me lo explicó así en nuestra excursión a la sierra cuando le conté la anécdota con el muchacho de la óptica y su comentario final «vaya con la digna esta». En un principio, mi nuevo amigo quiso restarle importancia aduciendo que lo de *digna* no iba dirigido a mí, pero al decirle que no me tomase por tonto me dio la razón y me dijo que a la gente no le gusta que le rechacen, que el chaval se había creado expectativas y se contrarió porque no las consiguió. Nuestra conversación derivó en los ligues y las formas de conocer gente que priman en la actualidad. Apunté mentalmente cosas como *Tinder* o *Badoo* para añadir las más tarde a la lista de mi cuaderno. Me contó alguna anécdota que le había ocurrido a él y que le sirvió para prometerse que no usaría esas aplicaciones nunca más. Los protagonistas de la primera de ellas eran Roberto y una chica latinoamericana. «Una chica», me repetí una y otra vez incapaz de asumir que a Roberto le gustaran las mujeres. Un jarro de agua fría, una ilusión desvanecida de un soplo, un castillo de arena que yo mismo había construido arrasado por una ola. ¿Cómo había sido tan tonto para pensar que pudiera haber algo más que amistad con un tío como Roberto? Porque pese a todas las secuelas que deja un secuestro y cuya prioridad es difícil de clasificar, entre ellas saqué tiempo y ganas de crearme mi propia historia con final feliz que afianzara algún aspecto de mi vida sobre el que ir sustentando los demás.

Dejamos la autovía y tomamos la primera salida de una rotonda. Con esta van siete. Atravesamos un pueblo que suma otras cuatro rotondas. Según Teresa, una de las consecuencias del estrés postraumático es la aparición de obsesiones y compulsiones, pensamientos recurrentes e involuntarios que generan ansiedad. Para aliviarla, el cerebro se excusa en acciones repetitivas a modo de ritual. Contar las cosas es una de ellas. La psicóloga vuelve a alabar mi progreso porque me ha comentado que ha tratado a personas que desarrollan un trastorno

obsesivo del que luego no son capaces de deshacerse. En nuestras sesiones le he contado algunas como las persianas levantadas, la necesidad de orden o repetir palabras mentalmente por temor a que se me olviden. Ella cree que son completamente normales y está segura de que desaparecerán con el tiempo.

Hemos cruzado otros dos pueblos que han añadido nueve rotondas a la suma. En total son veinte, porque en el camino de tierra por el que transitamos ahora no creo que haya más rotondas. Fermín avisa de que falta poco y oteo por todos lados porque quiero comprobar si reconozco la casa.

—Es esa —dice señalando a su izquierda.

Miro a través de la ventana de Teresa y veo el inicio de la valla hecha de postes y malla metálica coronada por tres líneas de alambre de espino.

—A prueba de ladrones —recalca Roberto.

Pero no a prueba de mirones, porque aunque está flanqueada por algunos árboles poco frondosos y maleza, desde el coche es fácil ver lo que hay al otro lado de la valla, incluida la parte alta de la vivienda con su techo en forma de pirámide de tejas rojizas. A unos pocos metros hay una puerta de hierro enrejada con doble hoja que está pintada de un verde que ha cedido al óxido en algunas zonas. Parte de ella está tapada por un cañizo de plástico rajado y descolorido, y sobre él han enganchado la cinta de señalización de la Policía Local que impide el paso. Roberto detiene el coche frente a la puerta y soy el primero en apearme. Lo rodeo por delante y Fermín me advierte de que no toque nada cuando me acerco a la entrada como si un imán me estuviera atrayendo hacia ella. A través del plástico rasgado veo un sendero de gravilla de unos tres metros de ancho que se va estrechando mientras desciende serpenteante hacia la casa. Percibo que ya estamos todos frente a la puerta y no oculto mi impaciencia para que Fermín corte el cordón policial y podamos entrar.

—Tenemos que esperar a que llegue la policía del pueblo para abrir el candado —informa y se enciende un cigarro que le haga la espera más llevadera.

No me he fijado en que la puerta está atrancada por una cadena que han introducido en el hueco donde antes iría la cerradura, la cual tuvieron que reventar cuando accedieron a la finca para rescatarme. Sé que Teresa no me quita ojo y me esfuerzo por regalarle una sonrisa tranquilizadora, aunque soy consciente de que debería ser al revés. Pero la idea surgió de mí y he de ser consecuente y empatizar con su preocupación, pues en el fondo tengo que agradecerle que haya conseguido satisfacer mi petición. Me coloco al lado derecho de la puerta porque aquí no hay plásticos ni vegetación que fragmenten mi visión. No entiendo que Paco se preocupara en tapar la puerta con cañizo si

desde el resto de la valla se puede fisgonear sin ningún pudor. Pero me doy cuenta de que quizá en algún momento la finca estaba cercada por un muro verde de árboles o arbustos ya que veo algunos amontonados con las raíces de un color que me indica que aún pueden arraigar si son trasplantados de nuevo. La tierra parece haber sido removida hasta el último centímetro en las labores de búsqueda del cuerpo de Pepa. Ignoro si antes sería un terreno fértil, pero tengo claro que no volverá a serlo jamás. Levanto un poco la mirada para fijarme en la casa. Las paredes blancas las recuerdo mientras me montaban en la ambulancia, así como las tejas ocre y la chimenea ennegrecida. La planta de la vivienda se ve totalmente cuadrada, sin formas más elaboradas que respondan a criterios estéticos. Diviso dos alturas, aunque la más alta es a la que se accede desde el camino, la que debe corresponderse con la vivienda. La de abajo parece haberse construido salvando las formas caprichosas del terreno, pues solo se ve la parte más alejada paralela a una pendiente que ahora solo tiene tierra removida. Tiene una puerta negra de gran tamaño, así que dudo que detrás de ella estuviese mi zulo. Arriba cuento dos ventanas en cada uno de los laterales que consigo ver desde mi posición. No sé qué hay al otro lado ni puedo imaginarme a Paco detrás de ellas. Cuando estaba ahí dentro solo le imaginaba preparando la comida, incapaz de determinar en qué empleaba el resto del tiempo.

—Ahí llegan —anuncia Fermín, haciéndome girar el cuello para advertir que un coche blanco con vinilos azules se acerca levantando una nube de polvo a su paso.

Roberto y Fermín se quedan mirándolo como si así aceleraran su ritmo, pero Teresa clava sus ojos en mí para tratar de saber una milésima parte de lo que me está rondando la cabeza. Después de unos ceremoniosos saludos que se me hacen eternos, la pareja recién llegada, compuesta por un hombre de mediana edad y una chica joven a la que no le sienta bien la gorra, se dispone a abrir el candado que libere la cadena que entorpece mi paso. Luego le entregan a Fermín un llavero que hallaron en la furgoneta de Paco, ya que ellos no entrarán a la finca después de que Fermín les haya pedido que esperen aquí. Lo agradezco porque la escolta que llevo me parece ya demasiado numerosa y no me complace enfrentarme a esto delante de unos desconocidos. Por el sendero exploro la zona de la parcela que queda a la izquierda y que se me revela muy similar a la opuesta, por lo que no me detengo mucho a otearla, centrándome en el punto donde el camino de gravilla llega a su fin. Es una puerta de madera con un tono claro que desentona en este ambiente tan rural. No hay un porche u otro tipo de ornamentación que rompa con la sobriedad de la construcción. Sé que Paco no

recibía visitas, pues lo contrario hubiera supuesto un riesgo innecesario. Ahora es Fermín quien introduce una llave en la cerradura y la puerta se abre sin un crujido como si las bisagras hubieran sido engrasadas recientemente. Mi cuerpo se agita al comenzar a ver el interior. Tomo aire y lo exhalo siguiendo mentalmente las instrucciones de Teresa acerca de lo importante que es la respiración para ayudarme a controlar la ansiedad. No me ayuda demasiado porque no tengo fuerzas ni ganas de reparar en cómo se mueve mi diafragma para saber si lo estoy haciendo correctamente. Las pulsaciones están aceleradas y sé que no se moderarán hasta que no acabe mi visita.

La entrada me recuerda un poco al chalet de mis padres, pues al igual que en este no hay un recibidor, sino que se accede directamente a un pasillo. Aquí no hay una alfombra horrible como la que ha puesto mi madre. El suelo es de baldosas blancas con reflejos marrones y juntas que han acumulado polvo y suciedad hasta ennegrecerlas. Algunas están rotas por las esquinas. Cuento cinco y media de lado a lado del pasillo. Roberto entra en la primera puerta de la derecha como si quisiera verificar que se trata de una estancia segura antes de que pueda entrar yo. Le sigue Fermín, quien le hace un gesto a Teresa que interpreto como el permiso que necesitamos para seguir explorando. Es la cocina. Un espacio rectangular alicatado con azulejos blancos de menor tamaño que los del suelo. Los muebles son viejos, y algunas puertas de los armarios están torcidas evidenciando la gravedad que ha ejercido el tiempo desde que fueron colocadas y que nadie se ha interesado en enmendar. Los trozos de encimera no son más que tablones de madera fijados de cualquier manera. No hay placa vitrocerámica, sino un mueble metálico oxidado con cuatro fuegos bajo los cuales hay un horno que parece no haber funcionado en años. El fregadero es de piedra blanca y el grifo está sujeto con una cuerda. Sobre una mesa pequeña de madera que ha cedido a la humedad por las esquinas, veo la bandeja que tantas veces he contemplado en el zulo. Me imagino a Paco colocando el plato de comida sobre ella, si bien soy incapaz de figurarme cómo lo hacía, si se entusiasmaba al prepararla tarareando una melodía mientras escurría los macarrones o si simplemente era un acto mecánico y desganado que formaba parte de su rutina. No concibo su rutina, así que quizá sea momento de seguir inspeccionando la casa.

La puerta de enfrente da acceso a un dormitorio mejor conservado que la cocina, pero cuyo estilo igualmente transporta a otra época. Madera maciza y encimeras de mármol gris sobre las mesillas de noche o el tocador de tres cajones. El armario de dos puertas, una de ellas de cristal, no está cerrado

completamente y siento la necesidad de abrirlo y saber algo más de mis captores. No me interesa la ropa con la que veía a Paco antes de despojarse de ella los días que dejaba las cadenas en la bandeja. Siempre vestía pantalones vaqueros azules, combinados con jerséis gruesos en la estación fría, camisetas cómodas en periodos cálidos o camisas de manga larga en épocas de entretiempo. Sin embargo, la ropa que veo en este armario que huele a naftalina no es de Paco, sino de su hermana. La mujer que yo conocía como Pepa y de la que nunca supe cuál era el vínculo con el hombre que me había aprisionado porque ninguno de sus rasgos delataba algún tipo de conexión. Retrocedo sobre mis pasos porque no hay nada que me haga detenerme en el dormitorio de la mujer que más he odiado en mi vida, un odio incomparable al que sentí por mi profesora de Filosofía de tercero de BUP que no paraba de decirme que la interpretación de la caverna de Platón tenía que ser como dijese el libro del profesor. Cómo me gustaría toparme ahora con ella y rebatirla basándome en mi propia cueva que tengo bajo mis pies.

El baño es la habitación contigua al dormitorio. Tampoco me detengo demasiado aunque los azulejos de formas imposibles tengan un patrón que hace un tiempo me hubiese servido de entretenimiento. Sí capta mi atención el armarito de cristal y óxido que hay encima del lavabo. Contiene un bote de bálsamo after shave que agarro y su olor me lleva a las mejillas de Paco rozándose contra las mías. A través de él me evado a nuestros momentos más íntimos al tiempo que mi corazón late con más energía mientras mi sistema límbico se debate en qué tipo de emociones enviar, como si estuviera dudando en darme la razón a mí o a mi psicóloga acerca de lo que sentiría al volver a este lugar. El salón a la derecha me causa menos impacto porque en él no hay nada que me haga entender a Paco o conocerle un poco mejor. Un tresillo de cuadros verdes y azules, una mesa camilla con un tapete de ganchillo y un mueble de madera que aún brilla como el reflejo de la pantalla del televisor que acoge, hasta ahora, el elemento más moderno que he encontrado y que aun así no se asemeja a los que hay en casa de mis padres. En la parte del mueble más alejada de la puerta hallo los libros que Paco me ha ido prestando. Ignoro si estarán los sesenta y cuatro libros que me ha dejado en total, todos ellos en varias ocasiones. Además de la tele, es el único entretenimiento que hay en la casa, por lo que proyecto en mi mente a Paco leyendo en este sofá mientras yo leo a unos metros debajo de sus pies, y ese hecho se transforma en lo poco que pueda unirnos a los dos, la única manera de matar el tiempo que tienen dos personas aisladas que han llegado a la soledad por caminos muy distintos. Uno impuesto y el otro

voluntario, aunque esto en realidad no lo sé porque desconozco si Paco eligió llevar una vida solitaria o alguien se la impuso como a mí.

La última puerta conduce al que debe de ser el dormitorio de Paco. No difiere mucho del otro salvo por el contenido del armario que me muestra unas prendas de ropa que conozco bien. Por eso lo más reseñable es una fotografía enmarcada en la que distingo a Paco vestido con el uniforme del ejército. Intuyo por su juventud que debió de ser cuando cumplía el servicio militar, y aunque Paco no tenía ningún rasgo destacable en su rostro, sé que es él aunque la foto fuese tomada veinte años antes de que yo le conociera. El tiempo no ha mellado en él como probablemente sí lo ha hecho en mí. La que veo es la cara rejuvenecida de un adolescente que se convirtió en el monstruo que retuvo bajo sus garras a un ser inocente durante dieciocho años. Me pregunto si la mirada perdida de la foto ya vislumbraba un atisbo de esa atrocidad, cuándo fue el punto exacto en el que decidió transformarse en un ser vil o qué fue lo que cambió en su vida para que lo hiciera. Siento muchas cosas ahora mismo, y una de ellas es pena. Pena porque un hombre atractivo como era Paco a esa edad que me muestra la foto no hallara su lugar en el mundo, aislándose de él para llevar una vida solitaria aunque me tuviera a mí a su única y entera disposición.

El pasillo por el que se distribuyen todas las estancias que acabo de visitar desemboca en unas escaleras que me acercan al lugar que conozco milimétricamente. Ocho pasos de largo por cinco de ancho o quince pasos y medio de largo si junto los dedos de un pie con el talón del otro. Una baldosa agrietada en la fila cuatro, columna siete. Una junta a la que le falta pasta en la esquina de la segunda baldosa frente al marco derecho de la puerta del baño. Pintura desconchada a tres palmos hacia la izquierda del reloj. Quizá ya no haya nada de eso porque la policía ha desmantelado mi cuarto en busca de algo, aunque no entiendo qué pueden haber querido buscar. En cualquier caso, aún me falta para averiguarlo, pues las escaleras que acabamos de descender no confluyen en mi zulo. Es una especie de garaje destartado donde hay herramientas y utillaje para labores agrícolas. Algunos están oxidados y otros parecen más nuevos evidenciando que han sido utilizados recientemente. Puede que Paco empleara parte de su día en trabajar la tierra que he visto antes de entrar y que ahora es un campo estéril. Tiene sentido.

A cada lado de la puerta negra hay ventanas altas enrejadas. La luz que entra por una de ellas se orienta directamente hacia una parte del suelo que está hecha de bloques de vidrio junto a la pared por la que está el hueco de la escalera que hemos recorrido. Lo asocio rápidamente con la pequeña parte de techo del

mismo material que yo tenía en el zulo. Ha de estar ahí abajo, pero ignoro el motivo por el que esa zona no está cementada como el resto. En la pared de forma triangular que acompaña a la escalera hay una puerta de madera sin tratar con un cerrojo negro del que cuelga un candado abierto. Fermín se apresura a abrirla y ahora sí que tengo claro que estoy más cerca que nunca de mi cápsula del tiempo.

Otra escalera estrecha y oscura con once peldaños de ladrillo visto. Estos me indican que fue una obra mal rematada por falta de medios o por prisa. Me pregunto si Paco hizo todo esto él solo. Escucho un sonido que me resulta familiar. Una resonancia del cerrojo deslizándose que conozco de memoria. Tras él, el chasquido que libera la primera parte del pestillo y luego el crepitar de la puerta abriéndose en su totalidad. Fermín enciende la luz que refulge en la escalera por la que aún descendo detrás de Teresa y delante de Roberto. Ya estoy dentro. No ha cambiado nada. Percibo los ojos de mis acompañantes clavándose en mí para observar mi reacción. Ellos ya conocen este sitio aunque no sea tan bien como yo y por eso no les sorprende. Tal vez se hayan imaginado a ellos mismos en mi tesitura y hayan pensado que no hubieran sido capaces de soportarlo. Ahora mismo yo no soporto estar aquí y no hay nada que pueda descubrir de estas cuatro paredes. Mi interés estaba en todo lo demás; todo lo que se acoge a la normalidad de una casa de campo en mitad de un páramo manchego.

—¿A qué se dedicaba Francisco? —pregunto en el coche antes de que Roberto lo ponga en marcha sin dar tiempo a que Teresa se adelante con su interrogatorio. Ella también se ha dado cuenta de que he llamado Francisco a mi secuestrador y no Paco.

—A trabajar la tierra según algunos vecinos del pueblo que le conocían —se limita a decir Fermín.

—¿Y qué más? —insisto.

—Nada más que sepamos.

—¿De qué vivía entonces?

—De la herencia que le dejaron sus padres hace veinte años. La madre murió de cáncer y al padre le dio un infarto poco después.

Me apunto mentalmente preguntarle a Teresa más tarde si el hecho de perder a los padres guarda relación con la decisión de secuestrar a alguien.

—Treinta millones —añade. «Ciento ochenta mil euros», convierto en mi mente—. Bien gestionados pueden dar para vivir el resto de tu vida.

«El resto de tu vida», pienso.

A mí solo me quedan ya los restos de una vida que ha estado suspendida.

8

He dormido poco y mal. Anoche me costó coger el sueño porque estaba nervioso y la revista de coches o el libro no ayudaron mucho. La causante del desasosiego fue mi madre. El otro día salió el tema del trabajo en una conversación y mi cuñada me preguntó sin filtros si había pensado a qué quería dedicarme. En realidad sí lo había pensando en algunas ocasiones, pero fui incapaz de establecer alguna preferencia. Mi madre se ofreció entonces a ir a hablar con el encargado de la empresa que tiene contratado a mi hermano Javier y que se ocupa de servicios de comedores y limpieza de varios colegios en una ciudad cercana. Y aunque su propuesta fue pasada un poco por alto, ayer por la

mañana se arregló para ir a entrevistarse con ese hombre porque mi madre es de las que cree que es mejor hablar las cosas cara a cara y no por teléfono. Desconozco si le contaría la verdad de mi historia o inventaría alguna excusa como que he estado viviendo en Nueva Zelanda al igual que le dije yo a la doctora que me renovó el carnet, pero el caso es que al medio día, durante la comida, anunció que el encargado había consultado con los jefes e iban a darme una oportunidad, y que si yo quería podía empezar hoy para saber cómo funciona el servicio de desayunos en uno de los colegios.

Esa es la razón por la que no he descansado lo suficiente esta noche, y como muestra observo en el espejo que tengo mala cara. Pienso que es normal porque además es la primera vez que madrugo tanto, así que no me dejo vencer y comienzo con la rutina del aseo. Pese a la mala cara que tengo recién levantado, creo que las semanas que llevo fuera del zulo se van dejando notar porque mi pelo ha recuperado el brillo y la piel ha tomado un tono mucho más saludable. La última vez que me pesé, la báscula marcaba sesenta y siete kilos, cinco más que en el chequeo del hospital, lo cual es una buena señal para mi madre, sobre todo. Mi padre se ofreció a llevarme en el coche aunque le dije que no era necesario, pero ante su insistencia porque voy a estar únicamente un par de horas, accedí y ahora me alegro porque el transporte público se me antoja demasiado amenazador todavía. He cogido el coche un par de veces bajo su supervisión, y la última no se me caló y me sentí totalmente cómodo sin que me temblaran las piernas o me inquietasen mis facultades para desenvolverme detrás del volante. El carnet nuevo llegó en un sobre dirigido a mí. Una carta de la DGT que sería la primera que recibiría en años. Cuando contemplé el trozo de plástico reluciente con mi foto reciente, algo se me removió por dentro. Se intensificó al leer la fecha de la renovación. 2026. Dentro de diez años. No puedo evitar pensar cómo será mi vida dentro de una década, si habré sido capaz de recuperar parte del tiempo perdido o si cuando esté en el centro médico renovando el carnet las secuelas continuarán siendo parte de mi existencia.

—Si la cosa va bien, podremos planear comprarte un coche —anuncia mi padre mientras nos acercamos a la quinta rotonda.

No respondo porque no quiero pensar en eso ahora cargándome con otra agitación que se suma a las que ya tengo, pero se lo agradezco. Mi padre aparca en la puerta del colegio y el reloj del salpicadero avisa que quedan diez minutos para las siete, hora a la que comienza mi turno. Aun así, me anima a que vaya entrando por si me tienen que explicar algo o he de cambiarme de ropa. Me desea suerte antes de apearme del coche y camino en dirección a la puerta de

barrotes. Está cerrada y busco un timbre, y mientras espero que me contesten se acercan dos chicas que me saludan y se quedan a mi lado. Las dos tienen Síndrome de Down, lo que me hace dudar que el colegio no sea de educación infantil y primaria como me había imaginado. Un hombre vestido con unos pantalones anchos de color azul oscuro se acerca hacia la puerta. Saluda a las chicas y me pregunta si soy Gonzalo. Respondo y me ofrece la mano para saludarnos presentándose como Enrique.

—Ven que te explico un poco —me dice mientras camina hacia el lateral del colegio donde advierto un pequeño edificio de una planta unido al principal con una especie de pérgola—. Este es el comedor —explica subiendo cuatro escalones—, y por allí se accede al colegio donde puedes usar los aseos para poder cambiarte, pero de momento no porque no te he conseguido el uniforme.

El comedor es un espacio diáfano y muy amplio. A la izquierda de la entrada hay un buen número de perchas colgadas en la pared, así como una hilera de mesas de colegio de color verde. A la derecha encuentro una alfombra que parece un puzzle de piezas de colores y estanterías con juguetes.

—Las puertas se abren a las siete —continúa explicando—. Los niños dejan los abrigo y mochilas ahí y ellos solos van hacia las mesas, aunque los desayunos no se empiezan a servir hasta las siete y cuarto, pero abrimos antes porque hay padres que trabajan y los tienen que dejar más temprano.

Caminamos entre dos filas largas de mesas y sillas vacías.

—Estas se utilizan solo para el almuerzo —aclara Enrique—, y esas de allí son las del desayuno.

Señala otras dos hileras perpendiculares a las primeras. También están vacías, aunque tienen pegatinas circulares en algunas partes que rompen la monotonía del color crema de la madera.

—Ven, que te enseñe la cocina y te presento a la cocinera.

A la izquierda hay una puerta encajada con una cuña de madera. Enrique grita el nombre de Isabel y una mujer de unos cincuenta años aparece al instante. Nos presenta y ella se me acerca para darme dos besos. Dar besos ya no es algo que me cause ansiedad y noto que cada vez lo hago con más naturalidad. Además de Mónica, mi madre o mi cuñada, estos días he besado a mi tía la pija y a dos vecinas de la urbanización, una de las cuales recordaba como la esposa de Carvajal.

—Ella se encarga de ir sacando las jarras de leche caliente al carrito este que ahora dejaremos en el comedor, pero de los zumos os ocupáis vosotros. Mira, están aquí.

Da unos pasos a la derecha donde hay varias neveras de color gris oscuro. Abre la primera y me muestra los cartones de zumo de piña y de naranja. Las chicas con Síndrome de Down que he visto en la puerta saludan provocando que me asuste.

—Estas son dos de tus compañeras —aclara Enrique—. Patricia y Lourdes. Este es Gonzalo.

Las chicas no me besan, limitándose a levantar la mano con un gesto decidido mientras una de ellas balbucea un «encantada» mirando al suelo. Las dos visten un uniforme blanco con el logo de la empresa bordado en rojo en el pecho.

—Lo más importante de todo son los niños con alergias o intolerancias —comenta volviendo al comedor—. ¿Ves esas pegatinas sobre las mesas? Pues según el color que tengan indican si el niño es celíaco o no puede tomar lácteos. Ya lo irás aprendiendo. En este sentido los niños son bastante maduros y guardan el sitio con pegatinas a los que deben sentarse en ellos. Aun así no hay que fiarse, pero no te agobies porque ya los irás conociendo. Mira, por ahí vienen los dos compañeros que faltan.

Me los presenta y explica que uno de ellos es el encargado de recibir a los niños y el que juega con ellos en la alfombra que he visto después de que hayan acabado de desayunar.

—Creo que ya está todo. Hoy si quieres, acompaña a los chicos y vas viendo lo que hacen. Pregúntales lo que quieras porque son muy majos. Yo estaré por aquí también.

Enrique se aleja dejándome en la puerta de la cocina un poco perdido porque no sé qué hacer. Patricia me pide que me aparte porque está sacando el carrito con vasos y platos para dejarlo al comienzo de la fila de mesas. Lourdes coloca dos cartones de zumo sobre el carrito y esperan a mi lado a que llegue el primer niño. Ni ellas me hablan ni yo hablo con ellas. Una niña rubia muy resuelta es la primera en sentarse a la mesa. Patricia se acerca a hablar con ella un rato antes de ponerle un vaso vacío y un plato con cuatro galletas. Luego llena el vaso con leche humeante y deja un sobre de Cola Cao con una cucharilla. La niña debe de tener la misma edad que Aitana, pero noto que se desenvuelve mejor que ella con el sobre que vierte sin derramar en el vaso antes de comenzar a remover su contenido. La acción se repite con los demás niños, y el primero que se sienta en uno de los sitios señalados con una pegatina capta mi atención. Lourdes le sirve leche, pero de una jarra diferente a las demás que acaba de sacar de la cocina. En conjunto, me parece fácil y de repente tengo

ganas de estar vestido como ellas y poder coger jarras y servir galletas. Las dos horas pasan volando. Cuando la sirena suena a las nueve, las mesas ya no tienen niños y están prácticamente recogidas. El chico que se encarga de jugar con ellos, junto a Lourdes y la otra muchacha, está colocándoles en fila después de que los chavales hayan cogido las mochilas y los abrigos. Todo funciona sin sobresaltos, como un mecano de piezas que van encajando. Enrique se me acerca cuando el murmullo de los niños se va difuminando y me pide que tome asiento. Entra en la cocina y regresa con dos vasos con un par de dedos de café cada uno.

—¿Tomas café?

—Sí, con leche.

Va hacia el carrito para coger una de las jarras de leche y la vierte en los vasos. Después trae dos cucharillas y un cesto con bolsitas de azúcar y sacarina. Por fin se sienta.

—Bueno, Gonzalo. Ya has visto cómo funciona esto, así que te toca decidir si quieres aceptar el empleo o no. Sé cuál es tu situación y también soy consciente de que esto va a ser temporal, pero aun así no tenemos inconveniente en hacerte un contrato. Va a ser poco dinero porque de momento solo podemos ofrecerte las dos horas del desayuno, pero algo es algo. Yo, además de manejar comedores y equipos de limpieza con chavales como tu hermano Javier, soy asistente social, y aunque nunca he tenido un caso similar al tuyo, estoy al tanto de la reinserción laboral con drogodependientes o personas que han estado en la cárcel o en otras circunstancias. Por eso creo que para ti es una buena oportunidad como primer contacto con el mundo laboral, que es lo más importante. El resto del currículum se irá rellenando solo, ya lo verás. No sé, ¿cómo lo ves?

—Lo veo bien.

—Estupendo. Pues en ese caso, a lo largo del día de hoy tienes que sacarte el certificado de manipulador de alimentos. Lo puedes hacer online y creo que cuesta unos veinte euros. Es fácil, no te preocupes. Te descargas un temario, lo lees por encima y luego haces un examen. Al momento, cuando lo pagues, te lo envían al correo electrónico, lo imprimes y me lo traes mañana.

La idea del examen me asusta. De hecho, es lo primero que le cuento a mi padre cuando me pregunta qué tal me ha ido. El último examen para el que estudié fue el del carnet de conducir y han pasado más de dieciocho años. Dudo de que mis capacidades para retener contenidos se hayan visto mermadas, como si mi cerebro se hubiera atrofiado en todo este tiempo. Mi padre percibe mi zozobra e intenta animarme. Se ofrece a ayudarme aunque reconoce que no se

maneja bien con esto de internet. Cuando llegamos a casa busca la información en su teléfono móvil. Después de un rato forzando la vista en la pequeña pantalla, cree tener claro cómo va el asunto. Me dice que es mejor hacerlo desde un ordenador, así que insta a que llamemos a mi cuñada para ir a su casa esta tarde. Pero esta tarde he quedado con Marcos y no quiero cancelar la cita.

Marcos es un amigo de Roberto. El fin de semana pasado, en su afán por seguir ayudándome a adaptarme a mi nueva vida, me dijo que le parecía buena idea que quedásemos con más gente de su círculo de amistades. No le oculté que me causaba ansiedad exponerme a situaciones sociales como esa, y él insistió animándome porque en su opinión lo estaba haciendo muy bien y no tenía nada de lo que avergonzarme. Así pues, el sábado me llevó a la taberna irlandesa donde estuvimos la primera vez que me sacó por ahí. Nos sentamos en la misma mesa y cambiamos la cerveza sin alcohol por una normal, pues supuse que un poquito de alcohol me ayudaría a distenderme. A los pocos minutos apareció su amigo, a quien saludó dando dos besos causándome cierta sorpresa porque, hasta donde yo sabía, los amigos se saludan con un apretón de manos. Por eso mi pulso se agitó cuando llegó mi turno de saludarle, pero sin darme cuenta le estaba dando dos besos al amigo de mi único amigo. Se sentó junto a Roberto en frente de mí mientras lanzaba al aire un «¿qué tal?» que no me dio tiempo a responder. Reconozco que no me sentí tan bien durante la velada como me sentía cuando estaba a solas con Roberto, incapaz de iniciar un tema o contestar con algo que no fuese un monosílabo. La segunda cerveza ayudó, pero me agobié porque no quería depender del alcohol para desbloquearme y pensar en el propio bloqueo me angustiaba causándome una ansiedad que parecía entrar en un bucle del que no veía la salida.

—¿Qué te ha parecido Marcos? —me preguntó en el coche de vuelta a mi casa.

—Muy majo —me limité a decir.

—¿Me das permiso entonces para darle tu número? Creo que podéis hacer buena... buenas migas.

Otras de las cosas que me he dado cuenta es que actualmente casi todo el mundo tiene un amigo gay, algo que en 1998 —que a veces me parece ayer y otras un periodo remoto y trasnochado— no era habitual. Roberto tiene un amigo gay y me lo quiso presentar. Lo supe atando cabos después del saludo con dos besos y algún comentario, pero las palabras de Roberto en el coche fueron las que me acabaron por convencer de sus intenciones. Me gusta que en este sentido no haya cedido a la modernidad de las aplicaciones impersonales y se

haya acordado de que se puede ligar de una forma tradicional. La tradición no tiene por qué ser mala. Ojalá yo tuviera amigas que presentarle a él, pero todo a su tiempo. Supongo que a pesar de conocernos desde hace poco, Roberto sabía que si me proponía una cita a ciegas yo iba a decir que no, así que lo disfrazó de aquella manera para un primer acercamiento. Lo que me causa curiosidad es saber lo que le habría dicho a Marcos acerca de mí. El caso es que accedí a que le diera mi número y la tarde del domingo Marcos y yo estuvimos hablando por WhatsApp. Después de varias horas en las que recuperé la confianza en mí mismo haciendo que la charla fluyese al tiempo que me negaba a admitir que a través de una pantalla todo es más fácil, Marcos propuso salir a cenar algo. Acepté sin dudar como una mera forma de seguir con el proceso de normalización de mi nueva vida. Y como si la historia se repitiese dispuesta a darme una segunda oportunidad, a las ocho de la tarde tenía a Marcos esperándome en el mismo sitio en que días antes Roberto me había esperado para irnos de excursión.

—Discúlpame si hago algún comentario fuera de lugar —me dijo nada más arrancar.

—No te preocupes. Supongo que lo mejor es que actuemos con normalidad.

—Vale. La verdad es que cuando Roberto me habló de ti no estuve seguro de querer quedar porque se me antojaba una situación difícil. Él a lo mejor está acostumbrado por su trabajo, pero yo soy profesor y... Bueno, no es lo mismo.

—¿Qué te hizo decidirte?

—No sé, últimamente Roberto me insiste mucho en que debo salir más y no quedarme en mi casa amargado porque... Bueno, sé que en una primera cita no se debe hablar de los ex, pero lo dejé con mi novio antes del verano y digamos que he estado un poco de bajón.

Que usase la palabra *cita* con tanta impunidad me creó cierta desazón porque condicionaba nuestro encuentro de alguna manera. Asimismo, vacilé sobre la idoneidad de que una persona aparentemente frágil como Marcos que aún luchaba con sus propios fantasmas del pasado, fuese lo más adecuado para mí, y más cuando yo mismo mantenía un combate interno acerca de la importancia que debía darle a ese aspecto de mi vida vinculado a las relaciones sentimentales con todos los asuntos a los que me estaba enfrentando y que, pensándolo fríamente, se me figuraban más importantes, como si centrarme en el romanticismo fuese más un capricho inservible que una herramienta útil con la que darle sentido a mi existencia.

Pese a que a veces tuve la sensación de que la conversación fuese una

especie de *déjà vu* en el que solo variaba el interlocutor debido al tipo de cosas de las que hablamos y que eran un reflejo de las que dialogué con Roberto en nuestra primera cerveza, con mi tía la pija o los vecinos, lo cierto es que Marcos tiene un carácter que me lo puso fácil, con la diferencia de que algunos de los términos como Facebook o YouTube ya los conocía. No obstante, Marcos no me hacía sentir lo que sentía cuando estaba con Roberto, lo cual suponía una ansiedad añadida que no lograba comprender.

—Gracias por la cena —me dijo cuando detuvo el coche en la puerta del chalet de mis padres.

—A ti por la compañía.

Me acerqué a darle dos besos y el contacto con su mejilla evocó otros momentos que quise aplacar. Me centré en el perfume con notas cítricas para crear un nuevo recuerdo asociado a un instante agradable. Cuando me separé percibí algo en los ojos de Marcos que me hizo creer que no habría más instantes como ese. El brillo se había desvanecido y la mirada parecía haberse perdido entre sus pensamientos. Le comprendí porque supe que no debía de ser fácil estar en su lugar. Sin embargo, me equivoqué porque hemos vuelto a quedar para esta tarde.

Acabo de leer veintisiete páginas de un documento en formato PDF que me han parecido demasiadas porque el contenido del manual de manipulador de alimentos se me antoja de sentido común, sobre todo lo relacionado con la higiene. Aun así, he intentado memorizar los catorce grupos de alérgenos y ha habido cosas que me han llamado la atención como la prohibición del uso de utensilios de madera o bayetas. Regreso a la página web para leer las instrucciones y el momento de hacer el examen ha llegado. Me avisa de que tengo treinta minutos, así que miro el reloj del monitor de uno de los ordenadores de la biblioteca a la que me ha acompañado mi padre, que está a unos metros de mí ojeando una revista. La primera pregunta es acerca de la contaminación cruzada. Leo las tres opciones y dudo porque la tercera respuesta engloba a las dos anteriores. Nunca me han gustado los exámenes tipo test, y recuerdo que para el del carnet de conducir nos advertían tener cuidado en las respuestas que contuvieran *todo*, *nunca* o *siempre*. Me decido y la siguiente cuestión es más fácil. Cuando llego a la octava me doy cuenta de que he podido copiarme en cualquier momento si hubiese tenido el papel impreso, aunque dudo de que el monitor del ordenador tenga una cámara que me esté grabando al igual que creo que tiene que haber algún tipo de señal que avise a quien lo corrige de

que el ratón se mueve para cambiar de página o algo así.

Debajo de la décima pregunta hay un recuadro amarillo en el que leo «corregir examen». Hago clic sobre él y la nueva pantalla me indica que no he aprobado porque he fallado una de las cuestiones. No obstante, me permite repetirlo y finalmente me da la enhorabuena. Me dirige a la opción de pago y tengo que recurrir a mi padre para que me preste su tarjeta porque no sé qué es eso del Paypal (palabra que irá directa a mi lista esta noche). Después de introducir los datos, él recibe un mensaje en el teléfono con un código que se requiere para finalizar el proceso. Ya solo me falta poder imprimir el certificado para llevárselo a Enrique mañana.

Con él en un plástico camino satisfecho por tener otro título en mi poder. Alguien con mi edad podría haber conseguido un par de licenciaturas, otros tantos másteres o certificados de idiomas, pero yo solo puedo presumir del de la enseñanza secundaria, el de manipulador de alimentos o el dudoso título de ser el hombre que más tiempo ha sido secuestrado en España. Un honor que no se enmarca para colgarlo en la pared. Al pasar por el banco mi padre dice que le parece buena idea que me abra una cuenta corriente porque me la pedirán para hacerme el contrato. Tener una cuenta corriente para mí es un símbolo de independencia económica, pero soy consciente de que para alcanzarla aún falta mucho. Los mil euros (ciento sesenta y seis mil pesetas) que mi padre ha pedido que depositen en la cuenta que acabo de abrirme no son suficientes, pero el objetivo de mi padre es regalarme algo más que una simple cantidad de dinero que le he dicho que era totalmente innecesaria. Él cree que sí porque entiende que no es fácil para un hombre de mi edad andar pidiendo dinero cada vez que sale a la calle. Lo pienso cuando estoy arreglándome para mi cita con Marcos y sonrío frente al espejo agradecido de tener una madre que me ha buscado un empleo y un padre que se preocupa por mí valorando aspectos que se me pasan desapercibidos ante mi escala de prioridades.

Saludo a Marcos con dos besos que he tomado como costumbre. Agradezco que use el mismo perfume que el domingo porque esto me ayuda a hacer mis asociaciones. El olor es uno de los trastornos obsesivo compulsivos que ha mencionado Teresa, pero ella insiste en que en mi caso no es alarmante porque soy capaz de controlarlos y no permitir que me controlen ellos a mí. Marcos me dice que huelo muy bien y luego me pregunta por mi primer día de trabajo. Se lo cuento sin entrar en muchos detalles que puedan aburrirle como Mónica me aburrió a mí al hablar de su sobrina. Propone darnos una vuelta por un centro comercial porque las nubes amenazan con descargar y ensombrecer la tarde.

Solo cuatro rotondas nos separan de un centro comercial que ya conocía antes de mi secuestro. Marcos anuncia que necesita entrar en el supermercado para comprar unos bolígrafos y un *pen drive*. Esta palabra está en la lista de mi cuaderno porque la había escuchado varias veces. Para saber de qué se trataba no tuve que preguntarle a nadie porque utilicé Google, otro término de mi lista que ahora está tachado. Me dejo llevar por el consumismo en el pasillo de los libros porque me asusta agotar todos los que hay en mi casa y no tener uno nuevo que me ayude a conciliar el sueño por la noche. Hay tantos que no sé cuál elegir porque tampoco puede decirse que tenga un género favorito. Sin embargo, me apetece alguna lectura moderna que se aleje de los grandes clásicos que he leído tanto en el zulo como en la casa de mis padres con la conexión de que todos los libros formaban parte del Círculo de Lectores. La portada de uno con una corbata plateada que no me cuadra con las cincuenta sombras que promete el título llama mi atención.

—Ese es muy malo —dice Marcos quitándomelo de las manos—. ¿Te parece que te elija yo uno para regalártelo?

Asiento sonriéndole y le sigo hacia la estantería de los libros más vendidos. La portada es tan llamativa que no tarda en encontrar el que busca. Me lo entrega, le doy la vuelta después de leer el título, y la sinopsis me revela que los protagonistas son dos hombres que están casados. Al contrario de lo que pensé cuando Paco comenzó a prestarme libros, quizá Marcos esté mandándome un tipo de mensaje que debo descifrar con la lectura, y eso me alienta más allá de la propia historia. Le doy las gracias y me lo arrebató para pagarlo en una caja registradora que no requiere la presencia de una dependienta. Él mismo pasa los artículos por una pantallita que reconoce el código de barras y luego inserta la tarjeta de crédito. Me marchó contento pensando que esta noche dejaré a un lado *Madame Bovary* para comenzar este nuevo libro tan prometedor.

Damos un paseo por el centro comercial que está demasiado concurrido para mi gusto. Marcos camina a mi lado y a veces nuestros hombros se rozan cuando esquivamos gente o algún puesto que a alguna persona de mente privilegiada se le ha ocurrido poner en mitad del pasillo como el reclamo definitivo tras haber estudiado el mundo del marketing en profundidad. Después de rodear un stand de perfumes artesanales con una promoción para San Valentín a pesar de que aún faltan doce días para el catorce de febrero, nos encaramos hacia un pasillo aparentemente sin obstáculos. Pese a ello, Marcos se mantiene pegado a mí y noto que nuestros dedos se tocan. Pienso que ha sido un roce provocado por un paso mal acompasado, pero los vuelvo a sentir y estoy seguro

de que Marcos está buscando mis dedos con los suyos. Tamborilea el revés de mi mano y luego la acaricia. La piel se me eriza y me avergüenza girar el cuello para mirarle. Mi respiración se acelera al tiempo que el cosquilleo abandona la mano para expandirse por el resto de mi cuerpo. No me aparto, pero tampoco soy capaz de corresponderle. No hay necesidad, porque de repente noto cómo los dedos de Marcos se entrelazan con los míos y experimento una sensación reconfortante que se entremezcla con el rubor que me produce pensar que Marcos quiera caminar agarrado a mi mano y que la gente nos mire o incluso alguien se atreva a increparnos de alguna manera. Sin embargo, no era esa la intención de Marcos, que aparta su mano después de haber apretado la mía con firmeza durante un par de segundos. Advierto por el rabillo del ojo que me mira y nuestros ojos se cruzan. Me está sonriendo y eso es una señal de que todo va bien. Al menos lo cree porque su gesto ha sido una especie de avance en nuestra relación, una muestra de cariño que supone un paso más.

No es ni remotamente lo mismo, pero pienso en Paco y los pasos que él fue dando en el zulo. El primer roce de nuestras manos, la primera caricia de su mejilla contra la mía, sus dedos deslizándose sobre mi vientre hacia zonas más impúdicas... Una secuencia lenta dilatada en el tiempo al ritmo que él imponía. No sé ahora cuál es el ritmo, si alguno debe imponerlo o simplemente Marcos y yo tenemos que ir dejándonos llevar. Que él tome la iniciativa es normal por mi falta de experiencia y mis limitaciones interpersonales, pero no estoy seguro de que mi cerebro interprete esa iniciativa como un nuevo control que otra persona quiera ejercer sobre mí, como un acto impuesto en el que no tengo capacidad de decisión.

—Me gustas —confiesa Marcos cuando estamos en el coche de vuelta a mi casa—, pero entiendo que seas tú quien deba imponer el ritmo.

Analizo una a una las doce palabras de su frase. «Gustas», «entiendo», «ritmo». No quiero precipitarme como tampoco quiero que Marcos se canse y la oportunidad se desvanezca con la misma rapidez que se me ha presentado. He tenido muy pocas oportunidades en las que ejercer mi poder de decisión durante los últimos dieciocho años. Un poder que otorga la capacidad para confrontar cualquier posibilidad que se presenta en tu camino y que es capaz de determinar los objetivos y logros conseguidos, pero sobre todo, decidir es la expresión máxima y genuina de libertad. Por eso, cuando Marcos detiene el coche, me acerco a él y le beso en los labios.

9

Cuando regreso a la sala de espera del hospital mi madre me dice que no hay novedades. He salido a la calle a comer algo aprovechando que Marcos pasaba cerca después de salir del instituto. No le he pedido que me acompañe arriba porque es demasiado pronto y aún no sé cómo se van a tomar mis padres el hecho de que les diga que mantengo una relación con otro hombre. Una vez le pregunté a Marcos cómo se enteraron sus padres de que era gay y su respuesta fue que los padres saben esas cosas sin necesidad de que nadie se las diga. A los

míos no les he ocultado que todas las veces que he salido estas semanas ha sido con él, y que la primera vez que no dormí en casa fue porque me quedé en la de Marcos. Ellos no han indagado más y yo tampoco les he contado detalles. Sin embargo, para la barbacoa de ayer mi padre dejó caer que podría haber invitado a mi amigo Marcos y cuando pronunció su nombre percibí un silencio un poco enrarecido.

Ayer celebramos el cumpleaños de Izan y el Día del Padre, así que no invité a Marcos porque supuse que él querría pasar la jornada con su padre. Aitana e Izan le entregaron a mi hermano unas manualidades que hicieron el viernes en el colegio, mientras que Carlos, Javier y yo le compramos a nuestro padre una botella de vino de sesenta euros (diez mil pesetas). Me pareció un regalo demasiado impersonal, pero es que a veces tengo la sensación de que mi familia sigue siendo un grupo de personas a las que aún no conozco lo suficiente porque en dieciocho años la gente y sus gustos o necesidades cambian. Regalarle algo a Izan por su séptimo cumpleaños fue más sencillo, pero reconozco que no me calenté demasiado la cabeza y opté por lo fácil: un camión con dos coches a escala 1:64 porque además me encanta subir con él a la bohardilla y jugar con todos sus vehículos. Cuando estoy con él, la bohardilla es como mi nueva cápsula del tiempo y del espacio, que provoca que me evada de la realidad por un momento, aunque con matices totalmente distintos a los que asocio con el otro lugar en el que el tiempo se paralizó para mí.

Además de esas dos fechas señaladas de ayer, yo celebré en silencio otra más. No sé si el resto de la gente cuantifica todo, pero a mí me gusta hacerlo. También los periodos de tiempo aunque para el resto del mundo le parezcan detalles nimios. Para mí, contar no es solo un trastorno originado por el estrés postraumático, puesto que antes de mi secuestro me gustaba mirar en el calendario por si ese día me esperaba una fecha concreta que recordar.

«Hoy es veintiséis de mayo y hace catorce años que hice la comunión».

«Hoy es veinte de septiembre y hace quince años que murió mi abuela Ana».

Y así una sucesión de eventos dignos de ser recordados según mi criterio. Por eso ayer festejé conmigo mismo que se cumplían tres meses desde mi liberación. No sé si Marcos se habrá fijado en eso, pero hoy además hace un mes que nos acostamos por primera vez. Claro que para mí fue un momento sumamente especial, pues se trataba de la primera relación sexual consentida que experimentaba en mi vida.

Ocurrió diecisiete días después del primer beso, aquella noche que dormía

fuera de casa por primera vez. Demasiadas primeras veces últimamente. Al beso tímido en su coche aquella noche que volvíamos del centro comercial le siguieron otros besos que fueron perdiendo la vergüenza poco a poco. A veces le acompañaban caricias que asimismo iban cediendo a magreos algo más pasionales. Tal como habíamos hablado, el ritmo y los límites los ponía yo. Le conté una tarde sin entrar en demasiados detalles lo que ocurría con Paco cuando me dejaba las cadenas, y como respuesta Marcos me dio un abrazo que inmediatamente fue a parar al baúl de los recuerdos imborrables. Fue una situación difícil para ambos, aunque yo había practicado al confesarme con Teresa. Ella se lo imaginaba, y cuando le hablé de Marcos propuso que enfocásemos nuestra terapia hacia las secuelas que los abusos habían podido dejarme o los miedos y emociones negativas que podrían surgir al intentar retomar mi vida sexual.

Aquel sábado Marcos me invitó a su casa para cenar, ver una película y dormir juntos. Ninguno de los dos había mencionado el sexo e ignoro si él lo esperaba. El caso es que cuando nos fuimos a la cama y nos acostamos abrazados, los besos nos fueron llevando a la inercia del deseo. Me costó desbloquear las emociones que me invadían al sentir el contacto de mi piel con la de Marcos o al notar que la zona más indomable de mi cuerpo reaccionaba por sí misma a los estímulos de sus caricias y su lengua. El trance duró muchísimo tiempo porque por un lado me negaba a despegarme de sus labios y por otro, cada paso requería de un proceso interno que desligara la nueva situación de una asociación anterior para enlazarla con la realidad actual de Marcos, su cuerpo o su dormitorio, y no el de Paco y el zulo. La paciencia y generosidad que demostró Marcos fueron más placenteras que la culminación del propio placer sexual, y desde entonces Marcos es la persona en quien más pienso a lo largo del día e incluso de la noche, momento en el que las pesadillas van cediendo poco a poco a los sueños, aunque no siempre estos tengan un final feliz.

—¿Ya? —escucho preguntar a mi madre, y entonces me percató de que mi hermano Carlos se acerca desde una puerta junto a la recepción de la sala de espera.

—Sí —responde con lágrimas en los ojos y se abraza a ella.

Mi padre se levanta y yo le imito. Llega mi turno de abrazar a Carlos y le doy la enhorabuena porque creo que es lo que se dice en estos casos.

—Cuarenta y ocho centímetros y dos kilos novecientos —añade.

Desconozco si esas cifras son mucho o poco, pero a tenor de la cara de

satisfacción de mi hermano las interpreto como que todo ha ido bien y son normales. El día de hoy añade una celebración nueva al calendario.

El nacimiento de Rubén, mi tercer sobrino, ha provocado que Aitana e Izan se queden en mi casa. Como mi madre ha querido quedarse en el hospital y mi padre parece que no sabe cocinar más que arroces en la barbacoa, me ha tocado a mí prepararles la comida. Ha sido otro de esos pequeños avances que parecen insignificantes pero que ayudan a que poco a poco la normalidad se vaya estableciendo a mi alrededor. Cuando les he servido el plato de pasta de colores con salsa de tomate me he sentido feliz y satisfecho. Quizá haya perdido muchos platos antes que ese, pero al ver a Rubén esta mañana, ha invadido en mi organismo un brote de optimismo que me ha hecho pensar que aún me quedan muchas cosas que ver y otras que, gracias a él, voy a poder experimentar aunque me haya perdido las de Izan y Aitana.

Cuando he visto a Rubén y he pensado en la fecha de hoy para memorizarla, no he podido evitar dejarme llevar por esta manía que tengo de contar y he pensado que en unas horas comienza la primavera, un periodo que simboliza la renovación o el renacimiento como una oportunidad de cambio. Tal vez todas las obras románticas que he leído hayan tenido algún tipo de repercusión en mi carácter, lo cual es a todas luces más positivo que haberme dejado vencer por la dimensión sombría del zulo. Sé que el resto de mi vida no va a ser tan intenso como estos meses que he pasado en libertad y en los que me he visto apabullado por una incesante tormenta de pensamientos y emociones que variaban en su graduación y en las connotaciones que ocasionaban. Algún día mi vida se asemejará a la de los demás con sus instantes de felicidad y sus momentos de anonimato de cualquier ser humano ordinario que lucha con sus propios fantasmas.

El último aún acecha en forma de un hombre que fue mi único contacto durante años. Lo desconcertante es que él tuviera que morir para que yo pudiera renacer como las flores en primavera. He intentado recordar la última vez que vi a Paco, evocar su rostro antes de cerrar la puerta con pestillo como en otras tantas ocasiones para saber si aquel día sus ojos auguraban que estaban a punto de cerrarse para siempre. No he podido. Tampoco soy capaz de duplicar cuáles fueron sus últimas palabras, como si alguna parte recóndita y cruel de mi mente se negara a cerrar ese capítulo de mi vida que alguien escribió por mí. Tampoco han encontrado a Pepa, lo cual de alguna manera también dificulta que pueda pasar página definitivamente.

10

Estoy sentado en el asiento de un coche que huele a nuevo pero que ya no me parece una nave espacial. Me he acostumbrado rápido a manejar la enorme pantalla del salpicadero con un dedo y ya sé a qué se corresponde cada pitido que resuena en el habitáculo. Conozco el aviso que me alerta cuando se aproxima un coche por el carril izquierdo, el que me ayuda a calcular la distancia con los objetos que hay detrás cuando aparco o el que me recuerda que debo ponerme el cinturón de seguridad. El comercial casi se rió en mi cara cuando pregunté por el lector de CD, pero no me importa que no lo lleve porque he podido meter en un *pen drive* las canciones de Ana Torroja para que me acompañen cuando conduzco. Mi coche nuevo no tiene un navegador que me indique con una voz femenina y automatizada qué dirección debo tomar, pero a cambio cuento con un botoncito azul que me comunica si lo presiono con un ser de carne y hueso que me ayudará en caso de sufrir un accidente, tener una avería o que desee saber dónde se encuentra la gasolinera más cercana. Desde que lo tengo, no he podido evitar pensar lo que habrían cambiado las cosas aquella noche del diecinueve de diciembre de 1998 si mi viejo Opel hubiese tenido un botón como este y al cual miro de vez en cuando porque me hace sentir seguro.

Aunque se trate de algo material, el día que recogí mi coche nuevo del concesionario fue uno de esos días especialmente felices que recordaré siempre que vea el calendario. Tener un vehículo para mí solo es otro signo de independencia hacia mi nueva vida. Sé que aún me falta un largo camino por recorrer, y qué mejor que hacerlo con un coche que yo mismo he elegido y con

las personas que, a fuerza de los lazos de sangre como mi familia, o por voluntad propia como Marcos y Roberto, quieran acompañarme en el trayecto. Ahora viajo solo porque vengo de la consulta de Teresa, mi psicóloga. Ya no va a casa de mis padres ni nuestras sesiones son con la misma frecuencia que hace unos meses, pero ella también me recuerda a veces que el proceso ha de ser lento ineludiblemente porque dieciocho años no se borran de un plumazo. Desde la casa de mis padres a su consulta, hay catorce kilómetros y diecinueve rotondas, si bien estas no siempre las cuento, y cuando no lo hago, no sufro ansiedad por ello. Tampoco convierto los euros en pesetas porque me he habituado a la moneda europea. Sin embargo, sigo necesitando leer antes de dormir, ya sean revistas de coches o libros que Marcos me va prestando de su biblioteca particular.

Marcos se ha convertido en un inestimable bastón sobre el que apoyarme, pero a veces no me gusta pensar en él de esa manera porque una pareja no tiene que cumplir un objetivo concreto. De Marcos me atraen tantas cosas que dejé a medias la lista que comencé sobre él en una página de mi cuaderno. No hacemos grandes cosas juntos porque Marcos se metió en una hipoteca hace unos meses cuando le asignaron la plaza definitiva en un instituto de una ciudad cercana a la que estaba. Los gastos se llevan una buena parte de su sueldo y yo tampoco dispongo de una cuenta saneada de la que poder sacar grandes cantidades de dinero, más ahora que por primera vez en mi vida tengo que devolver un préstamo bancario para el coche nuevo que mis padres tuvieron que avalar. Y eso que conseguí un puesto en la Concejalía de Servicios Sociales después de que los dirigentes del Ayuntamiento descubrieran cuando fui a empadronarme que uno de sus ciudadanos es un personaje famoso de acuerdo a la definición de *famoso* de mi sobrino Izan. Lo mejor de todo es que lo puedo compaginar con el empleo en el comedor del colegio sirviendo los desayunos de 7 a 9 de la mañana. A madrugar no me he acostumbrado, pero no me importa hacerlo porque ahora puedo ver el amanecer todos los días.